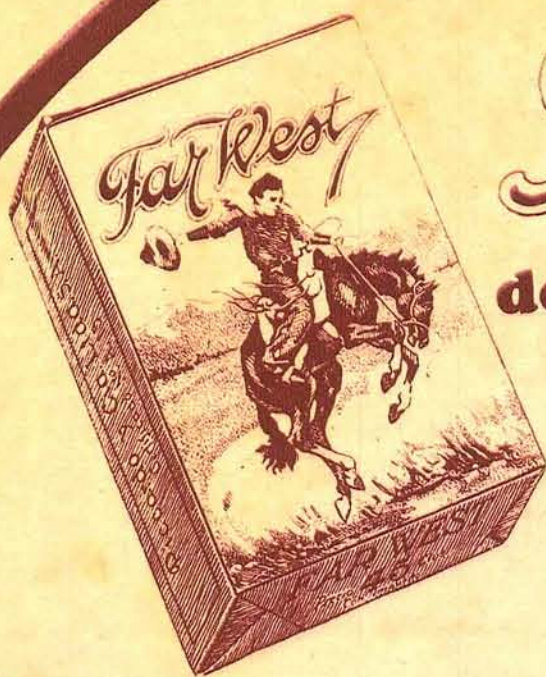


BUENOS AIRES, DOMINGO 21 DE JULIO DE 1929



Pastel de Juan Peláez.



Far West

del clásico tipo Americano

Industria Argentina

**0.45
ctvs.**

GOOD LUCK

de Virginia selecto

Industria Argentina

**0.45
ctvs.**



Nuestra manufactura, alto exponente de los progresos realizados por la industria tabacalera, ha demostrado que en el país se elaboran cigarrillos comparables sin desmedro con los mejores de la Habana. La misma demostración acaba de materializarse con los nuevos cigarrillos, FAR WEST, del clásico tipo Americano, y GOOD LUCK, Virginia selecto, elaborados con tabacos importados escogidos en los propios lugares de cultivo y que nos permiten ofrecer dos productos distintivos en cuanto a sabor, pero igualmente destacados en punto a calidad y frescura.

PICCARDO & Cía. Ltda. S. A.
Libre de Trusts

BUENOS AIRES, DOMINGO 21 DE JULIO DE 1929

LLEGA A SER EL QUE ERES



LOS extranjeros, quiero decir los no hispano-americanos que visiten la Exposición de Sevilla llevando consigo, no sólo los ojos, sino toda la cabeza, habrán detenido o detendrán su meditación sobre un "producto" para el cual no ha habido necesidad de levantar ningún pabellón ni quiosco. Está en cada uno y fuera de todos y es, además, el único con el que todo visitante se ve forzado a intentar el trato: la lengua española.

◆◆◆
¿Española? Así la llamamos y la quisiéramos oír llamada; pero por motivos opuestos a los erizados por los recelos peninsulares y extrapeninsulares. No por exclusivismo, sino para librarla del falso exclusivismo provincial que la denominación de "castellana" le da. Verdad que al formarse nuestra lengua literaria, sobre la cual se ha ahorrado nuestra lengua común, fué el castellano la materia prima, como lo fué el toscano en Italia y el dialecto de la isla de Francia en Gali. Francia, observa con clarividencia Menéndez Pidal, dió su nombre a toda la nación, y francés llamamos por eso a su idioma común; Toscana no dió su nombre a la península mediterránea, y el idioma literario y general de Italia no se llama toscano, sino italiano. Castilla es como Toscana, no como Francia. Pero es que, además, nuestra forma más culta de lengua arrancó, cierto, de la modalidad idiomática de las gentes castellanas; pero no se identificó con ella. Desde ese momento en Castilla, como fuera de Castilla, ha habido personas habituadas al hablar culto y general a toda la nación, y personas sin más normas idiomáticas que las ceñidas al terruño donde transcurre su vida. La lengua literaria y general vuela a otra altura. Y el habla de los cultos de toda España y el habla de los labriegos castellanos siguieron en direcciones distintas desarrollando su respectiva evolución. Si fuera verdad, como gustaba, de imaginar la lingüística del siglo XIX, que las lenguas son seres vitales que guardan en sí mismas los gérmenes de sus inevitables desarrollos, hoy tendríamos entre el castellano y el español una superposición omnilateral. Pero las lenguas no viven por sí, sino que son meros productos del espíritu de los parlantes. Y los castellanos que quedaron de generación en generación bregando con sus glebas y dirigiendo miradas alternas a sus terrones resacos y a su cielo implacablemente azul, constituían un tipo de humanidad bastante distanciado del que, entre ocupaciones librecas y en la conversación de las ciudades de toda España, fué forjándose a su vez un adecuado instrumento de expresión y participación. Hoy el toscano y el castellano son ya distintos del italiano y del español. Nuestra lengua literaria y general partió de la modalidad castellana, salvo algunas discrepancias ahora inimportantes; pero no se ha ido formando por castellanos exclusivamente, sino por los parlantes más dotados, cualquiera que fuese su procedencia peninsular o americana, en colaboración y corresponsabilidad que no sólo han existido cuando a todos nos dolían los mismos dolores españoles, sino después. He aquí tres puntos, excluyendo los peninsulares, que nos bastarán para determinar la condición sobre castellana de nuestro plano idiomático: Alarcón, Garcilaso el Inca, Rubén Darío. Por esto queremos llamar a nuestra lengua "española" como rótulo más amplio, ya que "hispano-americana" no sería un nombre, sería un tratado.

◆◆◆
Pues bien. Esto, esto de que el español sea una lengua de civilización potenciada por veinte naciones es lo que va a detener la meditación del visitante extranjero de la Exposición Hispano-Americana. Y lo que le va a hacer pensar que en este mundo tan pequeño los hispano-parlantes ocupan un área demasiado extensa para que no se tenga en cuenta su pensar y su sentir. Pero ¿es posible un pensar y un sentir de cuño hispano-americano, cuando apenas hallamos dos hombres de sentir y pensar homogéneos? Nuestro extranjero así lo ve. Cada nación hispánica y cada individuo, dentro de su nación, se complace en hacer valer sus diferencias; pero a la distancia de un idioma, debemos ofrecer fisonomías bastante emparentadas. No es nada fácil exagerar la eficiencia de las lenguas en el moldeamiento mental de sus parlantes. A primera vista parece que nuestro pensamiento precede a la palabra con vida independiente, y que la palabra es, por lo tanto, solamente un signo convencional de referencia. Papel moneda. Sí que lo es, pero no "solamente". Claro que, en cierto modo, todo pensamiento es una síntesis; pero nuestros juicios y raciocinios y hasta

POR

AMADO ALONSO

la conciencia plena y responsabilizada de nuestras voliciones, por producirse como consecuencia de nuestro relacionar, no son posibles hasta haber disgregado esa síntesis en individualidades que pueden entrar en relación. Pues bien; el intento de desarticular lo global de nuestro pensamiento, si sólo se encomendara a la musculatura intelectual de cada hombre, no tendría éxito más que en los casos de genialidad cuasidivina. Tien que venir la lengua, acumulación milenaria de diminutos, pero triunfantes, intentos individuales, a regalar al niño balbuciente el orden, la diferenciación y la dependencia entre los conceptos y entre las cosas. La lengua



Canto al hombre esperado

¿En qué tipo de hombre ha de cuajar tu raza,
América futura,
América civilizada,
América grande?

¿Cuál será el color de sus ojos;
qué luz entre todas las luces
de tu naturaleza
alumbrará los huecos de sus órbitas?
¿Vencerá el azul de tus cielos,
el verde de tus selvas,
el blanco de tus nieves andinas,
o el obscuro, nuevamente,
el obscuro misterioso que colora
los ojos de tus indios?

Y tu carne, y tu cuerpo, ¿qué piel ha de enseñar:
será trigueño por el influjo de tus trigales;
rosado y oloroso como la carne de tus cedros;
o de bronce por la influencia decisiva del sol?

¿En qué tipo de hombre ha de cuajar tu raza,
América futura;
civilizada;
grande?

¿Cómo será por dentro:
decidido y obstinado como tus pamperos;
cursará su vida flanqueado de bellezas
como tus grandes ríos;
será frío como tus nieves;
ardiente como tus llanos;
contemplativo como tus cachimbas;
duró como tus piedras;
fantaseador como los telones
que cierran los horizontes
en las orillas de tus días?

Hombre futuro de América:
eres el esperado;
serás el equilibrio, Sancho más Don Quijote;
serás el tipo de una arquitectura humana;
viva columna jónica
para apoyar sus plantas el mañana.

Hombre futuro de América,
eres el esperado;
has de venir al mundo trayendo entre las manos
un nuevo corazón como una gran semilla,
para sembrarla en todos los pechos;
para arrojarla como rojos volantes
hacia todos los vientos.

Hombre futuro de América:
has de ser hermoso; has de ser atlético,
has de ser bueno, has de ser sabio;
el dolor y la sabiduría de todos los muertos
habrá preparado la cancha
para tu advenimiento.

Y serás flor racial,
y serás una estrella humana
con las puntas conectadas
en la chispa de todas las razas;
y serás el caudal y serás el desagüe
de todos los tipos de sangre
que golpean las venas del mundo.

¡Hombre futuro de América:
eres el esperado!

Fernán Silva Valdés



nos fué enseñando a ver el mundo, a comprenderlo y a sentirlo de cierto modo. Nuestro pensamiento, sin los apoyos verbales, es una masa amorfa de substancia ingravida, de contornos imprecisables y de volumen inquieto. Y esta masa movediza, cuando es encerrada en las cajas expectantes que son las palabras, cobra obligatoriamente perfiles más determinados y como una consistencia y estatismo suficientes para la intercomunicación.

Otra vez es cierto que nuestro único modo de poseer es limitarnos. Pero cada lengua cumple a su modo estas limitaciones. El contenido espiritual de una palabra en un idioma sólo recubre parcialmente el de su correspondiente traducción a otra lengua, y dos giros intraducibles de sendos idiomas son dos visiones diferentes de un mismo paisaje. Por un lado, diremos, volviendo a nuestro simil, cada caja se ve en el trance de dejar fuera algo de lo pensado, lo cual para ser percibido necesitará ser meditado con esfuerzo personal, porque el hábito de dejarlo fuera ha creado en las mentes el de operar sin ello; por otro, cada caja guarda en su claustro el perfume multiseccular de las instantáneas reacciones emocionales que la aparición de esa palabra en la frase ha despertado en los coparlantes.

Un hispano — ¿quién no ha sido alguna vez héroe de esta experiencia? — convive ocasionalmente con gentes de otra lengua. En los inevitables rozamientos de la convivencia, sucede a menudo que su manera de reaccionar ante los hechos llena de asombro a sus transitorios compañeros de vida. Y tras la parada primera del estupor, la mente de éstos sólo acierta con una clave explicativa del suceso: "¡Spanish!" o "¡Spanisch!" Nuestro héroe se indignará; su reacción es demasiado íntima, demasiado entrañable para que se la interprete ni siquiera como típica de su misma patria, cuanto menos de un grupo de naciones. Pero, a su vez, nuestro héroe tiene que sorprenderse de la sorpresa de los otros: Sabe que entre los suyos su reacción hubiera sido automáticamente consentida o repelida, esto es, comprendida. Otros hispánicos hubieran estado en el secreto de las ocultas ruedecillas que movían los indicadores de aquel reloj.

Cada lengua opera con determinados supuestos, admitidos sin examen, obedecidos sin sospecha de error, que son como el suelo que pisan nuestras plantas, diría Ortega y Gasset, y que por eso mismo no se ven. Las personalidades fuertes se revelan contra algunos de estos supuestos y los denuncian, pero justamente eso constituye la razón niveladora de los resultados: cada individualidad trata de actuar con su denuncia sobre sus coparlantes, y en los casos de triunfo, la rectificación corre eléctricamente por toda la instalación idiomática.

La lengua, y no la experiencia, es nuestro capital instrumento de conocer. La experiencia rectifica y comprueba; pero es bien sabido que el conocimiento del niño va más de las palabras a las cosas que al revés. Basta esta consideración para comprender que con el lenguaje se impone al niño, se nos impone, una "weltanschau" recibida desde fuera, regalada.

La lengua común es lo que determina que Hispano-América tenga un modo común de ver el mundo, un modo de ser común, una "cultura" específica, nivel sobre el cual alzan sus desiguales estaturas las regiones, las capas sociales y los individuos. La lengua, con las innumerables formas virtuales de su nomenclatura y de su estructura, moldea el modesto número de pensamiento diferenciable de cada individuo (modesto es el número de potenciaciones de esas virtualidades idiomáticas que cada individuo alcanza a cumplir; sobre la mesa tengo un estudio comparativo de los vocabularios de Maupassant y de Mérimée: el primero manejó en sus escritos 2642 palabras, el segundo 2833. Nuestro Vasconcelos, en cambio, echa de menos en el español medio millón de palabras que le faltan para poder decir por esa causa). Y cuando los más dotados y prestigiosos, forzando los viejos moldes, logran triunfalmente acomodar mejor una parcela de la lengua a las necesidades nuevas del pensamiento, la lengua gana otra vez, porque utiliza la violencia de que ha sido objeto para crear sobre ella un molde nuevo que se ofrece ahora a todos los individuos del grupo lingüístico como un bien mostrenco. La lengua legaliza esas revoluciones; es más, las lenguas viven en la medida en que hacen triunfar esas revoluciones.

Comunidad de lengua es comunidad de "cultura". 1o. porque la lengua ahorma la mente y 2o. porque es el conductor más sensible de toda variación de tempera-

(Continúa en la pág. 33)

EL TEATRO MODERNO Y LA INTERPRETACION DE LAS OBRAS MAESTRAS



El habla mucho, y nosotros mismos hemos hablado algunas veces del "movimiento teatral" moderno. Es un término cómodo, pero engañoso... Cuando Kyd y Robert Greene suceden a Marlowe; cuando Jonson, Beaumont y Fletcher, Massinger y Ford son coronados por Shakespeare; cuando Corneille sucede a Hardy y Racine y Molière a Corneille, se puede hablar de movimiento dramático. Movimiento implica dirección, progreso, florecimiento. Nuestra época gira sobre sí misma. Lo que la caracteriza es una gran agitación o, aplicándole la expresión que puede serle más favorable, es una activa búsqueda, a menudo confusa, a veces incoherente. Es un movimiento sin orientación, que se destruye a sí mismo. Se busca en destrozados, medio poco eficaz para encontrar el buen camino cuando se está perdido. Este siglo es algo parecido a esos enfermos, reales o imaginarios, que no pueden leer el anuncio de una droga en los avisos de los diarios, o ver que algún amigo toma cierto remedio nuevo, sin que se les ocurra ensayarlo ellos también.

Interrogad a aquellos a quienes apasiona el arte dramático, a todos los directores de teatro "de vanguardia", a todos los que se dicen "renovadores". Todos os dirán esto mismo: "No hay piezas"... Ahora bien, el más infimo de esos señores ve regularmente acumularse en su mesa de trabajo un término medio de cuatro o cinco piezas por día. Quiere decir que, en medio de una producción incontinente y desordenada, nada se impone, nada domina, y que el pretendido "movimiento dramático de los veinte o veinticinco últimos años no ha producido ningún autor de primer orden". ¡Cuántas jóvenes esperanzas, cuántas grandes esperanzas mismo no han sido segadas desde la primera promesa! Es como la viña cuando se apesta: los sarmientos florecen, pero la uva no madura.

Hay que convenir en ello: lo que constituye el interés del nuevo movimiento teatral, lo que le da una apariencia de vida y despierta la curiosidad a su respecto, son las tentativas técnicas, los ensayos de renovación en la presentación escénica o en el oficio del actor, en una palabra, en la interpretación. No es la actividad lo que se echa de menos a este respecto, ni las ideas, ni el talento, ni la ingeniosidad. Se ha ensayado todo para galvanizar al teatro moribundo, apelando a la erudición, lo mismo que a la excentricidad, a los métodos del pasado, desde la antigüedad hasta el Renacimiento, así como a todas las audacias de un "modernismo" que no hace más que llevar hasta la exageración y, aun al absurdo, algunas nociones verdaderas. Y, de cualesquiera naturaleza que sean, esos ensayos de nueva interpretación se han hecho casi siempre con obras maestras del pasado. Esto es comprensible. La materia es más resistente. Ofrece más asidero y apoyo a la imaginación del director de escena. Pero, con frecuencia, al ingeniarse por penetrarla, se la desnaturaliza. Nada más bello que un actor que llena exactamente su papel. Nada más bello que una interpretación cuyo espíritu se irradia hasta los menores detalles de la obra. Pero no hay nada menos común que esta perfecta comprensión del poeta por el intérprete.

Gordon Craig es el gran factor de las extraordinarias libertades que se han tomado en nuestro tiempo en la interpretación de las obras maestras. Su genio presente y descubre nuevos caminos. Pero habla con demasiada anticipación. En él, el esteta y el escritor dominan al hombre de teatro. En lugar de crear en silencio, en la escena, cosas "inimitables", desde su primer libro, por medio de la pluma y el dibujo, comete la imprudencia de establecer una "fórmula" y de entregar a la nueva generación ciertas "recetas". Pretende formar discípulos. No los tendrá, pero será seguido por multitud de imitadores. Lo he oído decir hace unos diez años, con violencia patética: "Quisiera detener este movimiento".

Reinhardt la emprende con el drama antiguo y con Shakespeare, para darles un sentido monumental y popular. Lo sigue Gémier, que lo copia y luego se detiene. Meyerhold ensaya to-

"LO QUE CONSTITUYE EL INTERÉS DEL NUEVO MOVIMIENTO TEATRAL—DICE JACQUES COPEAU—SON LAS TENTATIVAS TÉCNICAS, LOS ENSAYOS DE RENOVACION EN LA PRESENTACION ESCENICA O EN EL OFICIO DEL ACTOR; EN UNA PALABRA: EN LA INTERPRETACION

dos los terrenos. Es un espíritu afiebrado. Tairoff se apodera de nuestro Racine. Nos da una "Fedra" con coturnos, magníficamente insolente, de la que Racine está ausente, pero que convulsiona a los cerebros jóvenes. Su interpretación desnaturaliza todo lo que toca. "Girofle-Giroflá" es un espectáculo extraordinario, pero no es una ópera. La "Salomé" de Oscar Wilde se aviene mejor con esta manera. Parece

los instrumentos, se seca el sudor, limpia sus anteojos empañados y, congestionado, con los ojos saliéndosele de las órbitas, se inclina hacia los músicos y les dice con una urbanidad amenazadora: "Présteme atención, señores... No es posible hacer lo que a uno se le ocurre... Esto es algo construido... ¿comprenden ustedes? ¡Está construido!" Esta queja, este consejo, este reproche los repite veinte veces en el curso de



Un retrato reciente de Max Reinhardt, el famoso "metteur-en-scène" alemán

consentirla. Es una obra que se defiende mal.

Appia, que fué el más sobrio de los iniciadores, tenía menos pretensiones. Pero se mostraba más exigente. Quería que el intérprete, no sólo se conformara con el espíritu de la obra, sino también con la letra de las obras maestras. Quería que toda forma fuera espíritu, y que las proporciones de la escena, el movimiento, el gesto y la voz del actor, en una representación wagneriana, sólo fueran informados por la música de Wagner. Un Stanislavsky no busca en su manera más que una cosa: igualar la potencia del intérprete con la del poeta sin traicionar su espíritu. Y este grande hombre es quizá el único que haya realizado, en su época, auténticas obras maestras de "mise-en-scène".

Igor Strawinsky, dirigiendo la orquesta, hace una mueca atroz, detiene

un ensayo: Está construido, señores...

No se puede hacer lo que se quiere. Las obras maestras dramáticas, al menos las que merecen este nombre, no están menos construidas que las obras maestras musicales. Cualesquiera sean su género y su factura, el drama es un poema. Tiene, como el poema, un sistema riguroso y cerrado en el que hay que penetrar y mantenerse dentro... si se lo puede, si se tiene la fuerza necesaria para ello. Se necesita más fuerza y verdadero saber para interpretar una obra en su espíritu, su movimiento y su estilo, que para substituir esa obra con fantasías y variaciones, o más bien, las traiciones del virtuoso, que pasa a través o al lado de ella...

El gran poeta ha trazado todas las vías por donde debe pasar el gran intérprete. Ha tendido todas las redes. No podemos escaparnos. Nuestra misión es seguir el diseño de su obra, no

dislocarlo; llenar su molde, no hacerlo estallar. La interpretación es sin duda una segunda creación, pero que se adapta, penetra, fecunda y hace respirar la creación primera. Puede no serle casi inferior, a condición de que le esté por completo sometida. No es "original", sino a condición de que adhiera al origen mismo, al principio y a la fuente de lo que interpreta, es decir, al espíritu del poeta. Hay una palabra que lo dice todo, bien que a menudo se abuse de ella hasta falsear su sentido, es la palabra "sinceridad". Viejas palabras de tradición inmemorial, ¡dadnos todo vuestro jugo!

La sinceridad no es una facultad repentina, del primer arranque. Implica reflexión, estudio, experiencia, elección, destreza profesional acompañada de imaginación, "el pleno conocimiento junto con el gran genio", como dice Molière no recuerdo dónde. Una perfecta sinceridad en todas las artes requiere "una mano pronta a seguir la bella luz que la guía, es decir, que exige una perfecta maestría. Y la perfecta maestría, tratándose de interpretación, sólo puede basarse en un profundo respeto por la obra interpretada. Respeto e "inteligencia", con todo lo que esta palabra, tan motejada en nuestro tiempo, supone de fuego interior y de amor. Hay que agregar una cosa más, una cosa que la ignorancia en pugna con la perfección hace gala de desdeñar: es el gusto. Tomad la palabra en su sentido más concreto, más sensual. Hay un sentido de la obra maestra que sólo poseen los grandes intérpretes. Este es el que les revela el gusto de una obra, no por medio de una operación propia del espíritu, no por medio del análisis, sino por contacto directo, prehensión, comprensión intuitiva. El movimiento del intérprete reproduce el movimiento del creador, hasta confundirse con él. Acaba por no saberse cuál fué el que engendró al otro. La aspiración a interpretar es una aspiración a convertirse en la obra misma, a identificarse con el creador.

En las grandes épocas dramáticas el poeta es todo. Un Esquilo, un Shakespeare, un Molière no se separan de su creación. La viven totalmente, la animan hasta en el cuerpo de los actores, que ellos mismos dirigen. Sólo al aproximarse la decadencia se opera una escisión entre el escritor dramático y el oficio teatral, apareciendo entonces el especialista que llamamos hoy "director de escena", distinto del poeta.

El verdadero director de escena no es, pues, más que un sustituto del poeta. Es a este título que se le permite enseñar una pieza, después de leer todo lo que puso en ella el poeta, y nada más de lo que puso. No tiene derecho de alterar el sentido del texto ni su ritmo. Con mayor razón aun, no tiene derecho de desnaturalizar el género de una obra y, por ejemplo, transformar una comedia en un drama, o viceversa. Parece ridículo tener que recordar las máximas del buen sentido, de la honradez, y suponer que un artista sea capaz de entregarse a tales amasijos, a la vez ingenuos y absurdos. Eso es lo que acaba de hacer, sin embargo, M. Gastón Baty, en el Théâtre de l'Avenue, con el "Malade imaginaire", de Molière. Nada menos. So pretexto de que Molière, estando enfermo, sufrió un síncope diciendo el "juro" de la Cerebración, y que murió poco después de salir de la escena, M. Baty ha creído poder fingir que Argan, el enfermo imaginario, es un verdadero enfermo; le hace tener sofocaciones, angustias, suspiros, un tono de voz apagado, y, por último, se atreve a hacerle dar el último suspiro en escena, en presencia de siniestros doctores iluminados por luces mortecinas, y uno de ellos, cuando se descubre, muestra el rostro de la misma muerte. M. Baty ha hecho cantar las palabras bufas del "Dignus, dignus est intrare" con la música del "Dies irae"...

M. Baty se ha creído autorizado a darnos una versión personal del "Malade imaginaire". Ha interpretado los alegres intermedios de la comedia como visiones de Molière agonizante. Ha hecho más aun, haciéndoles interpretar a sus actores al revés de su ritmo y su sentido, varias escenas capitales de la obra... Ahí tenéis hasta dónde puede llegar la aberración de un director de escena, que tiene ideas, pero que carece de gusto y de buen sentido.

JACQUES COPEAU

(Para LA NACION)
PARIS, junio de 1929

LAS ROSAS DE SOEUR JEANNE

EL gabinete Luis XVI en que Madge recibe. Paredes tapizadas de seda "gris Triánón". Sobre la chimenea, un tejido portugués de Arroyollos, blanco y azul. Pequeña araña de bronce dorado. Sobre una mesa, entre libros y flores, sonríe un Buda de porcelana color de rosa. Madge, treinta años, que parecen veinticinco, rubia, suave, fina, cuerpo de niña, sonrisa de niña, "toilette" de niña, se levanta cuando entra Lolotte, treinta años, que parecen cuarenta, pálida, bellos ojos negros, perfil duro de camafio italiano, vestida como la Claudina de la novela de Collette Willy.

MADGE. (caminando al encuentro de su amiga).—¡Lolotte!

LOLOTTE.—¡Mi querida Madge!

(Se besan largo rato)

MADGE.—¡Cuánto tiempo que no te veía!

LOLOTTE.—Desde el colegio. Qué bonita estás.

MADGE.—¡Cuántos recuerdos me traes! ¿Hace doce años, no?

LOLOTTE.—Hace quince. Salimos del colegio hace quince años.

MADGE. (haciendo sentar a Lolotte a su lado).—Me parece que fué ayer.

LOLOTTE.—Pues a mí me parece que hace una eternidad. Ya tengo canas, ¿has visto?

MADGE.—¡Pobre Lolotte! No son canas, son hebras menos negras que las otras. Pero es lástima.

LOLOTTE.—Es la vida. ¿Tu marido está bien?

MADGE.—Bien, gracias. ¿Qué edad tienes, Lolotte?

LOLOTTE.—Hace quince años teníamos la misma edad. Ahora, no sé.

MADGE.—Debe cansar mucho ser doctora, abogada, ir a los tribunales, ser casi un hombre, como tú...

LOLOTTE.—No solamente los hombres trabajan.

MADGE.—¿Has tenido noticias del convento?

LOLOTTE.—No. Nunca volví allá. No tengo tiempo.

MADGE.—¿Sabías que murió Soeur Jeanne? ¡Pobre Soeur Jeanne! Ya no parece el colegio de nuestros tiempos. Los canteros de rosas del claustro viejo, que ella cuidaba con tanto cariño, ya no tienen ni una flor.

LOLOTTE.—Tengo pocos recuerdos del colegio. No nos enseñaban a pensar.

MADGE.—Pero nos enseñaban a sentir. Le debo a Soeur Jeanne mi mayor tesoro, que es la educación de mis sentimientos.

LOLOTTE.—Pues yo, Madge, para tener la clara noción de las realidades de la vida tuve que olvidar todo lo que Soeur Jeanne me enseñó.

MADGE.—¡Qué pena, Lolotte! ¿Y eres feliz así?

LOLOTTE.—No lo sé. ¡Es tan raro ser feliz!

MADGE.—No podía reconocer tu voz, por el teléfono. Tienes la voz cambiada. Sólo conservas iguales los ojos.

LOLOTTE.—Los ojos envejecen menos... Perdona que te haya telefoneado. Pero necesitaba absolutamente hablar contigo.

MADGE.—Ven siempre que quieras, yo recibo los jueves. ¿Por qué no vienes a tomar el té con nosotras ese día? Te presentaría mis amigas. Conversáramos un poco.

LOLOTTE.—No, gracias. He perdido el hábito de conversar con mujeres. No me interesan.

MADGE.—Eso quiere decir, Lolotte, que ya eres poco mujer.

LOLOTTE.—Tan poco que me he casado.

MADGE.—¿Te casaste?

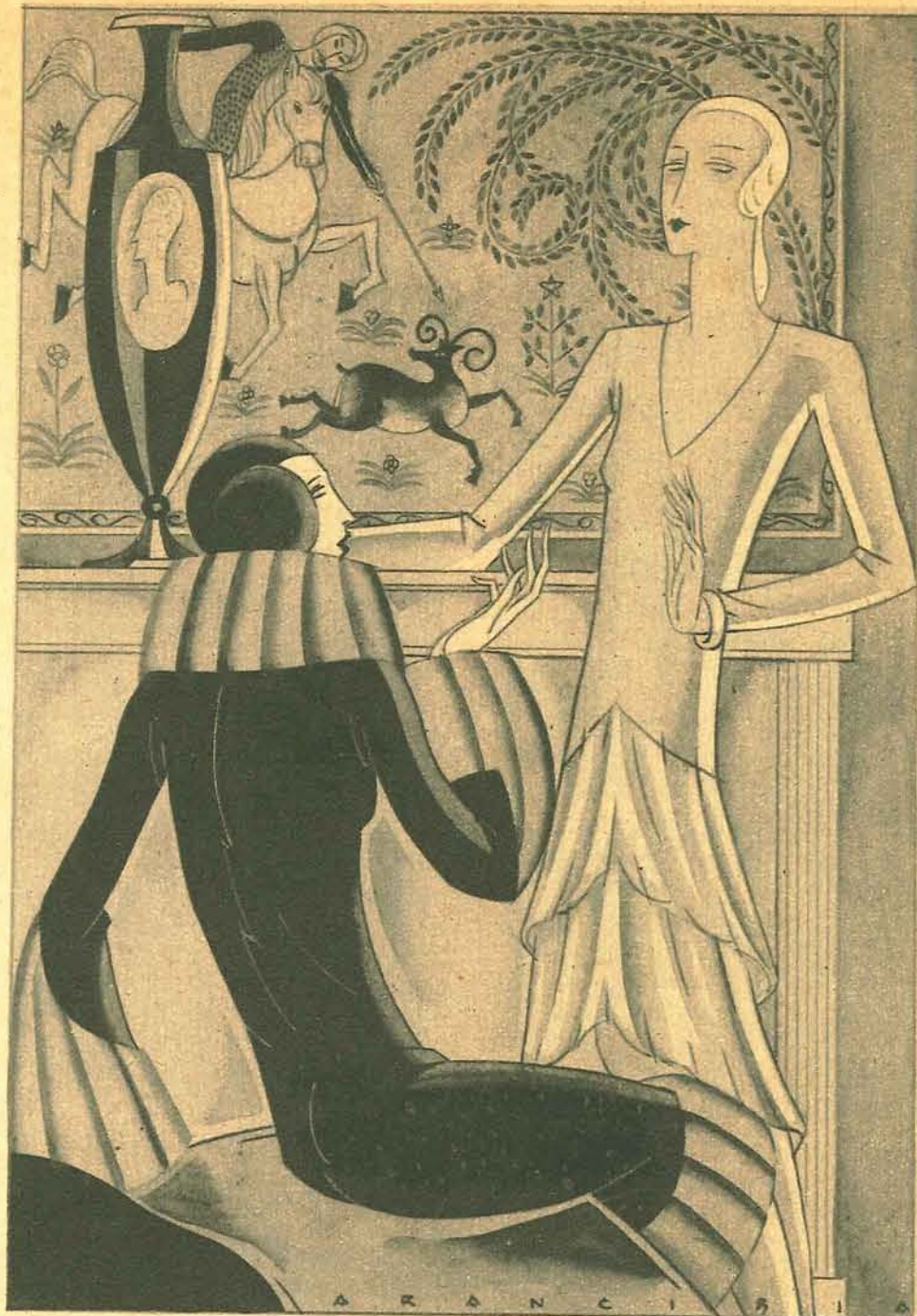
LOLOTTE.—Y tengo dos hijos, que adoro. Soy una mujer como todas. Por el hecho de haberme casado no he perdido ni mi individualidad ni mi nombre.

MADGE.—Yo, si no usase el nombre de mi marido, no me creería completamente casada. No me sentiría tan suya como me siento. No sería tan feliz como soy.

LOLOTTE.—Tu caso es distinto.

MADGE.—Las dos somos casadas, Lolotte.

LOLOTTE.—Pero cada una de nosotras ve el casamiento de diferente manera. Yo pienso que casarse con un



hombre no es pertenecerle a ese hombre; no es quedar bajo su dependencia. Aprecio mucho mi dignidad de mujer libre para aceptar una situación en que dependa de cualquiera que sea, y mucho menos del hombre a quien amo. El casamiento es una servidumbre, mi querida Madge; es la asociación de dos voluntades independientes y libres, que se unen para sostener mejor la lucha por la vida. ¿Sabes por qué estudié derecho? ¿Por qué abracé la carrera de abogado, como podría haber seguido cualquier otra? Pues porque me gustaba un hombre y me quería casar con él. Las mujeres que se casan sin haber asegurado primero su independencia económica, no son esposas, son siervas.

MADGE.—¿Es tan agradable, Lolotte, el servir al hombre a quien amamos?

LOLOTTE.—A mí no me parece agradable servir a nadie.

MADGE.—Si lo quisieras mucho, pensarías de otra manera.

LOLOTTE.—Ya te lo he dicho. Tu caso es diferente. Tú tuviste la suerte de casarte con un hombre superior, con un hombre célebre, que todos admiran y que tú admiras como los demás. Yo me casé con un pobre joven, todavía más desconocido que yo. Y además, Madge, yo tengo la legítima aspiración de valer por mí misma, y no por mi marido. No nací para vivir a la sombra protectora de nadie. Una mujer vale tanto como un hombre, y el tiempo de los prejuicios ya pasó.

MADGE. (después de un silencio).—Te tengo pena, Lolotte.

LOLOTTE.—¿Por qué?

MADGE.—Porque no puedes ser feliz.

LOLOTTE.—Estás equivocada. Soy feliz a mi manera. Soy una mujer moderna.

MADGE.—Tan moderna que ya tienes canas. Pues yo soy muy vieja, muy antigua, y tengo la impresión, cuando

me miro al espejo, de que estoy más joven y más bonita que cuando iba al colegio. ¿Y sabes por qué? Porque no me asocié a mi marido como tú; me casé con él, me le entregué en cuerpo y alma, y siento no poder ser más pequeña y más humilde, para que todos lo vean a él solo; y cuanto más quiero disimularme, desaparecer, no ser nadie a su lado, más me convengo de que, en nuestro hogar, quien desempeña el papel principal soy yo.

LOLOTTE.—Eso es la poesía de la servidumbre, mi querida Madge. Porque así pensamos siempre, es que fuimos eternamente esclavas. Cuando se lo es de un gran señor, como tú, pase; pero de un hombre vulgar, cuesta mucho.

MADGE.—Nunca es vulgar, para nosotras, el hombre a quien amamos.

LOLOTTE.—¿Sabes que no conozco a tu marido?

MADGE.—Todo el mundo lo conoce.

LOLOTTE.—Por los retratos que publican los diarios. Pero nunca he hablado con él. ¿Es mucho mayor que tú, no es cierto?

MADGE.—Para mí siempre tiene veinte años.

LOLOTTE.—Unos veinte años bastante fatigados. Pero es elegante, distinguido, y he oído decir que gusta a las mujeres.

MADGE.—A mí me gusta. A las otras, no sé.

LOLOTTE.—Es a causa de tu marido que deseaba hablarte.

MADGE.—¿Vienes a decirme algo que me interese?

LOLOTTE.—Vengo a pedirle un favor.

MADGE.—Pues no está en casa. Sólo volverá a la noche para comer.

LOLOTTE.—Como te imaginas, ejerzo poco. Casi todas son causas criminales, abogacía pobre. La gente todavía no se ha acostumbrado a la presencia de las mujeres en el foro, y cues-

ta conquistar la confianza de los clientes. Me convendría un empleo permanente en un ministerio. El puesto de consultor jurídico, por ejemplo. El Gobierno no hace sino lo que dice tu marido; un deseo suyo es una orden.

MADGE.—Está todos los días en el banco, de las 3 a las 6. Puedes ir a verlo allí.

LOLOTTE.—Pero es que yo no he venido a pedirle ese favor a tu marido. Te lo vengo a pedir a ti.

MADGE.—¿A mí?

LOLOTTE.—Y de ti sola depende mi colocación.

MADGE.—Pero yo no tengo ninguna influencia en el Gobierno...

LOLOTTE.—Pero tienes la mayor influencia sobre tu marido.

MADGE.—¿Te parece?

LOLOTTE.—Todo el mundo lo dice.

MADGE.—Quizá te hayan engañado, Lolotte.

LOLOTTE.—Creo que no es un secreto para nadie. Tu marido es un hombre superior y poderoso, pero quien realmente manda, eres tú, porque ejerces una acción de dominio absoluto sobre él.

MADGE.—Eso no es verdad. Yo no domino a mi marido. El que te dijo eso no nos conoce. Ni a él ni a mí.

LOLOTTE.—Consigues de él todo lo que quieres, lo que viene a ser lo mismo.

MADGE.—Es diferente.

LOLOTTE.—Ya ha habido un diario que aludió a tu influencia política.

MADGE.—¿Se publican tantas cosas! Sólo tengo influencia en mi hogar, con mi marido y mis hijos. Te juro que si me concedieran el voto, no votaría.

LOLOTTE.—Pues, yo, si pudiera, votaría tres veces.

MADGE.—Pero supongamos que así es y que yo tengo la influencia que crees. ¿Qué deduces de eso?

LOLOTTE.—Que tú podrías hacerme nombrar, si quisieras.

MADGE.—En tal caso, yo tengo un poder mayor que tú.

LOLOTTE.—No lo niego.

MADGE.—Y para eso no necesité estudiar derecho, ni recibirme de abogado, ni andar por los tribunales.

LOLOTTE.—Es una profesión como cualquiera otra.

MADGE.—Es una profesión que se creó para los hombres, y que sólo los hombres pueden desempeñar bien.

LOLOTTE.—No sé por qué.

MADGE.—Yo ejerzo una influencia mayor que la tuya, sin salir, como tú dices, de mi condición de esclava.

LOLOTTE.—Ese es otro orden de ideas.

MADGE.—Es la misma cosa, tal y cual. Estamos en la aplicación práctica de tus principios sobre el casamiento. Para valer por mí misma, como tú dices, no tuve que declararme una simple asociada de mi marido, ni de proclamar en todo momento mi independencia y mi dignidad de mujer libre. No tuve para qué hacerme hombre, como tú. Seguí siendo mujer, cada vez más mujer, y si tengo acaso el poder que me atribuyes, sólo lo debo a mis cualidades femeninas y a mi belleza — perdóname que te hable así —, a mi sensibilidad, a mi corazón, a mis rosas de Soeur Jeanne.

LOLOTTE.—Las rosas de Soeur Jeanne se secaron para siempre.

MADGE.—Pero aun perfuman mi vida entera. Oyeme, Lolotte. ¿Hay, en verdad, algún puesto vacante de consultor jurídico en algún ministerio?

LOLOTTE.—Hay uno vacante en el Ministerio de Comercio.

MADGE.—Entonces, vete tranquila.

LOLOTTE. (poniéndose de pie).—¿Tú me nombras?

MADGE.—No te nombro porque no soy ministro; pero te haré nombrar.

LOLOTTE.—Muchas gracias, Madge.

MADGE.—¿Me permites que, en cambio, te pida un favor?

LOLOTTE.—Pídemelo.

MADGE.—¿Tienes una hija?

LOLOTTE.—Sí, tengo una.

MADGE.—¿Es bonita?

LOLOTTE.—Es un amor.

MADGE.—Entonces no la hagas doctora. Mira que las mujeres que quieren substituir a los hombres, mandan, al fin, mucho menos que las otras.

JULIO DANTAS

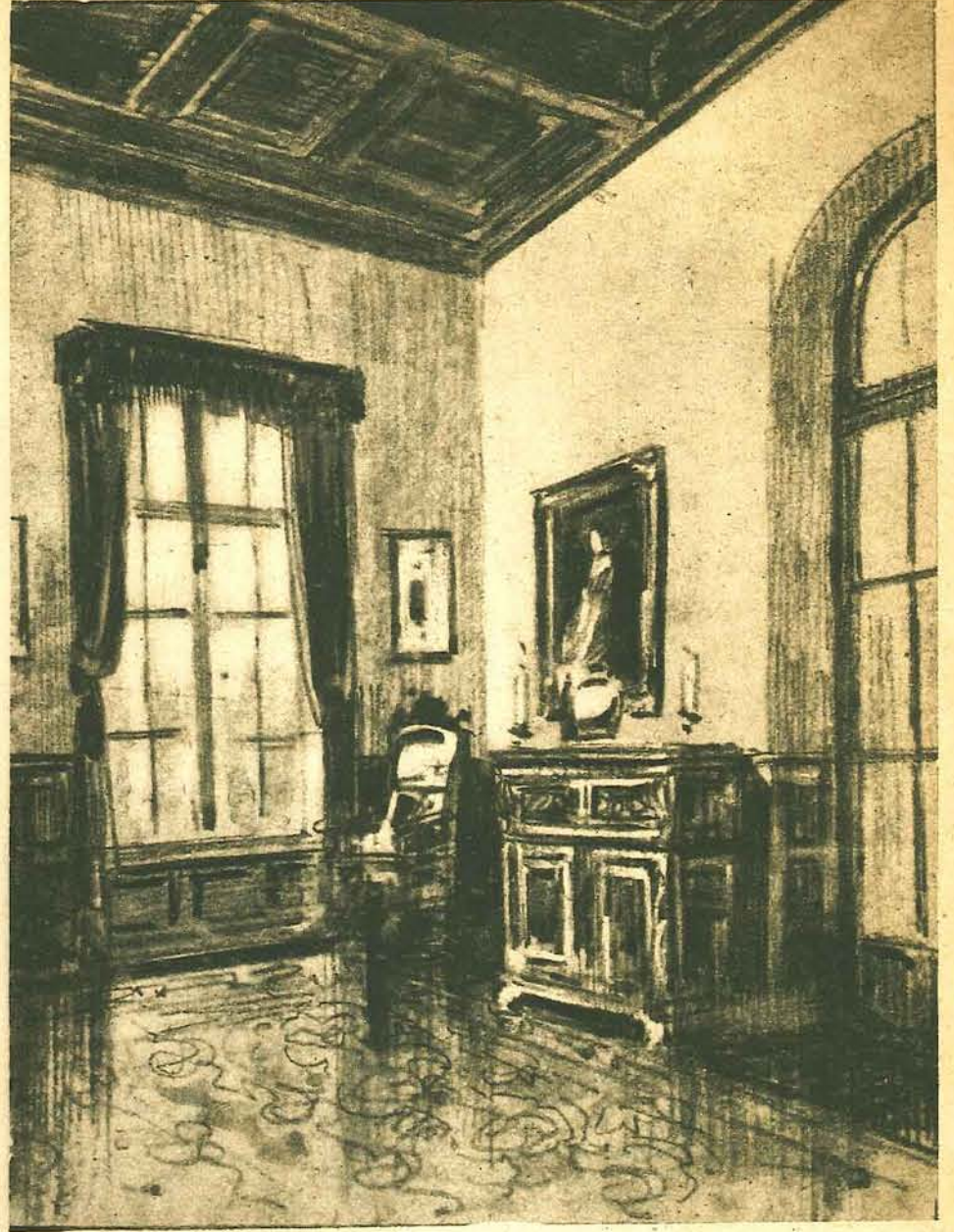
ILUSTRACION
DE ERNESTO ARANCIBIA

(Para LA NACION)

LISBOA, junio de 1929.



Un ejemplo de decoración interior.
Un rincón de "living-room"



Esquema de la decoración propia de
un "living-room" en una estancia

LAS CASAS DE CAMPO

TODA propiedad rural, ya se trate de una estancia o de una chacra y por modesta o pequeña que resulte, deberá contener necesariamente algunas dependencias des-

tinadas a habitación y otras requeridas por la naturaleza misma de los trabajos camperos. En ciertos casos, en especial en los grandes establecimientos del interior, el programa arquitectónico comprende todo un conjunto de edificios, entre los cuales se cuentan los de habitación del dueño y sus familiares, la casa de la administración, la de los peones, los depósitos de útiles, maquinarias y cereales, los garages y caballerizas, los edificios para los "puesteros", a veces una escuela y quizá una capilla. ¡Una pequeña ciudad, en resumen!

Por desgracia, los hombres de campo que afrontan una obra tan vasta rara vez fijan a priori un plan general, adoptando para el mismo un estilo único y logrando así un conjunto armonioso que embellezca la propiedad y la haga atractiva.

Ese plan general, en el cual debe indicarse la lógica ubicación de las diversas construcciones, atendiendo a sus respectivos destinos, puede y debe ser realizado por el trazado de un parque y el de una huerta y un jardín, buscando una vinculación artística de los distintos elementos y no olvidando por lo demás el aspecto práctico y económico de la obra.

Corresponde elegir después un estilo arquitectural sencillo y apropiado, que responda a las condiciones relativas al clima y a los materiales de la región, como también al gusto personal del propietario. Y muchos se preguntarán: ¿Qué estilo deberá preferirse para tales construcciones sencillas, y modestas, considerando que con frecuencia sólo se pueden llevar a cabo con los elementos que se tiene a mano,



El comedor, con su chimenea y sus
alacenas embutidas en la pared,
evidencia el sentido práctico
y sencillo que debe preva-
lecer en las residen-
cias rurales

sin disponer de personal idóneo y tampoco de un director de obra o sobresistente competente?

El estilo o tipo de la construcción —hemos dicho— deberá responder al clima regional y a los materiales naturales que se hallen con mayor facilidad. Dada la vasta extensión de la Argentina, no podría fijarse en consecuencia un estilo único; y de tal modo mal sentaría en la cordillera de los Andes, donde dominan los frios y los vientos, un tipo de casa semejante al recomendable para el norte de Santa Fe, zona expuesta a los rigores implacables del sol y a las brisas cálidas del Norte. Y otra cuestión de importancia real surge como corolario de esas dificultades de fijación de los tipos de casas en la vasta extensión del país. ¿Conviene o no requerir la intervención de un arquitecto para proyectar una obra tan evidentemente sencilla? Y la respuesta surge clara y categórica, pues por modesta o por simple que resulte una edificación, siempre habrá en ella ancho campo para mejorar su silueta exterior y para dar a su interior el doble encanto de la comodidad y de la belleza. Es asunto de mera lógica admitir que una persona de ilustrado criterio técnico y artístico logrará concebir un proyecto de residencia con mayor rendimiento económico, no exento de agradable y pintoresco aspecto. Sólo por error se concibe, en nuestro tiempo de tan grandes conquistas en todo orden de cosas, que se confíe a un artesano la construcción de la propia casa, aun en los casos en que ésta se encuentra aislada y lejos de los grandes centros de población.

Cualquiera que resulte, en definitiva, el estilo que se prefiera, lo cierto es que en materia de construcciones rurales hay que buscar la sencillez pintoresca, suprimiendo toda inútil ornamentación y concretándose al trazado de grandes masas y líneas movidas, a base de muros lisos y vanos que acusen



Una casa de campo en Gualguay. Es la estancia San Ambrosio. Sus fachadas simples armonizan con el conjunto sobrio de la edificación



Otra perspectiva de la misma casa-estancia. Los árboles y el trazado del parque complementan eficazmente la obra del arquitecto

fuertes sombras. En menos palabras, deberá buscarse a nuestro juicio un equilibrado claroscuro, realizado por el color de las techumbres, del ladrillo, de los revoques o de la piedra y de las pinturas hábilmente elegidas en sus tonalidades policromas. Con tan simples elementos se llegará, a base de talento y de espíritu práctico, a concebir conjuntos hermosos, prácticos y también económicos.

En la decoración interior debe regir el mismo criterio. Si admitimos que el plan de la distribución interna se amolda a las necesidades planteadas, resultará del estudio previo un buen emplazamiento—o sea un gran casco de estancia o un simple rancho—para los dormitorios y baños, para el "living-room" y el comedor, para la cocina y sus dependencias y para los anexos de la servidumbre. Condiciones imprescindibles resultarán la buena aireación e iluminación, la orientación adecuada y la fácil comunicación entre los diversos aposentos, esto último sin malograr la independencia necesaria de los locales grandes y chicos. Y planteado todo esto queda ahora un problema aparentemente accesorio pero de capitalísima importancia, problema que no es otro que el de conseguir económicamente un conjunto interno atrayente y agradable, que preste realce a las habitacio-

nes, no sólo en lo que hace a su decoración, sino también a su mobiliaje. Dejando de lado las reglas precisas—esas reglas que se oponen a toda solución interesante y personal—basta señalar algunas ideas generales, que se apliquen indistintamente en todos los casos sin desmerecer o dificultar la creación original.

No puede olvidarse, en primer lugar, que al penetrar en una casa de campo debemos recibir una impresión de limpieza y de reposo, con exclusión de un falso lujo, desde luego fuera de lugar e inadecuado. Por lo general se abusa al colocar demasiados muebles y objetos, y existe, además, la idea harto difundida de que todo mueble que sobre o no sirve para la casa de la ciudad debe enviarse a la estancia. En esa forma las habitaciones que debieran ser gratas al espíritu en la soledad de los campos se convierten en cementerios de cosas viejas, hoscas y feas... ¡Cuán preferible sería vender en remate los trastos inservibles y con el dinero obtenido comprar cosas sencillas y simpáticas!

Hemos afirmado que el mobiliaje de la casa rural debe concretarse a lo estrictamente necesario y útil. Y un medio simple de eliminar el exceso de muebles o de reducir el costo de los mismos consiste en disponer alacenas y armarios en las diversas habitaciones, con los cuales se suprimen los roperos, y requiérense tan sólo la cama y algunas sillas y sillones para amueblar todo un dormitorio, completado el todo

con uno que otro accesorio que reclame nuestro gusto personal, nuestro capricho o nuestras necesidades.

Esa misma regla de la parquedad y sobriedad debe extenderse al comedor y al "living-room" o a otros recintos si los hubiere. Basta una buena chimenea, construida con un tiraje satisfactorio, para constituir el punto básico de la decoración de cualquiera de estos locales. Y unas bibliotecas formando alacenas, sea en el "living-room" o en el comedor, substituirán con provechosa economía y gusto a los muchos muebles anticuados e inútiles que suelen emplearse usualmente; a todo lo cual se añadirán cómodos sillones, un canapé o sofá y el clásico "rocking chair", la infaltable mecedora de los americanos.

Si bien las paredes pueden ir empapeladas es preferible pintarlas con alguna pintura lavable, por razones de higiene. Los cielos rasos admiten una tonalidad clara, en especial en el friso que acompaña a las gargantas de la yesería. Las sabandijas y arañas resultan así visibles sobre la superficie clara del techo, con lo cual es cosa fácil exterminarlas.

Las puertas y ventanas pueden pintarse con colores en armonía con los tonos de las paredes, o bien, si ellas son de cedro, pueden teñirse y luego barnizarse, procedimiento económico por su larga duración. Para los cortinados se elegirán preferentemente cretonas sencillas y elegantes, al alcance por cierto de los bolsillos más modes-

tos. Y sobre las paredes podrán colocarse, a falta de buenos cuadros, pequeños grabados de buen gusto, litografías o aguafuertes, suprimiendo los horribles cromos, que son indignos hasta de la más mala pulpería del pueblo.

Un gasto que en algunas regiones es indispensable es el que corresponde a las defensas contra moscas y mosquitos. Lo más recomendable son los "stores" de tejido metálico flexible y enrollable, en lugar de los anticuados bastidores fijos que no resultan prácticos. Y en lo que respecta a los baños, como el ideal moderno en materia sanitaria es que cada dormitorio, de ser posible, tenga uno, convendrá disponerlos en forma económica, suprimiendo todo detalle no imprescindible a fin de no disminuir su número.

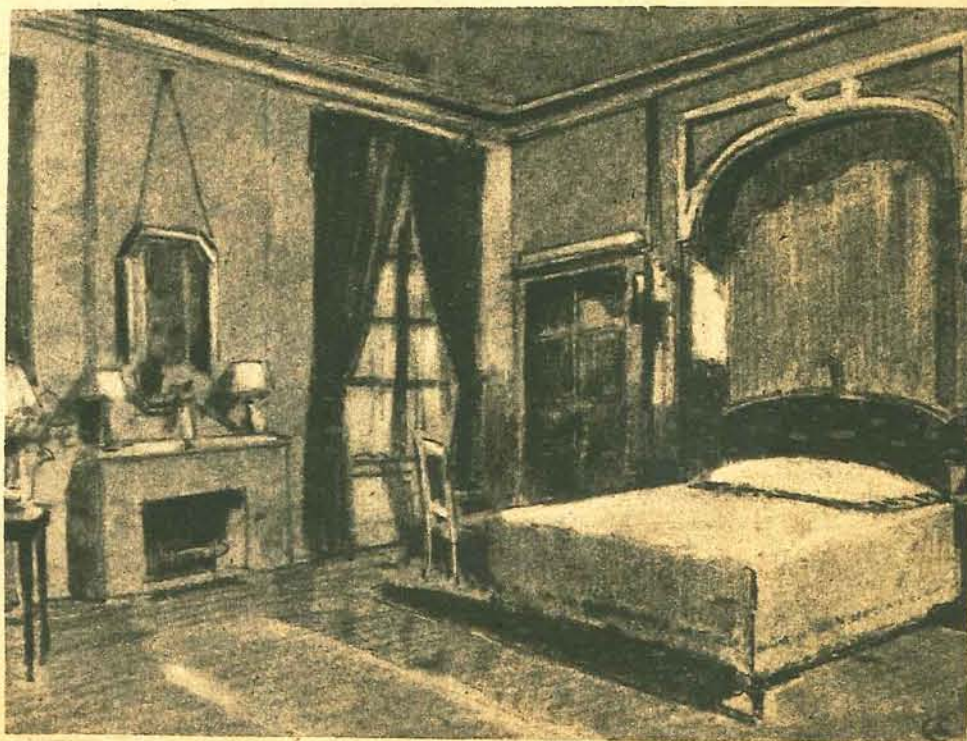
Faltan, sin duda, en la decoración de la vivienda de campo muchos detalles que quedarán librados al criterio de la dueña de casa. La mujer, con su intuitivo buen gusto, pondrá a su casa campestre un sello personal que complementará la obra del decorador profesional y que reflejará su imagen en su propio hogar. Ella es—no hay que dudarlo—la mejor colaboradora del artista y en todos los casos su consejo debe ser escuchado, porque, como dijo Amado Nervo, "lleva dentro de sí la solución de todos los problemas".

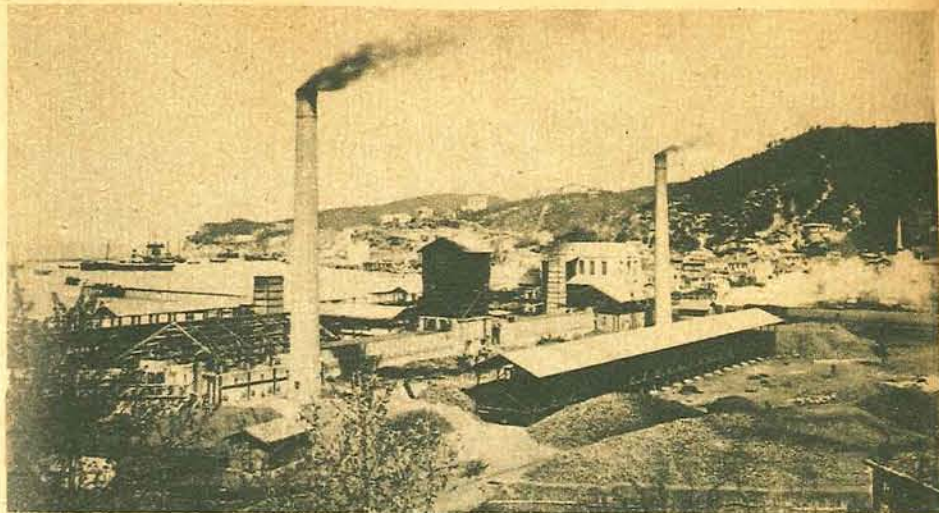
Pórticos y galerías circundantes recomendables en países de calor extremo durante el verano



ALEJANDRO CHRISTOPHERSEN

Arreglo y disposición decorativa de un dormitorio





Grecia antigua: La Acrópolis

Grecia moderna: Las usinas



ESTE año han venido a Grecia cinco o seis escritores franceses. André Maurois ha ido a Missolonghi para preparar su vida de Byron. Otros, entre los que nos contamos, no tenían propósitos tan definidos. ¿Recogeríamos impresiones? ¿Hay ya tantos libros sobre Grecia? No quise releer ninguno antes de partir. Metí en la valija una guía colorada, una guía azul, el Demóstenes de M. Puech y mi viejo Aristófanes traducido por el honesto Payard.

Aristófanes era un gran sabio. Les da un buen consejo a los literatos: "No derrochemos la miel ática", dice su Trygeo. En aquella época, que era la de Cleon, la literatura debía ser, junto con la demagogia, una de las plagas de Atenas. Ya no se puede escribir nada decentemente sobre Atenas. Todos los sitios están ocupados, y la miel ática debe economizarse. Según me dicen, las abejas se han vuelto escasas en el Helmeto.

No hablaré, pues, del sitio en que la perfección existe. No os haré subir al Acrópolis ni meditar frente al Partenon. Hubiera querido descubrir algo que fuese un poco mío, un tema más original y quizá menos difícil, un lugar más nuevo, menos desalentador, para el cual no hubiese competidores. Así es que al tomar el vapor tenía mi plan. Otros, para no tener que medirse con antecesores ilustres, habían elegido Esparta o Micenas, otros la Grecia bizantina o franca. Como para las tesis universitarias, un tema quedaba libre. Tebas ha sido poco explotada. Fijaba, pues, mi elección en Tebas.

Sin que nos demos cuenta, los recuerdos del liceo dirigen una gran parte de nuestra vida espiritual o simplemente literaria. Aun recuerdo el día lejano en que, sentado en un banco de la clase, en el viejo colegio Enrique IV, al pie de la torre Cloreils, tuve la visión de la ciudad misteriosa en que Cadmo sembró los dientes del dragón, y sé muy bien que la imaginé misteriosa, con sus siete puertas y la roca desde la cual se precipitó la esfinge, destacándose negrísima sobre un poniente sangriento. De modo, pues, que cuando pisé el suelo de la Hélade resolví ir en seguida a Tebas.

La verdad es que la literatura no se ha ocupado de esa ciudad famosa. La bibliografía sólo indica una obra en griego moderno y un "corpus" epigráfico debido a la ciencia de un alemán. Sin embargo, desde Edipo, una sucesión de fatalidades forma una corona trágica a la ciudad de Eteócle y Polinice. Delante de sus muros, los Siete Jefes, para celebrar un juramento terrible, bañaron sus manos en la sangre humeante de un toro, antes de que los dos hermanos enemigos se ultimaran combatiendo. Tebas es feroz con Esquilo. Con Sófocles recibe la consagración de la desgracia.

Es el sitio en que se encarnizó el infatigable, el centro de toda la mitología del destino. Amé más tarde a Epaminondas, el de nombre sonoro. Prefería a todos los guerreros históricos el guerrero tebanos sepultado en la victoria y que dejaba a la posteridad dos hijas, Leuctres y Mantinea, triunfos que no se repetirían. La historia de lo que hubiera podido ser ¿no es acaso más emocionante que la de aquello que ha sido? Tebas me interesaba más que Atenas y Esparta, porque hubiera podido ser tan grande como sus rivales, porque vislumbró la hegemonía y ésta le falló. Tebas sobrepasa a todas las ciudades griegas por el encarnizamiento de las divinidades vengativas y por sus desgracias. Es el símbolo de la fortuna contraria. Por último se derrumba en una catástrofe. Altivamente alzada contra Alejandro, el macedonio la destruye totalmente, dejando sólo en pie la casa de Píndaro.

Ya no queda en Tebas, fértil en honores sangrientos, más que la memo-

LO QUE SE VE EN GRECIA

Por JACQUES BAINVILLE

(Para LA NACION) ATENAS, junio de 1929

ria de sus desolaciones. No fui a visitarla en ferrocarril, pero tomé el viejo camino de Eleuteria, hecho quizá para los carros antiguos, pero cruel para los seis cilindros de ahora.

Al dejar el largo desfiladero del Citeron, buscaba ávidamente con los ojos la Cadmea, tan ilustre como la Acrópolis y el Acrocorinto, más fabulosa que esos dos promontorios. ¿Sería allí? Una población se extendía ante el llano de Beocia. ¿La Cadmea? Un cerri-
llo más bajo que la menos alta colina de Roma. ¿Por lo menos, en la época de su esplendor y poderío, la ciudad de las Siete Puertas sería más vasta que ahora? Pues con sus siete u ocho mil almas, llena casi por completo el trazado del antiguo recinto. Algunas ruinas, o más bien, débiles vestigios, atestiguan que Tebas, imponente por los recuerdos, no era, por su extensión y habitantes, mayor que una subprefectura. El buen abate Barthelmy, en su "Viaje del joven Anacársis", no quiere aceptar que haya tenido menos de cincuenta mil ciudadanos. Los antiguos le atribuyen treinta mil, y esto quizá generosamente.

Me he paseado en la calle de Epaminondas. Se ve en ella a algunos mercaderes de higos, de naranjas, de limones, tiendas en que se venden rústicas telas de algodón, pobres cafés en que se bebe vino espeso y uzak. La ciudad del viejo Cadmo, la ciudad de Layo y de Yocasta, de Edipo y de la Esfinge, de Eteócle y de Polinice, de los sublimes funerales hechos por la piadosa Antígona a su hermano maldito, la ciudad que desafió a los siete hermanos argios, ante la cual los Epigones volvieron a tomar una venganza fatal. Esa ciudad fecunda en tragedias sólo es una aldea que cuenta con una calle sin ace-

ras, pero que lleva altivamente un nombre de héroe.

Eso es toda Grecia. Eso es el verdadero milagro griego. He visto a Argos, donde reinaron reyes gloriosos, y el Argos de hoy día, que dormita, no debe ser mucho más pequeña que la de Homero. Hubiera querido ver a Trezona, donde Fedra ardió quemada por un amor culpable, y la playa a que Heipoeto fué arrastrado por sus caballos. Pero ni siquiera hay camino de Epidau-

ro a Trezona, aldea de pescadores a la que sólo llegan escasas barcas.

De manera que el genio de los viejos helenos ha sido hacer con monadas el alimento espiritual de la humanidad. La facultad esencial de la Grecia antigua es esa. El fondo es muy poca cosa. Cabría en un pañuelo de manos. Las fábulas del helenismo, poco diferentes de las de los otros pueblos, son cuentas como las que la humanidad ha creado en todas partes. Lo verdaderamente histórico se reduce a rivalidades de cantones y aun de aldeas. Un arte perfecto, o mejor dicho el amor al arte y a la perfección, ha agrandado todo eso y producido un resultado inmenso. Las aventuras de Edipo como la Orestíada, hubieran sido literatura infantil a no ser los grandes dramas trágicos. Las luchas de Atenas y de Esparta merecerían apenas una mención si no fuera por los oradores y los poetas.

Lo que se ve en Grecia, lo que se palpa, es la admirable desproporción entre las cosas y sus imágenes. Se requería un pueblo dotado con el más alto sentido artístico para producir semejante resultado. Es posible darse cuenta de este fenómeno mediterráneo por medio de la obra de Mistral, con "Mireille" y con "Calendal", en que las ínfimas leyendas locales toman un ai-

re de grandeza épica. Ese es el sortilegio de la poesía. Y si Charles Maurras ha comprendido la Grecia como nadie, es porque, siendo provenzal, ha enumerado y celebrado las treinta bellezas de Martigue.

He visto el campo de batalla de Maratón. Acepto que los destinos del mundo se hayan jugado en esa ribera de mar. No deja por eso de ser un teatro en que sólo se pueden hacer operaciones muy pequeñas y en el que no han podido evolucionar más que efectivos liliputienses. Los atenenses perdieron a 192 de los suyos y el título que los cubre, y que subsiste aún, es sólo una topinera. He visto el campo de batalla de Queronea, en que Grecia perdió su independencia. El león de mármol, que fué hallado y vuelto a erigir, tiene magnífica presencia. Pero el título de los macedonios no es más alto que el de Maratón. He visto al pie de Delfos lo que fué objeto de las guerras sagradas. Es un bosque de olivos codiciado por los campesinos de Anfisa, olivos magníficos y milenarios; con todo, forman un soto más que una selva. Pero el ruido de las guerras sagradas por la posesión de esos árboles todavía resuena a pesar de los siglos.

Recuerdos, figuras, nombres cuyo brillo hace palidecer a todos los otros, y de los que el espíritu humano vive desde hace más de dos mil años, bien que todo eso quepa en el hueco de la mano; la dominación de los espíritus obtenida por el genio de la expresión, la magnificación ideal de asuntos en sí mismos minúsculos, eso es Grecia, y la prueba de que no se sobrevive más que por el prestigio de la inteligencia y lo perfecto de la ejecución. Quedan más monumentos en Tirinto y en Micenas que en Eleusis, en Delfos y en Epidauro. Pero también quedan más monolitos en las landas bretonas. Destrozados de pared de un santuario clásico dicen más que toda una construcción ciclópica, todavía en pie, pero muda. No vayáis a Grecia para ver hermosas ruinas. Sólo las hay en Atenas. En los otros puntos sólo son escombros para arqueólogos. Yo llevé conmigo a mi pequeño infante, que cuenta siete años, y que me declaró un día que estaba harto de ver piedras rotas. Grito sincero. Confesión de una inocencia que aun no conoce el convencionalismo humano. Alineados, desparramados o amontonados, esos sillares no representan nada si sólo son vistos por los ojos del cuerpo. A Epidauro, Delfos, Eleusis sólo les da la vida la imaginación.

Juré que no hablaría del Atica, pero diré, sin embargo, cómo fui a Colona, porque eso entra en mi propósito. Fui a causa de Edipo. Fui a causa de Sófocles. ¿Cómo no repetir con Antígona: "Edipo, padre infortunado, veo a lo lejos las torres que cierran la ciudad; el sitio en que estamos es sagrado, a lo que pueden juzgar mis ojos, pues está sembrado de laureles, de olivos, de viñas fecundas, y bajo la fronda innumerables ruiseñores entonan sus cantos melodiosos"?

Ya no hay en Colona laureles, olivos, viñas ni pájaros cantores. Se va con un tranvía eléctrico que sigue el Odos Colona. Este suburbio ateniense se parece a Enduma y a Levallois-Perret. Un montículo en que se alzan dos lápidas, en memoria de dos arqueólogos, el uno francés y alemán el otro, es lo único que marca el antiguo emplazamiento. Sin embargo, este horrible barrio de la nueva Atenas es Colona, cuyo nombre subsiste a través de las edades. Ya Cicerón, que vino aquí, atraído por el encanto de Sófocles, no encontró ni el bosque de las Eurnénides ni el rastro de Antígona. Y el romano dijo: "Imagen vacía, sin duda, pero con todo, conmovedora". (Connovit tamen).

Eso es toda Grecia. Eso es todo el viaje a Grecia, en el que no se ve nada. Nada, a no ser por la magia del arte y el prestigio del recuerdo.



Ruinas de un templo en Atenas



Tebas — Ruinas del Ramesseum

LA * LUZ * DE * * * DE * DON



CUANDO Martita se asomó a la calle con su moña colorada y su delantalito de gatos estampados, en seguida notó que estaba encendida la pera eléctrica de la casa de enfrente y exclamó, levantando los bracitos:

—¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!

No había duda de que a la nena le impresionaba aquel acontecimiento. Ya era raro que en la calle apareciera una luz encendida a las nueve de la mañana; pero en la imaginación de Martita la rareza se magnificaba grandemente porque Martita sabía que una de las cosas que más se criticaban en el vecindario era que el viejo don Matias, dueño de aquella casa misteriosa, sólo tenía encendida su lamparilla en las primeras horas de la noche, hasta que él volvía de tomar su cafecito, o cuando, por extraña casualidad, esperaba visita la familia. Apenas entraba él o salía la visita, don Matias apagaba la luz y dejaba la calle en plena oscuridad, pues se trataba de un barrio nuevo, en formación, sin alumbrado público todavía, y por allí no se veía otra luz que aquella colocada por don Matias, justamente sobre la puerta de su casa, para no andar a tropezones en la noche, o para ahuyentar a los ladrones cuando se decían que andaban por el barrio.

Martita se sintió muy sorprendida y lo primero que se le ocurrió, naturalmente, fué correr en busca de su hermanito para comunicarle lo que pasaba y ver qué debían hacer. Paquito logró escapar de las manos de Josefa, que le estaba fregando las rodillas, y al salir a la calle con Martita también se quedó asombrado viendo la luz encendida.

—¿Qué pasará? — preguntó.

—A lo mejor — discurrió Martita — esta noche han venido los ladrones. ¿Tú no sentiste barullo?

—Yo sentí que los perros ladraban con mucha furia.

—Entonces será por eso. Pero ahora, ¿para qué quieren la luz?

Paquito respondió:

—Ahora, no sé. Yo creo que don Matias se ha olvidado de apagarla.

—¿Y qué podríamos hacer? ¿Avísamos en la casa?

—¿Tú te atreves a llamar?

—Si tú me acompañas, sí, porque yo sola no puedo. No alcanzo a tocar el timbre de la puerta.

—Es que yo tampoco alcanzo — dijo Paquito.

A lo que agregó Martita:

—Pero si tú me alzas, alcanzo yo.

Los chicos lo pensaron un buen rato, estudiando la altura con la mirada. Aunque la casa de don Matias tenía zaguán con cancel, la puerta de la calle estaba cerrada. De todos modos, al final dijo Paquito ya decidido.

—Bueno, vamos a probar.

Esperaron a que no pasara nadie y comenzaron a cruzar la calle, de la mano; pero sólo llegaron a la mitad porque Paquito se fijó en el cerco que formaba el gallinero de don Matias y de pronto se detuvo preguntando:

—¿No nos soltarán el perro?

Martita, más enterada, le contestó:

—El perro, por la mañana, no está abajo; lo tienen en la casilla de la azotea para que los pilletes de la vecina no se lleven la ropa del tendedero.

Con todo, a Paquito le costaba decidirse. Antes de cruzar la calle volvió a pararse por otra cosa. Preguntó:

—Y cuando abran, ¿qué decimos?

—Decimos que les vamos a avisar para que apaguen la luz que dejaron encendida.

—Yo no hablo — dijo Paquito—. Pueden creerse que es una burla y nos van a correr con una escoba.

—Lo mismo van a correrlos si hablo yo.

—Entonces será mejor que no llamemos.

—¿Tienes miedo?

—Miedo no, pero me voy.

—Pues yo me quedo.

—Es igual. Tú sola no llamarás porque no alcanzas al timbre.

—Ya verás. Iré por el banquito de la cocina.

Paquito se echó a reír; pero Martita corrió a su casa como una flecha y salió inmediatamente cargada con el banquito que había dicho, que era un banquito mayor que ella; todo esto ante el asombro de su hermano, que



ILUSTRACION DE JUAN CARLOS HUERGO

resolvió esconderse tras un poste telefónico para ver desde allí lo que ocurría. Martita llegó a la puerta de la luz, colocó su banquito en el umbral, se trepó muy decidida y empezó a tocar el timbre furiosamente. Y en esto estaba, toca que toca, cuando de pronto notó que

acudió el perro de don Matias, armando en el zaguán un escándalo tan grande que a Martita le entró un horror terrible y sólo atinó a huir precipitadamente, dejando allí su banquito y su moña colorada.

Poco después, mirando sin que los vieran por detrás de las persianas de una ventana de su casa, Paquito y Martita presenciaron lo siguiente: cuando don Matias abrió, salió, miró y no vio a nadie en la calle, sacudió un puño, soltó cuatro palabrotas, le dió un puntapié a la moña, se apoderó del banquito y entró con él, diciendo:

—Para el fuego viene bien. ¡A ver el hacha, Petrona!

Martita, consternada, se tapó los ojos. Paquito dijo sentenciosamente:

—Ahí tienes lo que ha pasado.

Pero Martita reaccionó en seguida.

—¡Por culpa tuya! — exclamó.

—¿Mía, te atreves a decir?

—Y si no, ¿de quién va a ser?

—Tuya toda, por haber sacado el banco.

—Pero yo no lo hubiera sacado si tú me ayudabas a tocar el timbre, como te pedí.

—¿Y si luego nos corren con la escoba?

—Peor es lo que ha pasado.

—Será peor para ti, cuando se entere mamá.

—¡Malo! ¿Vas a dejar que me peguen?

—¿Y qué quieres que yo haga?

—Ir en busca del banquito.

—El banquito ya no sirve para nada. ¿No viste que don Matias ha entrado pidiendo el hacha? Lo mejor será que te escondas cuando pregunten por él.

—¿Dónde me escondo?

—En la ropería del sótano.

BOY

(Para LA NACION)

MONTEVIDEO, Julio de 1929

* LA * CASA MATIAS * * *

—¿Tú te escondes conmigo?

—Eso no. Eres muy viva. Entonces se crearán que yo también tengo culpa.

—No la tendrás, pero a mí me da miedo estar solita.

—¿Por los ratones? Yo te llevo el gato.

—El gato me da más miedo todavía. Mira el arañoncito que tengo aquí.

Paquito, oyendo esto, se sintió realmente enternecido y estuvo un rato sin saber qué hacer. Por último no hizo nada porque los chicos oyeron hablar de que había llegado el vidriero para reponer un vidrio roto en la puerta del "garage", y con eso se olvidaron del percance del banquito, pues el vidriero, cada vez que iba a la casa, les regalaba un poco de masilla para que ellos hicieran monitos. De manera que se fueron al "garage" y se pusieron a contemplar al hombre, que se hallaba agachado en un rincón desliando sus herramientas: una espátula, unas pinzas, una tenaza y un martillo. Además, los clavitos y la masilla.

—Si necesita aceite, yo le traigo en una taza — dijo Paquito.

Martita agregó:

—Y si necesita vinagre, le traigo yo.

—¿Vinagre para qué? — preguntó el chico — ¿Te figuras que el vidriero hace ensalada? El aceite lo quiere para ablandar la masilla cuando se seca.

—¿Y no puede mojarla con vinagre?

Martita miró a la cara del vidriero para ver lo que decía; pero el vidriero no hizo más que sonreírse, con lo cual ella no supo qué pensar. En cambio notó una cosa que nunca había observado todavía. El vidriero tenía pelos en la oreja. Esto la llenó de asombro y pensó comunicárselo a Paquito; sólo que temió cometer una imprudencia y le pareció mejor ir a decirlo a su papá, que se hallaba escribiendo en su despacho. Martita entró, se le acercó y le dijo:

—Papá, el vidriero tiene pelos en la oreja.

Como el papá celebró el descubrimiento, Martita realizó otro y al rato volvió diciendo:

—Papá, al vidriero le falta un dedo de una mano.

—¿Qué desgracia!

—Sí. Pero no le sale sangre.

—Bueno — contestó el papá —. Cierra la puerta y déjame tranquilo.

Con todo, Martita volvió al despacho para comunicar un tercer descubrimiento.

—Otra cosa, papá: el vidriero se sujeta las gafas con un alambre.

El papá se sonrió. Nunca había visto al vidriero, pero le bastaron aquellos tres datos aportados por Martita para representárselo de cuerpo entero. Hasta se quedó pensando en que el tipo ideal de un vidriero tiene que consistir en un viejo a quien le falta un dedo de una mano y se sujeta las gafas con un alambre a una oreja rellena de pelos. En consecuencia, el papá de Martita no necesitó más datos. Pero si la chica no acudió con otro no fué porque le faltase — pues además observó que el sombrero del vidriero tenía una mancha de tinta — sino porque cuando regresó nuevamente al "garage" se encontró con que el hombre llamaba a la sirvienta para pedirle algo en qué subirse con objeto de alcanzar a lo alto de la banderola donde debía colocar el vidrio, y a la sirvienta no se le ocurrió otra cosa sino ir por el banquito de la cocina.

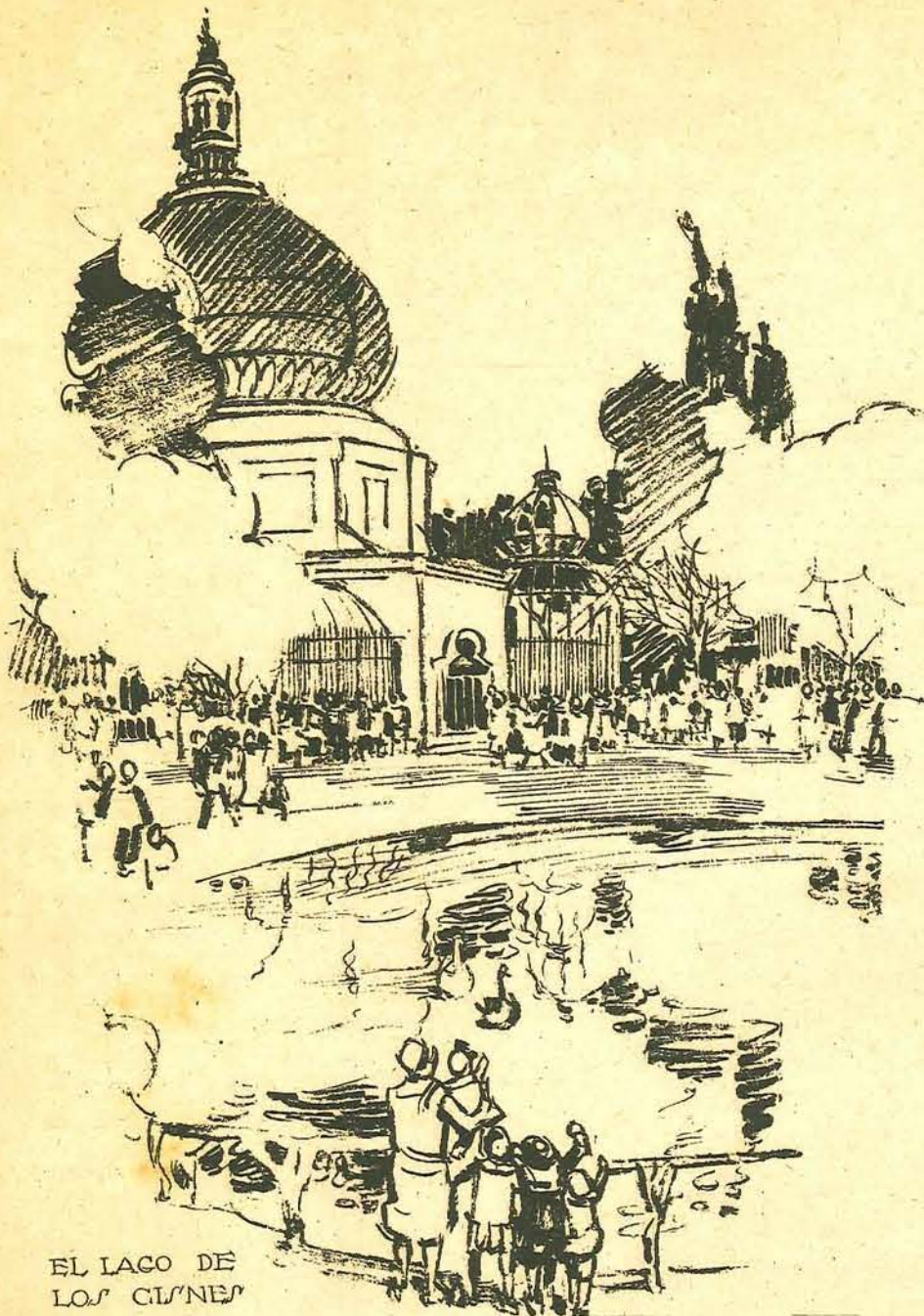
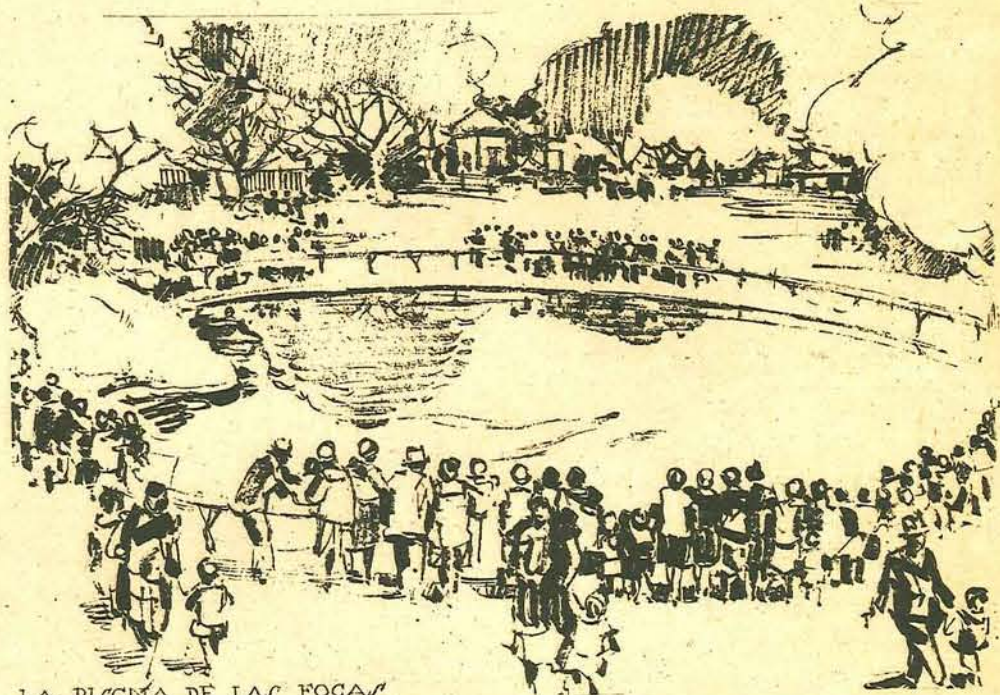
Viendo lo que se venía, Paquito cogió a Martita de la mano, bajó con ella al sótano corriendo y la dejó encerrada en la ropería entre un montón de bufandas y un gabán de su papá. Luego subió por el gato muy despacito, para ver lo que pasaba allá en el fondo, llamándole la atención que el escándalo no se hubiese producido. Finalmente, Paquito se quedó maravillado cuando, al llegar al "garage", vió al vidriero trabajando subido en el banquito de la cocina.

—¿Cómo es esto? — preguntó.

Josefa dijo:

—Lo ha mandado don Matias.

De manera que no hubo más escándalo que el armado por Martita, algo después, a causa de que Paquito se olvidó de ir a sacarla de la ropería. Fué bastante, sin embargo.

EL LAGO DE
LOS CISNES

LA PLAZA DE LAS FOGAS

El País de Nunca Jamás

Por Enrique
González
Tuñón



N boleto, señor. Un boleto de ida y vuelta para el País de Nunca Jamás. Soy el chiquilín que ayer tenía ma-

dre y un trajecito de grano de oro y un banco de primer grado y una maestra bondadosa que se llamaba Josefa Joan.

Soy el pobrecito chiquilín que vistió negra ropa cazadora porque Dios le hizo la mala jugada de dejarlo huérfano en un recreo de su infancia.

Soy un hombre triste, amigo, porque perdí a mi madre cuando era niño. Llanto de criatura nubló el sol de mis días. ¿Qué se ha hecho del cromó y la biyarda olvidados en un recodo de la calle ingenua, intacta en mi recuerdo? ¿Dónde está el compañero de aula y el camarada del baldío?... Tal vez ellos experimenten la sosegada alegría de evocar el pasado avivando en la memoria el paseo colegial; tal vez sean insensibles agentes de seguros o quizá, como yo, resuelvan en cotidiano malhumor la angustia que envejece y mata.

Pido un minuto de silencio para recordar. El hombre que acerca a la noche de su existencia la luz de mariposa de la infancia es un hombre bueno. Los años no han borrado el cuadrado de mi rayuela. La vida hosca y ceñuda busca reconciliación en la niñez remota. Que nadie turbe este instante de ausencia noble y puro.

Un boleto, señor. Un boleto de ida y vuelta para viajar en la viborita de latón a través de los senderos luminosos del País de Nunca Jamás.

EL JARDIN ZOOLOGICO

El maquinista del tren liliputiense del Zoológico es el hombre más extraordinario del mundo. Las Hadas Madrinas depositaron en él su confianza y Peter Pan le dió su amistad. ¿Qué lindo es asomarse a la infancia desde el trencito "que no quiere crecer"!

La vida es un pintoresco espectáculo de bazar. ¿Quién le da cuerda al mico que hace juegos de acrobacia y moris-

queta detrás de las rejas?... No es tan fiero el león como lo pintan. El león está enfermo de abulia. Mentira es que sienta la nostalgia de la selva virgen. Las fieras del Zoológico nacieron con una natural predisposición a la vida burguesa. Bostezan y duermen en el apacible retiro, indiferentes al asombro pueril y a la admiración de los inmigrantes de tercera clase, humildes turistas que se inician en la exploración urbana.

El tren minúsculo orillea lagos artificiales con cisnes de paisajes pasatistas.

La cebra es un caballo con camiseta de footballer, y al dromedario le fraguaron una giba de estopa.

"Está prohibido terminantemente dar de comer a los animales". La inclinación del hombre a violar los edictos municipales se manifiesta en el niño que arroja una intencionada limosna de galletitas a la jaula de los monos.

El panorama del Jardín Zoológico se fijó en mi retina. Seré explorador y me internaré en la selva de Rudyard Kipling, si es que no sobreviene en mis sueños la espantosa pesadilla de Balao.

DIA GRIS

He gastado el boleto, amigo mío. Tengo que trasponer la frontera del País de Nunca Jamás. Retorno a la fatigosa realidad del mundo con idéntico estado de ánimo del miserable que vuelve a pesar suyo de la comodidad de un sueño. El palacio de novedades ha sido clausurado. Ya no me esperan más que horas repetidas irremediablemente.

El sol sonríe en la ciudad, y sin embargo, infiltrase en mi alma una llovizna persistente y fría. Soy un día gris tan melancólico como un retrato antiguo, como las palabras que nos acariciaron una vez y que ya nunca más nos acariciarán.

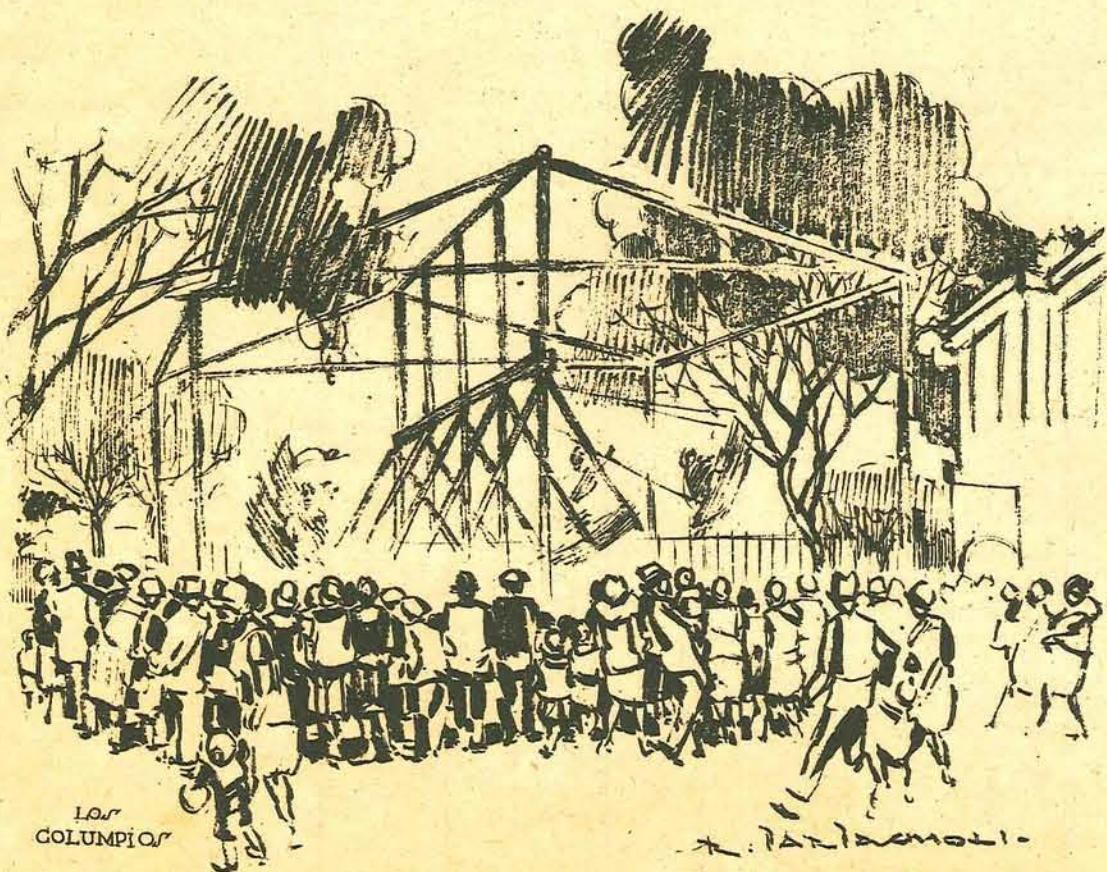
Soy mi retrato de niño recordado en un picnic del bosque de Palermo.

El tren liliputiense silba su anuncio de partida en mi corazón.

Apuntes del natural por Ricardo Parpagnoli



LA JAULA DE LOS MICOS

LOS
COLUMPIOS



A seca iba tirando para las cinco lunas. No había que contar por lluvia la garuita de mala muerte que cayera allá por agosto. Se había visto entonces el cerro verdear como enmohecido, pero no pasó a más, y cuando apretó el calor, los faldeos pardearon como burros.

Dos meses después, las aguas seguían alzadas, y como las nubes, las pocas que se dejaban ver, eran nubes de trapo, y el viento seco del Norte resollaba a días, hombres y bestias olfatearon una seca de las grandes. En los poblados, los cultivos se agachaban aporreados por la sed. Habíanse ventado los trigos, es decir, madurado a la fuerza con el polvo caliente de los vientos, y el grano recogido era rugoso de flaco. Las siembras de maíz, resignadas a una tacafía ración de agua de riego o al ancho esparcimiento de los turnos, crecían pobrecitas, y en terrenos empedernidos o muy arenosos comenzaban a blanquear como encanecidas por la seca. Las viñas, y aun los árboles, sufrían envejeciendo también a ojos vistas. Los alfalfares, tan alegres cuando tienen por qué, se cobijaban a trechos en telarañas. Castigado por los solazos y los zondas, chupado por los esponjados arenales de su cauce, el río mismo sentía sed, llegando sólo con la mitad de su haber a las tomas.

Los coyuyos, resecos como un cascabel, alzaban su canto como el clamor de la seca.

Cerros y campos se opacaban, como espolvoreados de escoria o de ceniza. Pero los arenales relumbraban como chapas de cinc. Sólo podía pastearse ya a la orilla de los manantiales o las ciénagas o en lo más escondido de las quebradas.

Comenzaban algunos ojos de agua a apocarse como un lagrimeo hasta cegarse. Cuento malo, porque cuando escasea hasta el agua de beber, la seca muestra recién su cara. Es la sed más temida que el hambre. Qué andanzas a lo largo de caminos polvorientos o senditas estrechas como la necesidad, para llegar al manantial ya seco, trillado de rastros, moteado de vedijas, de plumas, de bostas. Alguna avispa se empeñaba en chupar el barro casi seco. Algún animal, atontado por la sed, porfiaba en cavar un hoyito en que a veces quería resumir, lerdó como el olvido, un trago de agua.

Un día amanecía como nublado, y en una calma de ansia verdadera, comenzaba a bajar, sin dejarse sentir, una llovizna... de tierra. Era polvo de médano, soliviado por los vientos hasta las nubes. Entonces se ponía frío y toda esperanza de lluvia huía hasta perderse.

Pero volvían los calores entrañados como un odio.

AGUA BRAVA

Nubes falsas emparejaban el quebrado horizonte de los cerros, nubes machorras de agua. Como guiños de burla fosforeaban a noches los relámpagos o el trueno se desperezaba dormido.

Las gentes de las estancias y los puestos comprobaban día a día el avance de la seca, como una mala noticia que va confirmando. Nunca habían visto el cerro en mano tan dura. Campos y bestias sufriendo al modo de un alma remordida.

La hacienda, llegada a ese punto en que, como dicen, no se le cae los huesos por respeto al cuero, no tiraba más. Mulos y yeguarizos, flacos como para servir de cabalgadura a la muerte, iban volviendo todos al poblado. Y qué menos, si arreados por la calamidad, hasta las perdices y los suris mismos llegaban en ocasiones a las casas.

El pasto de semilla se había secado al salir y del de raíz quedaba apenas para muestra. Con todo, aguerrida para el cerro como los chaguaros, la baguala no daba el brazo a tocer así nomás. Podían rastrearse huellas torunas en las marañas más tupidas o en sitios que sólo pisan los venados. Las vacas metían asta a los cardones, con cuyo corazón jugoso entretenían hambre y sed a la vez.

Pero la cuesta arriba era muy larga y la hacienda comenzó a entregarse. ¡Ah, pucha! Fué primero alguna vaca vieja hallada cerca de las casas. Después un buey arador. Y siguió la cuenta. En el río o en la aguada seca se echaban, cansados por la muerte, para no levantarse, o se despeñaban en un dos por tres, sin fuerzas para nada. Lo que es por achuras, el león no tenía que afligirse mucho. Muy al revés la gente de la estancia, que no pudiendo salvar la carne, cuereaban sin tre-

gua, aunque la faena los vencía... Malhaya, a modo de piedras overeaban en el río las reses muertas. Y los caranchos y chimangos como mosque-río...

A los hombres los tentaba el llanto. ¿Hasta cuándo durará la función? Los cerros pelados mostraban sus grandes arrugas, envejecidas. Se levantaba el polvo más ligero que ceniza al primer amago del viento o si éste pegaba de firme, la tierra polveaba hasta ahogar, como una alfombra sacudida. No iban quedando más que jarillas en el

campo soltado de la mano de Dios, y las osamentas desparadas por cualquier parte, más blancas ya que huevos de paloma.

En el lecho del río, la torada cavaba tierra con un mugido que daba lástima, como llamando a la lluvia arisca o llorando los días dichosos con sus mañanitas húmedas como morro de ternero y sus cerros emponchados de pasto.

Pero es de más cuando el cerro se da vuelta del mal lado como una taba. Y qué iba a faltar el incendio, esa cola que siempre trae la seca. Del rescoldo que dejó la fogata de un pastor, del pucho tirado por algún campañador, saldría, quién sabe. Apareció una oración para el lado del Sur sobre un filo distante, y desde entonces invisible de lejos en la cegadora brilla del día se dejaba ver recién a la caída del sol, y era el asombro de las noches como un cometa. Catorce días y catorce noches venía caminando ya hacia el Norte, sin cejar.

Y una siesta inmóvil bajo el apretón del sol como un toro empacado, las nubes que venían amenazando de días atrás, parecieron decidirse al fin, y un nubarrón barroso oscuro hizo punta hacia arriba. Otros le siguieron, y, de pronto, como con miedo, el día se hizo chiquito ante ellos. Se oyó un ruido

como venido de bajo tierra, y el viento, chasque de la tormenta, trajo la primera noticia. Los árboles se estremecieron oyéndola. Gritaron dos chufas con alboroto de mujerío. Y creyéndoles a ellas, algunas vacas que escarbaban el suelo, mugieron entrañadas, venteando agua. El calor se hizo más grueso. El aire sudaba. Lejos, empezó a rebramar el trueno. Había en las pausas un silencio sin fondo. La tierra, y hombres y bestias esperaban como en un acecho de vida o muerte.

Vino otra vez el viento en un envión más largo. Los pájaros volaron enloquecidos. Los árboles de las faldas tambalearon como borrachos, tratando de agarrarse a las peñas para no caer.

El trueno siguió rejurando más alto su enojo. Las nubes que iban a parir bramaban como la vacada sedienta. Pero por debajo de ellas, otro ruido más tupido hizo parar la oreja a la gente que en el galpón de la estancia aguardaba con el corazón en vilo.

—¡Oh!... ¡Piegra?

—¡Piegra! ¡Piegra!... ¡El Señor nos ampare!

Como cediendo a un amago las mu-jeres y los niños agachándose cayeron de rodillas, y se oyó rezar como ante un muerto, mientras los hombres inmóviles miraban sin ver.

Pero el granizo no llegó, y las primeras gotas comenzaron a caer ralas, lerdas, desgastadas, viruleando el suelo que polveó como un rescoldo. Y el campo olía ya como pafuelo de novia.

En eso el trueno se sacudió otra vez con más fuerza y la tormenta se vino cielo abajo de golpe. Por ratos el viento quería todavía dar pico, pero el agua acribilladora lo acoquinó al fin. Con las cabezas gachas los animales, quietitos, daban el anca a la lluvia. Corría ya el agua por el suelo abriendo acequias por todos lados. Corría por las quiebras del cerro como por los pliegues de un poncho. No lejos de la casa, el torrente saltaba gruñendo y echando espuma como un perro.

Y la lluvia siguió cargando la mano; mermaba a ratos para pegarle con más ganas. Ya no parecía un desagravio del cielo a la tierra, sino más bien como un desquite. Hasta que el ruido se inacababa como el de la langosta cuando llega en mangas que tapar el cielo, se sintió venir de lejos. La creciente. Y llegó con su espuma delantera, calladita como si viniera en puntas de pies. Y cruzó durante el resto de la tarde y cruzó durante toda la santa noche, golpeando los pedrones como si hiciera crujir los dientes.

Y al otro día, entre el contento de campos y cerros recién paridos, se vio lo que tenía que ser. Era difícil que el agua no cobrase nada. Y el río había arrastrado árboles, vacas, burros, cabras y un arria de mulas cargadas.

Penumbra

Alma sombría, oceánica nocturna,
que al sol se borra y que la sombra ampara
sale a encontrarme en la penumbra avara,
como si se escapara de una urna.

Ni orgía negra, ni faunalia diurna;
idilio de crepúsculo y mampara,
donde la obscuridad se vuelve clara,
donde la luz se pone taciturna

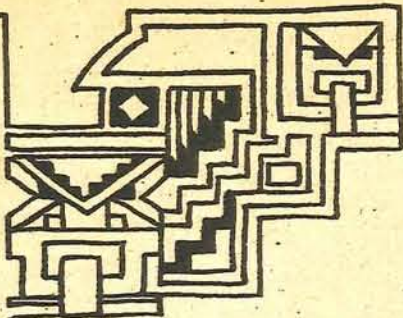
Una unión substancial de eucaristía,
y, en un silencio que la voz alfombra,
la soledad, toda cerrada al día.

Callamos. Ni la nombro ni me nombra.
Y nos dormimos en la compañía
del Sueño, salamandra de la Sombra.

Roberto Ledesma

LUIS FRANCO
ILUSTRACION DE LUIS MACAYA

NOTAS DE UN RAID POR LAS DOS AMÉRICAS



El pueblito situado cerca de estas ruinas prehistóricas se llama Tiahuanaco. Debido a la excepcional dificultad de reproducir fonéticamente bien en castellano las voces indígenas, apenas si hay una que otra que no ofrezca variantes ortográficas de consideración. Tal el nombre del epígrafe. Ya Garcilaso de la Vega, en sus "Comentarios", se refiere a esta dificultad y menciona la palabra "huaco", que significa unas treinta cosas distintas, según su pronunciación y entonación particular. Los conquistadores no se molestaron mucho por estas dificultades; de ahí que la actual ortografía de numerosos lugares no guarda la menor similitud con la forma de pronunciación indígena, siendo de notar que el habla de éstos es prácticamente la misma que la de los llamados incas. Como en general sólo hablo de lo que personalmente he visto, reproduzco las voces conforme las he oído de boca de los aborígenes.

Las ruinas de Tiahuanaco están situadas cerca del lago que lleva su nombre. Poco queda de ellas. La Puerta del Sol, un gran monolito llamado El Fralite, varias columnas, un gran bloque de aproximadamente 8 metros de largo, 6 de ancho y un metro y medio de espesor, y que lleva un grabado que parece representar una serpiente. Surge la impresión de misterio cada vez que uno se pregunta cómo tan formidables bloques han sido transportados al lugar que ocupan, pues cerca no existen canteras del mismo material y, según se dice, proceden de una sierra situada en el otro extremo del lago. Cabalgando en dirección al lago observé varios bloques esculpidos diseminados en la llanura y en mi opinión tales piedras cayeron de las balsas que las transportaban por el lago, cuyas aguas se hallaban antiguamente a un nivel bastante más alto que el actual. Pero sea cual sea la teoría que se sustente, el transporte de estas formidables moles seguirá siendo para siempre una de las maravillas desconocidas del mundo.

La mayoría de las calles del pueblo de Tiahuanaco está pavimentada con piedras procedentes del antiguo templo y va-

rias entradas de casas ostentan bloques hermosamente esculpidos. La iglesia fué construida enteramente con piedras templares. Lástima grande que las ruinas no fueran preservadas, pero queda la esperanza de hallar oculta bajo tierra su parte más importante.

En el patio del hotelito donde me alojé había varios recipientes de piedra hermosamente labrados, traídos de las ruinas. Uno de éstos servía de pesebre a los cerdos.

Seguí cabalgando por la llanura desolada, y al llegar a la cima de una lomita tuvimos cerca el lago. Con sus aguas azules y serranías al fondo—algunas envueltas en eterno manto de nieve—ofrecía un aspecto esplendoroso. Llegamos al pequeño puerto de Guayquil, punto terminal de los vapores que hacen el servicio a Puno, situado en territorio del Perú. En el mapa el lago parece bastante chico, pero la realidad es distinta, y los vapores tardan sus buenas doce horas en llegar de un extremo a otro. Estos vapores, de regulares dimensiones, son construidos en Inglaterra, de donde vienen por sus propios medios hasta el puerto de Mollendo. Ahí los desarmar para transportarlos por ferrocarril hasta Rimo, donde son montados nuevamente y botados al agua.

CURIOSIDADES DEL CAMINO

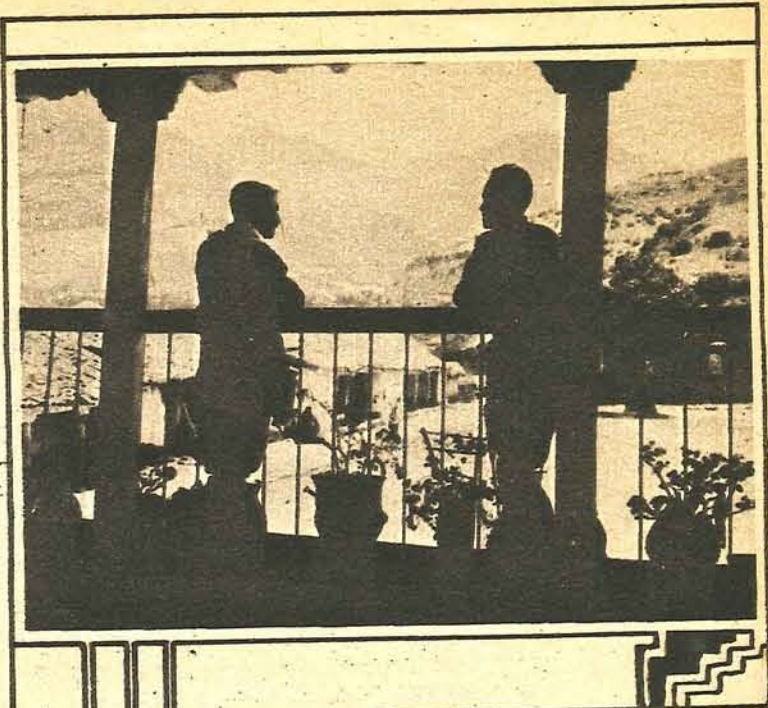
En las sierras al oeste del lago Titicaca viven los tanquipa. Son muy guerreros, diestros en el manejo del lazo y, cosa rara entre indios, poseen armas de fuego, por todo lo cual se les teme en la vecindad. Visten trajes confeccionados enteramente

de cuero y ensillan unos caballos chucos muy resistentes. De cuando en cuando asaltan un pueblito, cuidando las autoridades de dejarlos solos, pues resulta difícil y por demás peligroso alcanzarlos en sus refugios entre las montañas.

En el lago crecen unas algas marinas que constituyen un excelente forraje para haciendas. Las vacas y cabras tienen gran baquia para buscar estas plantas, y resulta curioso ver cómo sumergen la cabeza en el agua y advierten cuánto tiempo pueden estar así, sobre todo las vacas, sin respirar.

No conviene viajar de noche, pues a veces los indios atacan a los hombres blancos, lo que rara vez sucede de día. Hasta Puno todo fué bastante bien, si se exceptúa la diaria dificultad de obtener forraje para los pingos y comida y alojamiento para mí.

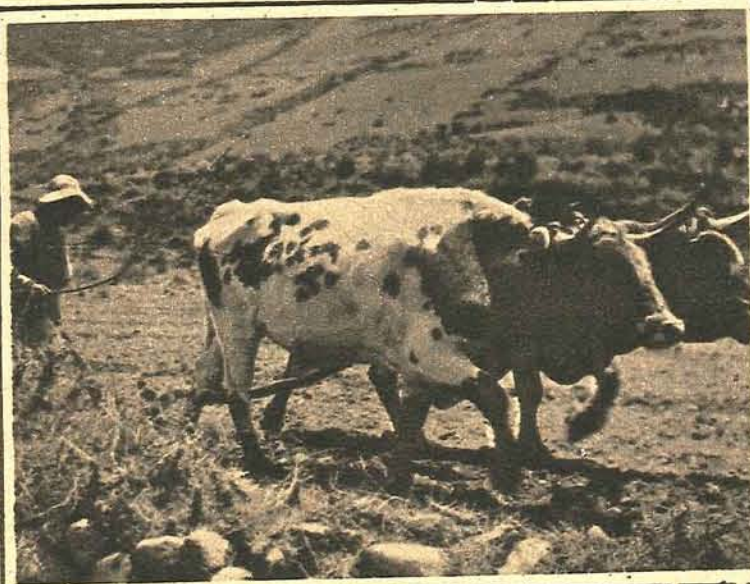
El mercado de Puno es importante. Parte de los indios que concurren a él vienen en balsas de diferentes puntos del lago y otros traen sus mercaderías por



El viajero con su compañero accidental en el balcón de la posada de Limatambo



Patio de convento en Cuzco



En el valle de Cuzco: Indio arando

tierra, a lomo de burro. Muchos llevan bajo el brazo, o colocado al tope de las mercancías, un gallo de riña, pues las peleas de gallos constituyen la pasión principal del indígena. Este deporte, si tal nombre merece, se practica de varias maneras. A lo largo de la costa peruana le fijan al gallo una larga púa de acero, en forma de media luna, en la pata izquierda, y se le adiestra para que se sirva de esta arma únicamente, sin valerse nunca del pico. Claro está que en tales condiciones las peleas no duran más que contados segundos y generalmente uno de los dos contendientes es muerto casi instantáneamente al primer golpe que recibe. En otras

partes se les afila simplemente las púas naturales y se les deja que se sirvan simultáneamente del pico. Personalmente, no entiendo qué placer puede hallar la gente en estas riñas; ello se debe quizá a que mi vista no está entrenada por larga práctica, lo que me impide observar bien los rapidísimos movimientos que ejecutan las aves.

En estos pagos los pastores indios, en vez de tener perros para conservar junto el rebaño, se valen de hondas, y hay que ver con qué seguridad pasmosa las usan para hacer volver a los animales que se alejan. Hasta las mujeres y niños son diestros en el manejo de esta arma hecha de lana. Las mujeres se quitan sus grandes sombreros chatos cuando saludan a un hombre, y cuesta bastante acostumbrarse a no hacer lo mismo al contestar.

CUZCO

Con gran contento llegamos a la Imperial Cuzco, meca de infinidad de arqueólogos. En tiempos de los incas la ciudad tuvo una población de 130.000 habitantes; consumada la independencia del Perú, su número quedó reducido a 25.000, para aumentar nuevamente a unos 80.000, gracias a la construcción del ferrocarril que la pone en comunicación directa con el mar, vía Juliaca, Arequipa y Mollendo.

Quince días fueron pocos para visitar con algún detenimiento tanto tesoro arquitectónico y prehistórico como hay en Cuzco y sus alrededores, y hacer de ellos tan sólo una somera descripción resultaría imposible en una breve crónica. Por lo demás, si la pluma puede dibujar imágenes bastante precisas de las cosas, ella reflejará solamente cuadros materiales, faltándole poder para transmitir al lector toda la sensación admirativa de profundo recogimiento que embarga el espíritu del hombre al contemplar esos estupendos testigos eternamente mudos de ignotas civilizaciones.

Es realmente sensible tener que comprobar que entre la cre-

diente cantidad de turistas y estudiosos que acude de todas partes del mundo para conocer estos inestimables tesoros arqueológicos—cuyo mérito evocativo del pasado es muy superior a cuantas ruinas existen en otra parte, cualquiera de la tierra—, sólo de cuando en cuando se ve a un argentino, y eso a pesar de que Cuzco está unida directamente por ferrocarril con Buenos Aires.

El día de Todos los Santos hice una excursión por tren hasta Ollantaytambo. Por donde iba veía gente comprando o comiendo lechones. En cada una de las estaciones bajaba uno que otro viajero para adquirir lechones. Los pobres viajan dentro y encima de vagones de carga, y así, a cada parada, era todo un complicado descender de los techos y volver a subir a ellos después de cumplir un sólo propósito: comprar cada vez más lechones. Por la tarde, cuando volví a la ciudad, se me presentó el mismo cuadro en calles y plazas: lechones por todos lados. Ya pensaba que algo de anormal debía de haber en ello, y puesto a averiguar la razón de tan raros afanes, supe que es una antigua costumbre el comer lechones el día de Todos los Santos...

CAMINO HACIA AYACUCHO

Me hubiera gustado prolongar nuestra estada en Cuzco, pero urgía proseguir la marcha, pues ya se acercaba la estación de las lluvias, y en tales condiciones, siendo de por sí dificultosa la ruta por las cordilleras hasta Ayacucho, y de ahí a Lima, las



Indio de Tiahuanaco



Regreso de pescadores en el lago Titicaca



Puente colgante cerca de Pisac (Perú)

probabilidades de alcanzar sanos y salvos la costa del Pacífico eran casi nulas.

Al principio llevé como guía a un indio para salir mejor del paso en los primeros vericuetos y encrucijadas del camino. Quiso la mala suerte que el hombre—cosa rara entre esta gente—no entendiese ni mucho ni poco del manejo práctico de animales, y así sucedió que, de salida no más, fué apurando a su mula cuesta arriba, cuesta abajo, como si marchara por un camino real. Varias veces le llamé la atención sobre lo peligroso de tal proceder, pero todo fué en vano; el hombre iba sentado muy cómodamente y le parecía que nada influía sobre su cabalgadura, hasta que, de repente, la mula se paró, dobló las piernas y se fué al suelo. Tenía puna, o sorroche, como llaman a esta enfermedad en el Perú. Rápidamente desmenucé unos dientes de ajo que siempre llevaba en previsión de tales ataques, lo mezclé con alcohol puro y soplé luego la combinación dentro de las narices del animal. Previamente le había cortado con el cuchillo el paladar, provocándole una copiosa sangría. Tuve la fortuna de comprobar una pronta reacción, y al cabo de una hora la mula estuvo en condiciones para reanudar la marcha. Estos accidentes son frecuentes en la cordillera y de ellos no escapa ninguna bestia de carga o silla si no se la maneja con prudencia cada vez que de ellas se exige un esfuerzo grande. Cosa notable, ni Mancha ni Gato se apunaron una sola vez en todo el viaje, con gran sorpresa



Indio de Tihuanacu

hueso, y al cabo de unos días me hallé de nuevo regularmente bien.

De ahí en adelante los vampiros fueron una constante pesadilla, y muchas veces por la mañana hallaba los pingos cubiertos de coágulos de sangre que había manado de pequeños agujeros de forma circular, hechos por esas pestes. Muy raro me parecía que caballos y mulas se dejaran atacar por un animal tan grande, cuando se vuelven medio locos con mosquitos y moscas, pero se me explicó que el murciélago tiene un modo peculiar de volar alrededor de la cabeza de su víctima hasta dejarla medio atontada. El vampiro tiene su guarida en quebradas y valles hondos donde siempre hace calor, de modo que, al volar al lado del caballo, mula o lo que sea, casi tocándolo, lo abanica, produciéndole una sensación de bienestar. Entonces se posa en el lomo del caballo, suavemente, y, siempre abanicando un poco, le hunde sus dientes filosos para chupar la sangre. Como por regla



Patio en una posada peruana

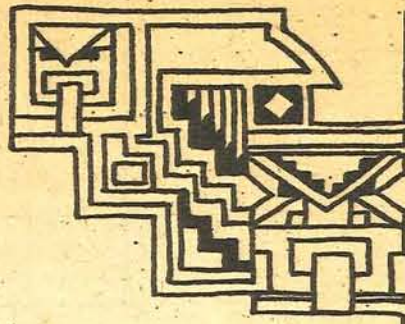
de cuanta persona entendida los vió.

Resultando inútil y hasta peligroso por su incapacidad el guía, lo despaché sin tardanza.

Hasta llegar a las ruinas de un observatorio incaico, o pre-incaico, llamado Kcaca cancha (zorro cansado), las huellas eran bastante buenas. Estaba ya por ponerse el sol, el frío pasaba por mi traje forrado en cuero, y faltaba aún mucho para llegar a la primera población, Lima Tambo. Comenzó una bajada interminable, en continuo zigzag. Pedregal horrible donde los pingos resbalaban con peligrosa frecuencia. A medida que descendimos fué subiendo la temperatura, y poco tardamos en hallarnos en medio de una vegetación subtropical, donde bandadas de loros verdes chillaban a nuestro paso en son de protesta por nuestra invasión de sus dominios. Más abajo nos vimos envueltos en nubes de mosquitos; se sintió el lejano chocar de las aguas de un riacho contra las rocas y el aire se hizo caluroso y pesado. Ya muy entrada la noche llegamos al pueblito y tuve la rara fortuna de hallar una casa de hospedaje bastante buena.

VAMPIROS

El lugar, por el calor y su situación especial, me pareció en seguida "non sancto" en lo que se refiere a esta peste de murciélagos-vampiros, y no tardé mucho en ver confirmadas mis sospechas por boca del hostelero. Fuí, pues, al corral a untar el lomo de los caballos con pimentón. Terminada esta operación con Mancha, me pareció que veía a Gato medio escondido en la penumbra y me encaminé rectamente hacia él, cuando de improvisto dió media vuelta y de una feroz patada me tiró contra el muro. No pude comprender semejante actitud en un caballo que jamás había intentado siquiera atacarme, pero no tardé en darme cuenta de que en la oscuridad reinante me había desconocido. Por suerte no se me había roto ningún



TIHUANACU

CAPITULO V

Por AIME F. TSCHIFFELY



flula, ama sua, ama gguella", lo que significa "no falte a la verdad, no sea ladrón, no sea haragán". La contestación es como sigue: "Ceampas nocca jinollatacc", que quiere decir: "Vd. lo mismo que yo".

En cierta ocasión se me previno que encontraría en el camino bandidos indios, que no respetaban a nadie y habían cometido varias fechorías. Un europeo, que en aquel entonces me acompañaba con varias mulas, quedó muy asustado, pero yo no le presté mayor importancia al asunto. Había oído ya muchas historias espeluznantes durante el viaje y jamás me había sucedido algo, si no fué con blancos y mestizos. El indio a veces ataca a los empleados del gobierno y a los blancos que viven cerca de ellos, no por espíritu de maldad o con fines de robo, sino para vengarse de sus explotadores, faltos de todo escrúpulo.

El terreno se presentaba muy difícil y tuvimos que conchabar a un guía, y a éste fué necesario agregarle otro hombre, pues aquél no se animó a volver solo al otro día por temor a los forajidos del cuento. A poco de partir nos sorprendió una lluvia torrencial y acampamos al raso en una pequeña planicie falta de toda vegetación. El agua fría se calaba entre los ponchos, soplaban un viento horrible y se sentía, ora lejos, ora cerca, el "ruma" de pumas hambrientos. Mi compañero accidental temblaba de miedo y a cada rato empuñaba el revólver que previsivamente se había colocado al lado de la cabecera. Para mejor—según los rumores—, ese paraje era precisamente el cen-

tro y probable guarida de los indios alzados. Sin embargo, pasó bien la noche, y los únicos temores que experimenté provenían del arma de mi compañero, dada la sobreexcitación en que se hallaba.

Al amanecer nos apresuramos a ensillar y marchamos en dirección a un pequeño desfiladero, cuando de repente divisamos en la bruma matinal la figura de un jinete, luego otra y otras más. Eran indios que venían al galope, primero rectamente hacia nosotros, para pasarnos después en semicírculo. Mi compañero quedó fuera de sí de terror y espanto; inútiles resultaron las explicaciones para tranquilizarlo, tratando de hacerle comprender que en todo el mundo no existen bandidos tan estúpidos como para atacar así a descubierto y faltos de toda protección a unos desconocidos. El hombre no dejaba en sus trece y seguía con la vista, los ojos desorbitados, al grupo de jinetes, volviendo la cabeza a medida que nos fueron pasando, hasta que por fin se me ocurrió que parecía una lechuza de las que había visto en la campiña argentina sentadas en los postes del alambrado y que vuelven más y más la cabeza hasta tenerla completamente mirando hacia atrás.

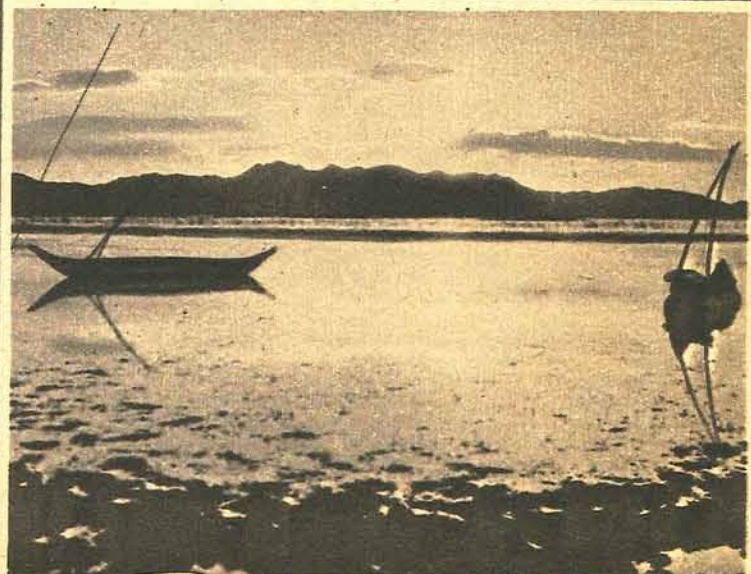
Diré todavía que pocos días después de ocurrida esta peripécia a mi accidental compañero de viaje nos separamos. Por entonces, con mosquitos, pulgas, vampiros, chinches y zancudos; calores y frios, bandidos imaginarios, pumas y víboras; subidas y bajadas, malas noches y peor comida; tumbos por aquí y saltos por allá, unas veces montado, otras de a pie; preguntando por señas a los indios el camino para errarlo luego más de una vez, había quedado radicalmente curado de su sed de aventuras. De paso me había gastado toda la provisión de vendas antisépticas en curas de la cabeza, brazos y manos, que habían quedado como bofes de tanta picadura de mosquitos y del subsiguiente rascarse la piel. Y era ciertamente un hombre de buena voluntad, pero está visto, y me he convencido de ello hasta el cansancio, que esta sola cualidad no es suficiente para afrontar con éxito empresas como la que acometimos, donde las satisfacciones son contadas y las penurias sin fin.



Una escena de las cercanías de Cuzco

general el vampiro vuelve a la noche siguiente a succionar la primitiva herida, los nativos suelen embadurnarla con una mezcla de vaselina y estricnina, con lo cual logran matar a algunos de estos bichos infernales. Cualquier desinfectante fuerte sirve también, pero se corre el riesgo de quemarle el cuero al caballo en esta forma: El ajo molido me ha dado buen resultado.

La población de Puno en adelante y hasta cerca de Lima está compuesta casi exclusivamente de indios quichuas, gente pacífica, laboriosa y sufrida por demás. La bondad de su carácter queda demostrada con sólo recordar la manera de saludarse entre ellos, que data del tiempo de los incas, que es "Ama



Puesta de sol en el lago Titicaca



LAUTERBURG
NATURALEZA
MUERTA



ALBERT KELLER
RETRATO
DE MUJER

LOS NUEVOS MUSEOS DE MUNICH



MUNICH es una ciudad de museos. El que sabe algo de Munich conoce la Pinacoteca Antigua y la Moderna, donde cuelgan en orgullosa fila los cuadros de todos los siglos; conoce la Gliptoteca, que po-

see el Apolo de Tenea, una de las figuras de mármol más valiosas de la época arcaica de la Grecia antigua y que contiene los Eginetas, esas preciosas figuras del frontón del templo de Afaia en la isla de Egina, y además una cantidad de obras escogidas de la antigüedad clásica. El que conoce Munich, no ignora la Nueva Galería del Estado, con sus cuadros de Leibl, de Marees, de Cézanne, de Manet, Renoir y Van Gogh; conoce el Museo Nacional en que se hallan reunidos los tesoros de arte decorativo de las épocas románica y gótica, del Renacimiento, del período Barroco y el Rococó, juntamente con esculturas, porcelanas y algunas pinturas de esos períodos. Munich es la ciudad de la galería del conde Schack, en que se puede estudiar a Feuerbach y Boecklin, lo mismo que a Schwind y Spitzweg. Desde la guerra, esta ciudad ha visto nacer el Museo de la Residencia: el enorme palacio real, uno de los más lujosos de Europa, que puede ser visitado actualmente por cualquiera, lo mismo que la antigua colección real de coches, anexa al palacio. En Munich existe un Museo Etnográfico de primer orden, un Museo del Teatro muy bien dirigido, y finalmente el Museo de Obras Maestras de las Ciencias Naturales y la Técnica, que también lleva el nombre más breve de Museo Alemán, y que provoca el asombro de todos los extranjeros interesados en la técnica y las ciencias naturales por sus dimensiones considerables y su contenido brillantemente expuesto. Y con esto no hemos enumerado todos los museos de esta ciudad, la mejor dotada de todas las de Alemania en esta materia. Ante todo, es preciso hablar de un museo doble, que acaba de entrar en el radio visual de la publicidad, y podemos agregar, de la publicidad internacional, cosmopolita. Este museo doble se compone del Museo Lenbach y de la Galería Municipal.

En el momento en que escribo estas líneas, en la atmósfera tibia apenas que crea el sol de una tardía primavera de Munich, se cumple el 250. aniversario del día en que falleció Franz Lenbach; no fué por cierto, el más grande pintor muniquense de fin del siglo XIX y de los comienzos del siglo XX, pero sí, indudablemente, el más célebre pintor de Munich, el que fué más conocido en el mundo y el que provocó su admiración con más intensidad. Es posible que su género de vida haya sido el producto más original de Lenbach, más que su pintura: ese género de vida a grande escala, principesco, cuyos medios eran proporcionados al maestro por una serie de éxitos internacionales ininterrumpidos. Los que se han ocupado alguna vez de arte muniquense, han visto reproduc-

cciones de los retratos, pintados por Lenbach, de Bismarck o de León XIII, el Papa aristocrático, y de muchas personalidades que han sido célebres en la Europa de 1900, como músicos, políticos, hombres de ciencia, artistas en general o figuras de sociedad. También han adquirido gran renombre sus retratos de mujeres hermosas. Pero como he dicho, sobre la categoría artística de estos cuadros, por lo menos altamente sugestivos, existen actualmente opiniones muy diversas, si bien nadie recuerda sin asombro el género de vida del maestro que acos-

dad de museo: del palacio, de su rico contenido y de los hermosos jardines.

Este es uno de los museos que conviene citar. El otro es la Nueva Galería Municipal.

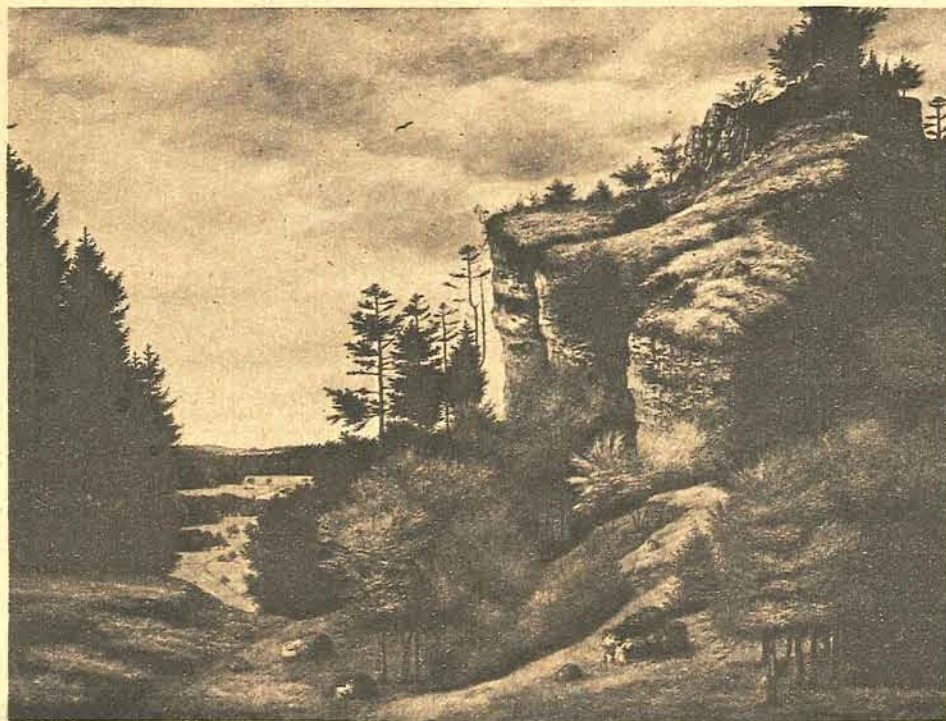
En la vecindad inmediata del palacio Lenbach se ha erigido un sencillo, tranquilo y digno edificio moderno en el que se trata de exponer la historia de la pintura muniquense. El arquitecto Hans Graesser ha hecho buena obra. El director de la Galería, Dr. Eberhard Hanfstaengl, ha llenado el digno edificio con buenos cuadros. Después de tres años

ría está constituido por obras del siglo XIX.

No quisiera fatigar a mis lectores transoceánicos con una enumeración de nombres; pero creo, sin embargo, necesario destacar algunos e ilustrarlos en forma viviente. Figura por ejemplo en la Galería Municipal el delicado realismo, quisiera decir el realismo estereoscópico de Wilhelm von Kobell, que floreció en el 1800. Kobell pintaba gustoso el semblante de su ciudad de Munich, el río Isar, el perfil de la catedral, las torres de la ciudad, las montañas del fondo—ese aspecto muniquense de ciudad y paisaje que se ha conservado en la actualidad, si bien el río está canalizado y obligado a producir energía eléctrica.—Kobell pintaba también con preferencia aspectos de las montañas bávaras: pintaba con gusto los altiplanos ("Almen") con su amplia perspectiva sobre la llanura. Ahí está también Franz Defregger, que ha encontrado gran público en América; la Galería presenta una de sus obras más bonitas, más puras pictóricamente: una calle de una aldea suiza. Aparece allí Spitzweg, el pintor genial de la pequeña burguesía, de los burgueses de Munich, el artista que ha alimentado su vena pictórica con los ejemplos de Delacroix y de los pintores de Barbison. Allí está Leibl, y su amigo Sperl, que no ha sido apreciado suficientemente. Sperl, el pintor de jardines y praderas de Baviera superior; Haider, el paisajista de era misma región; el naturalista social Fritz von Uhde, el elegante Albert Keller, pintor de las damas de Munich en 1880 y 1890—el Alfred Stevens de Munich, por decir así.—Allí figuran también Sievogt y Corinth, y otros, con trozos del Munich de su tiempo. Allí se encuentran los modernos, entre los cuales se destacan Achmann y Lauterburg... Pero basta.

Es verdad que, hasta cierto punto, el Munich actual tiende demasiado al museo, a expensas del desarrollo más precisamente viviente. Pero para una persona que viene de afuera es una ventaja que Munich esté precisamente organizado tan abundante y perfectamente en cuanto a los museos. Es preciso ir a París, o a Florencia, o a Roma o a Berlín, para encontrar tal cantidad y preciosidad de material artístico, presentado en forma tan gradable. De modo que este artículo quisiera ser una invitación alentadora, dirigida a la gente del otro lado del Océano Atlántico, para que venga a este lado, a ver, ¡a gozar! Munich es una ciudad de veraneo; en los próximos meses es cuando gozamos de mejor tiempo, cálido y luminoso de día, fresco de noche, como puede hacerlo prever la situación de esta ciudad, tan cercana de los Alpes, y que se encuentra a 500 metros del nivel del mar.

He tenido oportunidad de decir tantas cosas en alabanza de otras ciudades alemanas, en las columnas de LA NACION, que se me permitirá decir también algunas palabras para alabar mi propia ciudad.



HAIDER
PAISAJE
ROMANTICO

tumbraba residir en su casa, en su "Palazzo" más bien, en su gran casa de campo rodeada de jardines, detrás de los clásicos Propileos de Munich, no sólo como un pintor de fama internacional sino como un duque rodeado por una corte. ¡Qué "train de vie"! ¡y qué muerte! Era yo estudiante, cuando Lenbach fué conducido en 1904 a su sepultura, a principios de mayo. Los restos descansaban en un féretro sencillo de roble, pero la comitiva era digna del entierro de un rey: así fué conducido el muerto por su hermosa ciudad... Fué un acontecimiento público de primera magnitud. Y ahora se ha hecho cargo la ciudad de Munich del "Palazzo" Lenbach en cali-

de trabajo intenso existe ahora una nueva colección de pinturas que no tiene que avergonzarse al lado de la Pinacoteca Nueva.

La escuela de Munich ha sido durante la mayor parte del siglo XIX la escuela dominante en Alemania, de modo que la representación de la escuela de Munich en el siglo XIX viene a ser, por lo menos en gran parte, una representación de la pintura alemana del siglo XIX.

En realidad, comienza la Galería con la época gótica de la pintura muniquense. Luego sigue la pintura barroca de Munich, con una cantidad de ejemplos. Pero el verdadero cuerpo de la Gale-

WILHELM HAUSENSTEIN

(Para LA NACION)
MUNICH, junio 1929.

LOS ULTIMOS VERSOS DE LAMBERTI



ENTRO de breve tiempo —el 23 de septiembre— cumplirán tres años de la muerte inesperada del poeta Antonino Lamberti, el viejo Lamberti como le nombraban con simpatía cordial cuantos le conocieron —y eran legión— al contemplar aquella silueta inconfundible y gallarda de nevada cabeza que no le envejecía, la mirada serena de sus ojos azules y los labios sonrientes a cuantos le saludaban al pasar.

Los que le trataron, cuantos le escucharon alguna vez recitar sus versos predilectos, que decía con ternura recóndita como si fuera acariciando imágenes y recuerdos imborrables, esa delicada "Flor del Aire", que se diría un símbolo de la vida del viejo poeta, o las recias y vibrantes décimas a "Montaraz", han de sentir reavivado su recuerdo ante la primicia de los últimos versos que escribió y los que hoy ofrezco a cuantos mantienen encendido el culto de nuestras cosas tradicionales, donde Lamberti nutría su pródiga alegría de soñador y a semejanza de las calandrias y zorzales de nuestros montes daba al viento sus delicadas rimas que llamaba Dispersas, nombre quimérico del libro que nunca publicaría.

Misteriosas combinaciones del destino de las cosas espirituales, aquella figura gallarda, ungida de gracia y simpatía que ya pasó para no volver, había visto la primera luz en Montevideo, de donde vino muy niño a Buenos Aires, y a los catorce años recibía su bautismo de fuego en las aguas del Paraná frente a San Nicolás, bajo las órdenes del marino argentino Antonio Susini en el año 1859. Pasó después sus días de briosas juventud vagabundeando en las campañas de Entre Ríos, que dejaron en el espíritu del soñador esas indelebiles memorias reflejadas en varias de sus poesías, y en las pláticas de característico sabor criollo que no olvidarán cuantos las escucharon, porque poseía el don de animar las imágenes de los hombres y de las cosas desaparecidas con peculiar amenidad. ¡Oh, sus anécdotas picarescas que en vano se han pretendido imitar sin advertir que el cuño estaba roto para siempre!

Radicado más tarde en Buenos Aires, que le contó entre sus figuras características, alternó con los poetas de su tiempo como Ricardo Gutiérrez, Olegario Andrade, Estanislao del Campo, José Hernández y Rafael Obligado, sin sentir jamás emulaciones. Sus versos fluentes y espontáneos brotaron de tarde en tarde al calor de impresiones íntimas o en las noches de bohemia con Matías Behety, el amado camarada que se hundió en la eterna sombra con las visiones de Edgar Poe sin dar los frutos que su talento prometía.

Oriental por el nacimiento se consideraba argentino y como tal se le tenía, sin que jamás ocultara la tierra de su cuna, ni aun en las situaciones más riesgosas, como ocurre cuando se traen al debate las enconadas luchas de los tiempos de la formación de ambos pueblos del Plata.

Me será permitido si al recordar la obra de Lamberti—y sólo como una comparación—menciono un libro mío. Cuando publiqué "Montaraz", hace veintiocho años, acusándome recibo del envío, Lamberti escribió bajo idéntico título un soberbio elogio en vibrantes décimas, que reproduje en la segunda edición junto con el generoso prólogo de Payró, otro inolvidable camarada que me arrebató la muerte.

Pero ni su oriundez uruguaya y su admiración por el caudillo Artigas pusieron trabas a su briosas inspiración

para pintar el encono rudo del choque entre las huestes bravías, con alto sentimiento de equidad como se advierte en las siguientes décimas:

Veo claro en las acciones
de las Guachas y las Tunas
el chispear de medias lunas
y de sables y rejonas;
veo infantes y escuadrones
y caciques y caudillos,
que enredados cual ovillos
de serpientes se revuelven,

¡Ah, Entre Ríos, Entre Ríos!
Cómo vienen otra vez
a buscarme en la vejez
los primeros tiempos míos;
sobre esos cuadros bravíos
que no acierto a describir,
cómo salen a lucir
todavía con halagos,
mis recuerdos de tus pagos
que no han podido morir.

Allá el monte de los talas
que en la bruma azul se pierde,
soñoliento el llano verde,

ción del paisaje comarcano a través del río que limita y no separa nuestros pueblos hermanos, para que la memoria de la cruzada libertadora de los Treinta y Tres exaltara su patriotismo, pero sin amenguar el acendrado cariño terrígeno por las campañas entrerrianas cuyo recuerdo le acompañaría siempre, según lo comprueban los versos transcritos.

Idénticos conceptos se encuentran en el "Canto a Teresa", cuyas estrofas se dirían arrancadas de algún libro antiguo de homenajes, por su gentileza de conceptos y la forma caballeresca en que ha sido rendido a los pies de una hermosa:

En esta tierra amiga, en esta gala
De valles y colinas y raudales,
De blando ceibo y palma, y duro tala,
Donde hiciera vibrar su arranque de [ala]

El cóndor de los vuelos inmortales.
Mientras miro la mía en el Oriente,
Y por ella, olvidando desengaños
En honda heroica, de mi pecho ar- [diente,

Sube la sangre a requemar mi frente
Bajo el casco de nieve de los caños.

Pero lo que no se sabía —y naturalmente me llena de complacencia al revelarlo— es que el cariño de los días juveniles y de la madurez volvió a reverdecir en sus versos postreros. Tengo delante la comprobación. Es una copia de las cuartetas enviadas a Delio Panizza —un poeta nativo de la selva de Montiel— cuyos versos alegres y traviesos tienen la soltura y donaire del poeta que sabía manejar con destreza todos los metros. Dicen así:

CONTESTACION

AL POETA DELIO PANIZZA

Anduvo por allá, cuando tenía
Cincuenta y tantos menos este viejo,
Cuando todo lo vió lindo y parejo
Y de orégano el campo se le hacía.

Anduvo por allá, por esos pagos,
Corriéndola feliz, lleno de bríos,
Mucho antes que el progreso de En- [tre Ríos
De los tiempos del gaucho hiciera [estrágos

El podría decir muy bien como era
Aquello inolvidable: Gualaguay,
Punta Verde, Victoria y Villaguay,
Y la extensión salvaje montielera.

Cuando al cruzarla fué caso sencillo,
Un caso por frecuente no "mentao",
Resolver la cuestión con el "cebao",
Sin más armas que el poncho y el [cuchillo.

Tierra bravía, bajo cuyo cielo
El amor escuchaba las canciones,
Del andariego aquel con ilusiones
De ser de los contados de alto vuelo.

Tierra bravía, su primer etapa
De las sendas del mundo recorridas,
Unas derechas, y otras muy torcidas,
Sin contar la presente que es de [yapa.

Y el viejo sigue, todavía cuerdo,
Que los males no atacan su cabeza,
Y criollo como siempre, de una pieza,
Es Entre Ríos su mayor recuerdo.

Al enviarme copia de estos versos tan suyos, porque están timbrados con el sello de su manera típica, a tal punto que sin estar firmados descubren al autor, escribió al margen con letra cuidada y clara sin un temblor, a pesar de sus ochenta y un años: "Un recuerdo más de su amigo viejo. A. L. Febrero 3 de 1926, aniversario de la batalla de Caseros".

Pocos meses pasaron cuando una mañana el telégrafo nos trajo la fúnebre noticia. En un hotel de Tucumán, mientras departía en rueda de amigos que escucharon su plática postrera, la muerte derrumbó sin arrancarle una queja aquella figura atrayente y simpática cuyo recuerdo no se ha de borrar.

Para Asterina Exigua

*No hay hombre de inteligencia y sentimiento
que no lleve en la vejez la pena de una equivocación
sin remedio.*

A. Lamberti

ANTONINO LAMBERTI: UN ESTUDIO GRAFOLOGICO

(Del libro próximo a aparecer: "Grafologías de Asterina Exigua").



STA escritura sobria, pulcra, parca en finales prolongados, con cada signo en su lugar amorosamente dibujado, pero sin que la mano pierda jamás su voluntad de línea recta, traduce una inteligencia noble y exquisita, en que la intuición creadora se moldea sobre un profundo sentido estético, un espíritu vibrante provisto de una verdadera sensualidad artística, de un tiránico amor de las formas. Hay gracia, originalidad real, elegancia innata y una terca y gozosa voluntad de agradar que no desmentirán los que evocan, en el Buenos Aires de hace treinta años, aquel "smoking" irreprochable con que invariablemente, a las ocho de la noche, comenzaba Lamberti su jornada... Hay energía y firmeza de espíritu que no abandonaron el timón en la hora de la borrasca... ¡Y que debe haber sido tempestuoso ese mar de la vida de Lamberti! Los bucles y las curvas minúsculos han precisado océanos de tinta para colmarse. Y aguzando el oído se oye todavía el cantar temible de las sirenas... Filosofía de epicúreo que toma su bien donde lo encuentra, y sabe, sobre todo, que el mejor de los bienes es la sonrisa en los labios, aun cuando a veces gusta dejarse llevar por el placer violento y fugitivo de la cólera, lenguaje de los dioses.

Ni ambicioso ni mezquino, el caudal material debió irsele fácilmente de entre las manos. Su aristocracia espiritual no le dejó sospechar lo que es la envidia. Su grafismo revela, por el contrario, una honda capacidad de admirar, de la cual es testimonio la positiva y superior amistad que consagró a la vida y a la obra de Rubén Darío, él, el autor despreocupado de sus "Dispersas", que, simbólicamente, no hemos visto nunca juntas. Poseyó, al lado de eso, la rara y preciosa virtud de la modestia, que no es, por cierto, la ignorancia del propio mérito: una modestia gentilísima, de gran señor del espíritu, que sabe ser simple y sencillo como sabe moverse o vestirse. Es infinitamente raro, y precioso, ver a un hombre firmar con el decoro con que lo hace Lamberti. Observa por ahí, lector, y compara.

El análisis de su capacidad sentimental nos lleva a conclusiones inesperadas, por lo menos para los que, dos generaciones detrás suyo, alcanzamos a conocerlo envuelto todavía en la atmósfera de "homme à femmes" que sentaba tan bien a su empinada silueta de "lord" y a su perfil florentino. Pues su letra minijaturada e invariable, que no se inclina demasiado, que no se desordena jamás, que se niega sin cansancio al abandono y al desaliño, nos muestra una sensibilidad de grande riqueza afectiva, cordial, generosa, exenta en absoluto de egoísmo, un corazón leal y seguro, capaz de ternuras profundas, de delicadezas femeninas. Un bello corazón, ¿no es cierto?... Sí. Un bello corazón de amento, lector. Ha amado mucho, pero sólo con los afectos tranquilos, sanos, de la amistad y de la familia, que no gastan el alma, sino que la fortifican. Nadie le prendió nunca los brazos en la cruz de la pasión. Quizá la vió sólo de lejos, o próxima a él, con su rostro atormentado y divino, la juzgó inelegante y peligrosa y lleno de cordura la apartó de su paso. Así lo imaginamos cruzando aún por el fondo de algún viejo recuerdo femenino, bello y cruel como un duque del Renacimiento...

Un único, un total amor ha esclavizado este temperamento complicado y completo: el amor a la vida. Lamberti amó la vida por lo que la vida da, por la belleza del mundo a la cual supo gustar avidamente, y por lo que la vida promete con la sugestión inacabable e imperiosa de su inmenso interrogante. Un fino, constante florecer de perfiles corre a todo lo largo de la escritura por entre las curvas colmadas, como una fresca guirnalda que ciñera las sienes de Dionisos: naturaleza sensual y mística, atada a la tierra e inquietada de "más allá". Bajo el peso de ese don, el más terrible y magnífico que pueda hacerse a los pobres mortales, muchos destinos se van a la deriva. Lamberti respondió a él cruzando su camino como una criatura de comprensión, de alegría y de esperanza, seguro de encontrar del otro lado de las fosas, como en aquel cuento de sabrosa imaginación que no se tomó el trabajo de dejarnos escrito, al Dios gentil y buen muchacho junto a quien colma, definitivamente, el solo anhelo de su juventud inextinguible: vivir. Es eso, sin duda, lo que quiso premiar la vida acordándole para sus últimos días, en vez de la placidez insensible o cobarde con que a menudo envejecen los humanos, la cálida y armoniosa serenidad que hiciera nuestra admiración y nuestra envidia.

ALFONSINA MASI ELIZALDE

donde al último resuelven
la victoria los cuchillos.

Allí están los orientales,
allí están los entrerrianos,
costaneros y pampeanos,
en valor todos iguales;
choque de hombres y bagüales,
lucha a muerte en campo abierto,
donde en el pasto cubierto
con la sangre de su vida,
cuanto más ancha es la herida
más altivo queda el muerto.

Y enardecido por la épica evocación
exclama mirando a través de la co-
rriente del Uruguay, los montes y las
cuchillas del suelo nativo:

tibio el aire, nubes de alas,
y la aurora con sus galas
coronándola el lucero,
y en el alma el hervidero
de esperanzas que se han ido,
y en el galope tendido
resoplando el parejero.

Y allá el Salto reluciente,
y más lejos la Agraciada,
y la brisa perfumada
azotándose la frente;
a la orilla del torrente
que el sol oriental refleja,
libre, varonil, sin queja,
y el pecho de patria henchido,
me pesaba no haber sido
soldado de Lavalleja...

Como se advierte, basta la evoca-

MARTINIANO LEGUIZAMON



LA GUARDIA DEL "SANS SOUCI" EN "CASANOVA"

EL TEATRO DE REVISTAS EN BERLIN

LA REVISTA OPERETA



NO de los padres de la gran revista berlinesa reconoció a tiempo que esta manifestación de arte, tal como se daba en Alemania, iba temprano camino a la muerte, dadas las características del público alemán. Fue Eric Charell, quien de este conocimiento sacó en seguida la consecuencia, ya que de la revista de cien por ciento sacó la de cincuenta por ciento.

Charell consiguió extraer una síntesis novedosa, extraordinariamente interesante para el público alemán y también para el arte escénico extranjero, que resume en forma ejemplar revista y opereta. Reconoció a tiempo que no sólo la revista iba al encuentro de una crisis, que resultaba, ante todo, del cansancio del público, sino también la opereta, que en su forma actual ya no tenía fuerzas de vida. Mientras la revista hacía aún algunas concesiones al gusto cambiante y marcaba el compás de los tiempos modernos, la opereta se había estabilizado en sus viejas formas musicales, con sus libretos cansadores y su estilo tradicional. Todas las variantes que se ensayaron después de la guerra para reavivar la opereta se denunciaron como inútiles. Hasta la participación de estrellas estimadas por el público era incapaz de atraer a éste.

Dos problemas, pues, se decidió a resolver Eric Charell: a la revista, que en Alemania había sobrepasado su punto culminante, darle otro estilo capaz de vivir; y a la opereta que vegetaba en una forma pesada, inyectarle sangre nueva y nuevo espíritu de vida. Charell procuró resolver este problema doble con recursos propios y muy originales: descubrió la "gran opereta" en la que combinaba la revista y la opereta. Sacó de la revista aquellas sensaciones y recursos escénicos utilizables para la opereta y de ésta aquellos valores musicales que iban al encuentro de los sentimientos instintivos del público, especialmente en su inclinación romántico-sentimental. Charell transformó también el clásico ca-

rácter de la opereta ("Mikado", "Viuda Alegre", etc.), ya que las de hoy, por su presentación, están tomadas del patrón de la "show". Quien hubiese visto una de estas operetas en su expresión primitiva, no la volvería a reconocer presentada por Charell. Ni una piedra del edificio musical ha quedado sobre la otra; del conjunto no ha quedado más que el esque-

leto; hasta la vieja y tan conocida música sólo se reconoce en ciertos pasajes familiares al oído. Temas de vals se transforman en tangos o fox-trot; la rítmica, la dinámica, la orquestación es nueva, adecuada al tiempo, viva. No le importa por lo demás a Charell trasladar la acción que, según el libretista y el músico, se desarrolla en un país de los Balcanes de Europa, a países sur o centroamericanos, precisamente porque estas modificaciones de lugar le dan ocasión para nuevos cuadros escénicos de gran colorido, para nuevas orgías de sonido y colores y para poner, en lugar del vals anticuado, el tango moderno. La más alta expresión de arte escénico de Charell se alcanzó con "Casanova". Melodías de Johann Strauss son el nervio de la acción; pero también ellas son rejuvenecidas, adaptadas al gusto del día. De las obras accesorias de Johann Strauss, que han sido poco menos que olvidadas, del "Prinz Methusalem" y de otras operetas, se hicieron melodías de extraordinaria fuerza luminosa y brillo deslumbrador extrayendo

de ellas lo necesario y haciendo calzar allí la acción.

La acción no se desarrolla en forma muy ajustada a la realidad histórica del héroe, Casanova. Pero, en esencia, sus hazañas vuelven. Sus aventuras, relatadas por incontables novelas, comedias y el "film",

suerte y supo engañar al gran mundo de Venecia, París, Londres, Petrogrado, mofarse de reyes, ganar y perder dinero en el juego, enseñar el amor a las mujeres, hacerlas felices y abandonarlas. Los destinos fantásticamente cambiables de este personaje dieron tema a Charell para su obra maestra. La dividió en siete actos, o, como se los llama, siete cuadros

y cada uno de estos cuadros es una acabada obra de arte. Venecia con el palacio de la Barberina, un paisaje español, el "foyer" de la Opera de Viena, la terraza de Sans Souci en Potsdam, y para el final nuevamente en Venecia constituyen el fondo escénico para las aventuras de Casanova. No hay en esta representación partes muertas. Hasta los entre-actos entre los diversos cuadros están llenos de vida. Cuando cae el telón se sigue representando delante de él, delante de las candilejas, un pasaje íntimamente vinculado con el cuadro próximo. Se presenta un cuer-

po de baile, en estilo veneciano, cuando la escena se desarrolla en Venecia, cantores españoles presentan un solo, otra vez se canta una serenata veneciana, o todo el cuerpo de baile del Wiener Ballet Corp se presenta en una danza de entre-acto.

En esta forma ha llevado a efecto Charell, en "Casanova", la unión de la revista con la opereta. Una dirección esmerada hace que baile y representación tengan su sitio de privilegio. Trajes y decoraciones son de una riqueza de colorido

y al mismo tiempo de una unidad de estilo tales, que la vieja revista no puede marcar con ella el paso. Y a pesar de esto no se ahoga el elemento musical. En desfile multicolor cambian cuadros e impresiones musicales. La consigna es: "el público no debe cansarse". Por eso a un acto de revista destinado a momento visual, sigue un trozo de música, un solo musical o recitado que sale a veces del marco de la opereta toda y busca contacto con la ópera. Un conjunto de artistas de alta clase da autoridad a la representación. Michael Bonnen, quien luego fue reemplazado por el barítono vienés Alfredo Jerger, canta y representa la parte de Casanova, el aventurero y héroe de amor, el genial audaz de la política y del juego, la personificación de la espiritualidad sin límites, del goce y del placer. Su "partenaire" Emy Sturm, es vocalmente inferior a él, pero tiene, en compensación, una aparición elegante, un vivo temperamento y una gran alegría de trabajo.

A la representación de "Casanova" de Charell siguió hace poco una nueva interpretación de la "Viuda alegre" de Lehár, sobre los mismos principios. Fritz Massary canta el papel de protagonista y fué, lo mismo que en "Casanova", un gran éxito. Todo esto parece confirmar que Eric Charell ha conseguido reavivar a la revista y a la opereta, sacándolas de sus crisis, transformándolas en una gran "show". Muchos ven en esta transformación sólo un estado intermedio. Se cree que también en esta manifestación artística mixta que atrae momentáneamente al público en forma magnética hay un peligro de monotonía; pues también las mejores y más originales concepciones, repetidas con nuevas variantes, llevan consigo el peligro de estabilizarse y cansar al público. Parecería que, en Alemania, todo esto vuelve a su curso. Se discute entretanto el problema de si hemos caído en una nueva transformación de estilo y por eso se buscan nuevos caminos para el día en que revista y opereta refundidas vuelvan a alcanzar su cenit.



MICHAEL BOHNEN Y EMMY STURM EN "CASANOVA"

han pisado por vez primera el escenario musical. El héroe de mil batallas de amor, noble, soldado, actor, espadachín, sabio, poeta, diplomático, agente, brujo y alquimista, todo esto en una persona, surgió en el siglo XVIII, agraciado por la

LEO
HORWITZ

(Para LA NACION)
BERLIN, junio de 1929.

LA FIGURA ESLAVA DE ROSA RAISA



UE en la temporada del Colón de 1915. Entre el grupo de cantantes célebres, ya consagrados por la notoriedad mundial, venía una voz nueva, que se lanzaba tras de la fama, con contados y casi modestos antecedentes, de una actuación de dos años escasos. Era la de Rosa Raisa, que concentraba sobre sí toda la expectativa del debutante. Recuerdo haberla visto antes de cantar, sentada en una butaca del teatro, durante una velada nocturna. No sabía de ella como artista nada más que las entusiastas referencias que adelantaba su empresario. No sabía, en el momento en que la vi, ni siquiera qué era ella. Pero al verla con el aguileño perfil tajado, el pelo tirante y lacio cortado al medio, los ojos lejanos iluminándose al conjuro de la música y la expresión siempre distante y vaga, me llamó la atención, sin saber quién era, como una mujer sugestiva. Era entonces casi delgada, lo que la hacía parecer más alta y esbelta; los tintes los recuerdo más oscuros y en el marco de la gran sala, mundano, suntuoso, pero un poco monótono, se destacaba como un rasgo de personalidad. Como yo, vi que muchos la observaban, sorprendidos por un tipo que no era nuestro, que se destacaba un poco extraño, pero con la atracción de una mancha de color, y todos trataban de averiguar quién era la espectadora llamativa, que traía en la expresión y en el perfil el perfume exótico de tierras lejanas. Y cuando se supo que era Rosa Raisa, la soprano rusa, como en ese momento se le llamaba, que iba a debutar unos días después, se multiplicó el interés, se redoblaron las miradas y todos buscaron en sus ojos el reflejo trágico y legendario de la estepa.

Y debutó. Debutó con "Francesca Da Rimini", dando, dentro de la línea plástica y cincelada de la obra, decorativa como la magnificencia del libro, la impresión de una intérprete poco común, de voz y de sentido artístico. Pero era en "Aida", su segunda ópera en Buenos Aires, donde tenía que sufrir la prueba de fuego, el bautismo de nuestro público.

Era en "Aida", no tanto por el trabajo en sí, sino porque iba a cantarla junto al mago sorprendente, inagotable, de la voz y del sonido, junto a Caruso, en la plenitud de sus medios y en el apogeo de sus éxitos frenéticos. Y, junto a Caruso, la artista nueva, la soprano de dos años de tablas, tuvo también una noche de triunfo, junto al triunfo clamoroso del astro máximo. Desde entonces fue Rosa Raisa para nosotros primera figura del arte lírico. Siguió triunfando en el extranjero. Se le consideró en Italia, que pesa con la conciencia centenaria de su tradición, y en los Estados Unidos, que cotizan con la pujanza económica de sus rascacielos. Se fue, volvió varias veces, estuvo ausente en algunas temporadas, pero siempre quedó adherida a la vida artística del Colón, como su voz armoniosa vibrando en su ámbito sonoro.

LA ARTISTA DE HOY

A través de los años he vuelto a verla en "Norma". He recogido la impresión artística y he oído el juicio de muchos sobre su trabajo. La heroína ardiente y gala tiene en ella una intérprete que le presta su físico decorativo y airoso, con majestad de sacerdotisa y calor de mujer, que le permite pasearla por las tablas con autoridad señorial. Sobre sí sus medios artísticos se presentan todavía más depurados en este último viaje, si la cantante se

perfecciona técnicamente de un año a otro, o si ha dado ya, después de haber culminado, todo lo que podían dar sus dotes generosas, no quiero pronunciarme, porque no es mi propósito hacer de la artista ya célebre un prolijo y exigente juicio técnico. Sólo debo decir, por mi parte, que recogí, al oír en "Norma", una grande, una perdurable impresión, más entusiasta todavía en el trabajo de la cantante que en el de

recibieron, como un buen matrimonio burgués que espera a un viejo amigo. Y al verlos juntos, y al seguir el tono de la conversación y oírlos hablar, siempre en común, siempre como una sola unidad indivisible, de su vida, de sus viajes, de su trabajo y de su arte, me puse a pensar en algo que ya he pensado muchas veces: el matrimonio entre la gente de teatro. Me diréis que no hay razón para que no sea exactamente lo

tistas que, en el trato íntimo, en la conversación, en los temas que eligen y en el tono en que hablan, podría, perfectamente, ser un matrimonio de dos pequeños burgueses. Si no, juzgado en las cuatro frases que entresaco del diálogo:

—¿Dónde viven ustedes permanentemente?—les pregunto.

—Tenemos una casa en la campiña italiana, cerca de Verona—dice ella.

—Y en ninguna parte somos

lido así no había forma de hacerse célebre. Y como, en cambio, Raisa le gustaba mucho, me preguntó:

—¿Qué quiere decir Raisa en su idioma?

—Es un nombre que quiere decir Rosa, no sólo como indicativo de la flor, sino como expresión de una cosa suave, tierna, armónica.

—Pues entonces, ya está—dijo, como quien ha hecho un hallazgo, el empresario: Usted se llamará Rosa Raisa.

Y desde ese momento quedó bautizada para el arte.

Se trata después de saber cómo se inició en las tablas. La artista lo cuenta vagamente, suprimiendo detalles que suelen ser lo más pintoresco, y en pocas palabras lo explica así:

—A pesar de que cantaba desde chica, mientras estuve en mi aldea natal, Bialystok, nunca se me ocurrió dedicarme seriamente al canto. Son estudios demasiado caros para una familia muy modesta como era la mía. La casualidad hizo que me llevaran a Italia con ellos unos parientes lejanos. Allí el señor de la casa descubrió que tenía condiciones excepcionales, y se arregló que ellos me costearan los estudios. Así estudié, casi cinco años, en Nápoles.

Contagiado por mi amigo indiscreto, voy a contar algo que me ha asegurado una persona muy interiorizada y que no puede, de lo contrario no lo haría, rozar en lo mínimo a la artista. Rosa Raisa o, mejor dicho, Raisa Burschtein era niña en casa de una pudiente familia en Italia. De pronto le descubrieron la voz. Y, como un manantial que no se puede dejar que se seque, se ofrecieron a enviarla a una academia de canto. Comienzo humilde que enaltece su actualidad gloriosa.

LA FUNDACION RAISA

Hago a la artista algunas preguntas de rigor. Por ejemplo:

—¿Cuál es el más grande cantante que ha conocido?

Y responde sin vacilar:

—¡Ah! Caruso. Por encima de todos, sin distinción de cuerdas, hombres y mujeres, no he oído nunca nada tan grande como Caruso. Su voz magnífica, sobrehumana, no encontrará quien la iguale, ni se escuchará ya nada parecido después de su muerte.

Se habla de la decadencia de la ópera. Le pregunto:

—¿Usted cree que realmente hay una decadencia del arte lírico?

Y ella dice:

—Sin ninguna duda. Y, por desgracia, muy grande.

—¿Y qué solución le encontraría?

—Que en lugar de los compositores que hoy escriben con el cerebro volviera a nacer una generación de aquellos que escribían con el alma.

Y al querer saber cuál ha sido la mayor satisfacción de su vida, creyendo que iba a surgir una noche de éxito, la artista contesta en esta imprevista forma:

—La fundación que he dejado hecha en los Estados Unidos.

Y la explica:

—Con lo que allí he ganado en varias temporadas fundé una beca que lleva mi nombre, para que con ella estudien canto algunas muchachas pobres. No se imaginan la alegría con que he asistido al primer año de estudios y la satisfacción que me proporciona haber hecho esto, para mí el más grande acto de mi vida.

Queda pensativa y agrega, después de un breve silencio:

—Cuando yo haya pasado, será lo único que mantendrá mi recuerdo.

Y ante la inquietud momentánea, la claridad intensa de sus ojos se colora con un destello de angustia.



la intérprete, y que ha sido uno de los éxitos más cálidos, más vibrantes de la temporada. La gente que entiende y, sobre todo, que opina, generalmente en voz alta, según una mala costumbre muy nuestra, se divide a veces un poco en sus opiniones. Yo he oído decir a espectadores entusiastas que nunca han visto una "Norma" tan admirable, que iguala a otras, de otras grandes artistas en el color del sonido y la ventaja en los momentos vigorosos, para los que tiene más altos medios. He oído celebrarla como su trabajo más logrado, elogiarla como su interpretación más fiel y de más relieve del personaje, y asegurar, a una señora muy música, y aun a más de una, que es admirable, pero que, de cuando en cuando, desafina un poco. Mas aun estos últimos, aun los que respetuosamente la discuten, exclaman a coro con los que la celebran, como algo que nadie se atrevería a poner en duda:

—¡Pero tiene una voz tan maravillosa!...

SU VIDA MATRIMONIAL

Antes de escribir sobre ella, quise conversar, conocer fuera de las tablas a la cantante magnífica, para saber también algo de su vida y de su historia, y le pedí una entrevista, que me señaló para el día siguiente, en el hotel donde se hospeda. Allí, en una pequeña salita, a las tres de la tarde, en compañía de su marido, como sabéis el baritono Rimmini, me

mismo que entre los que nada tienen que ver con las tablas, y si razonáis con convincentes razones prácticas y materiales, no cabe duda de que estaréis en lo cierto. Me diréis, como me han dicho muchos de ellos, que se puede ser uno en escena, el artista, y otro en la vida, la persona humana, que siente y quiere y sufre y es feliz, exactamente lo mismo que el resto anónimo de los mortales. Y también es verdad. Me diréis, como es muy exacto, aunque la gente crea en general lo contrario, que el artista puede y hasta debe llevar, al margen de las tablas, la existencia más ordenada y recogida, y que para ello nada hay más apropiado que la beata quietud matrimonial. Todo eso es cierto. Pero yo no sé por qué cada vez que veo a un artista célebre, y a una artista sobre todo, concretada y, más todavía, apaciblemente feliz, en la penumbra un poco opaca del matrimonio, con todas las que he visto, con constarme que su armonía conyugal es una realidad, no puedo dejar de sorprenderme y de evocar, por un momento, el contraste entre la luz rutilante de las candelas y la luz, patinada y discreta, del hogar.

Y, así, me encuentro frente a este matrimonio de dos ar-

mados más felices que allí — agrega él.

Y ella dice:

—Allí salgo yo misma al jardín a arrancar la fruta.

Y dice él:

—Y amasa todo el día para comer por la noche las empanadas más ricas.

O este otro tema:

—No nos hemos separado ni un día.

—No hemos estado separados más de una hora.

Y concluye ella:

—Llevamos nueve años de casados y todavía no nos hemos aburrido. ¿Verdad que somos un extraño matrimonio?

LOS COMIENZOS DE RAISA BURSCHTEIN

Un amigo indiscreto, por el que, por eso mismo, me suelo hacer acompañar a mis entrevistas, le pregunta, de pronto, a la artista:

—¿Rosa Raisa es su nombre?

Ella se sorprende, sonríe y pregunta a su vez:

—¿Por qué?

—Porque parece arreglado, es demasiado eufónico—contesta el amigo.

Y entonces ella, como si la hubieran descubierto, se decide a confesarlo:

—Sí, es verdad; es un nombre arreglado. Arreglado para el teatro, por consejo de un empresario norteamericano. Mi nombre verdadero es Raisa Burschtein. Pero esto de Burschtein no lo convenía al hombre. Decía que con un ape-

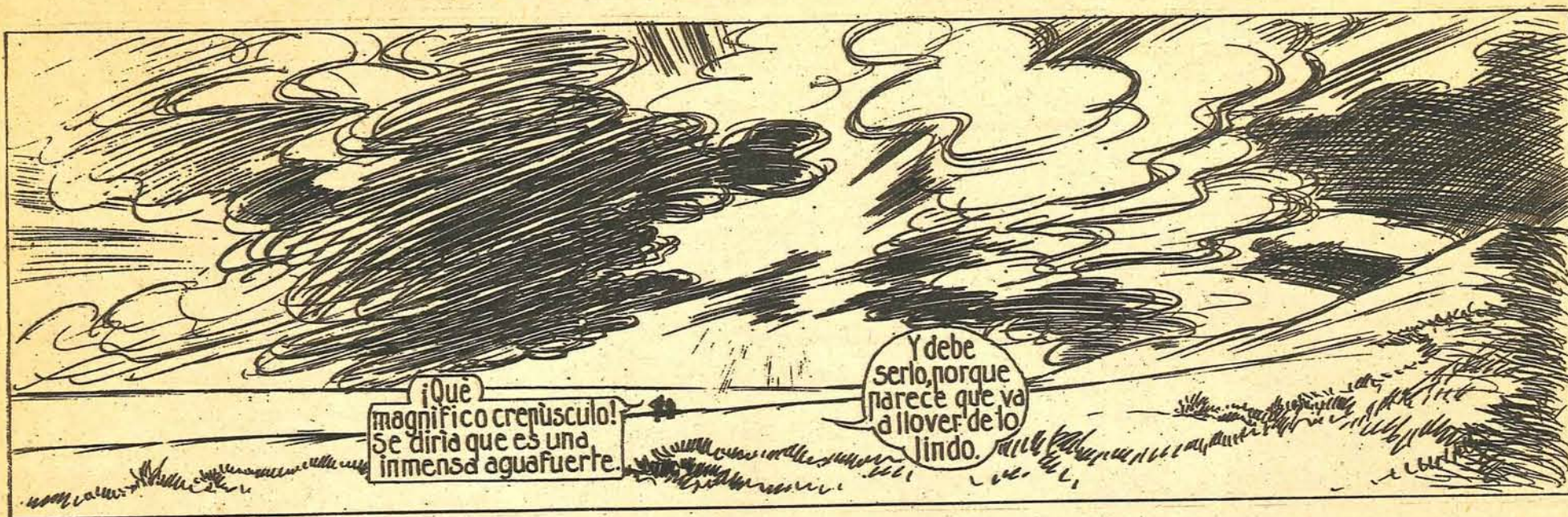
OCTAVIO
RAMIREZ

Betty

© 1929 N.Y. TRIBUNE, INC.

Por C.A. Voight

EVOCACIONES DESFAVORABLES

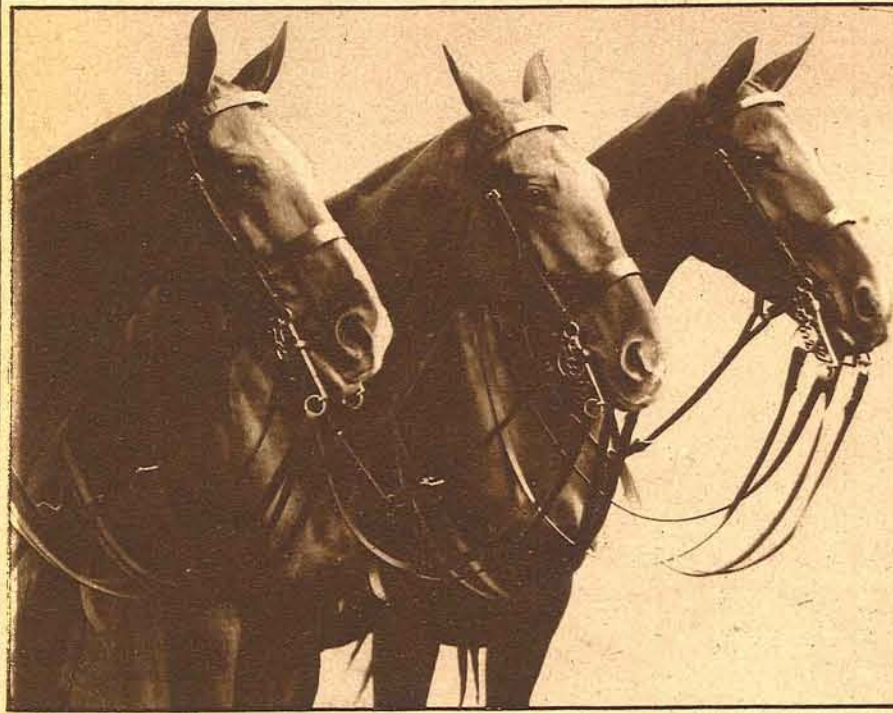
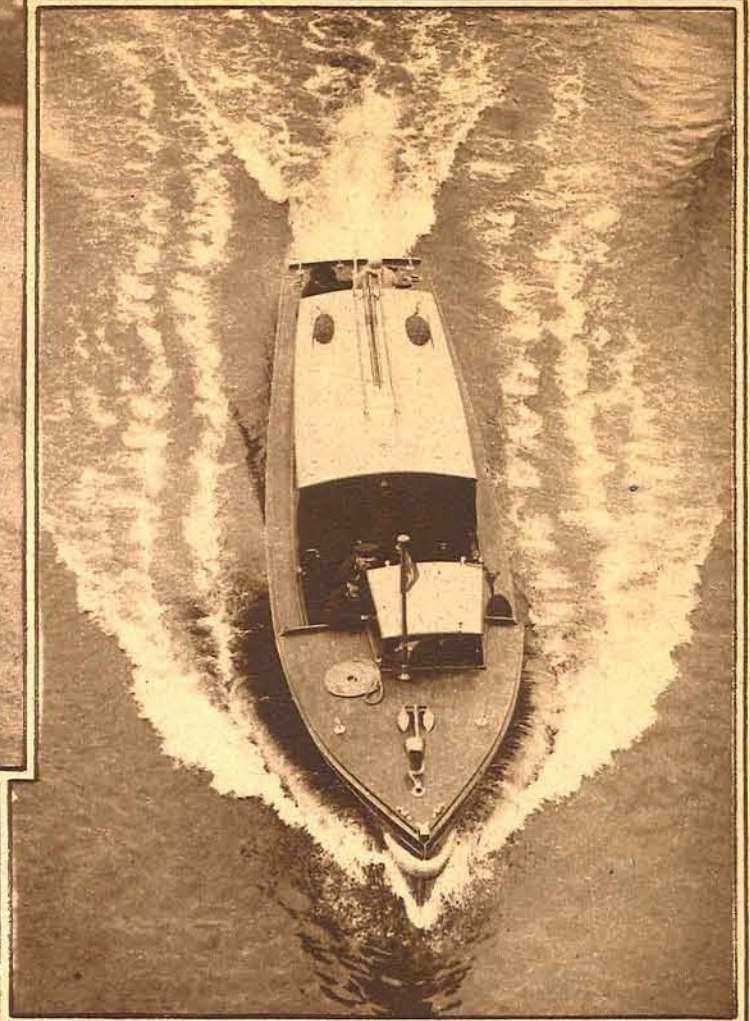




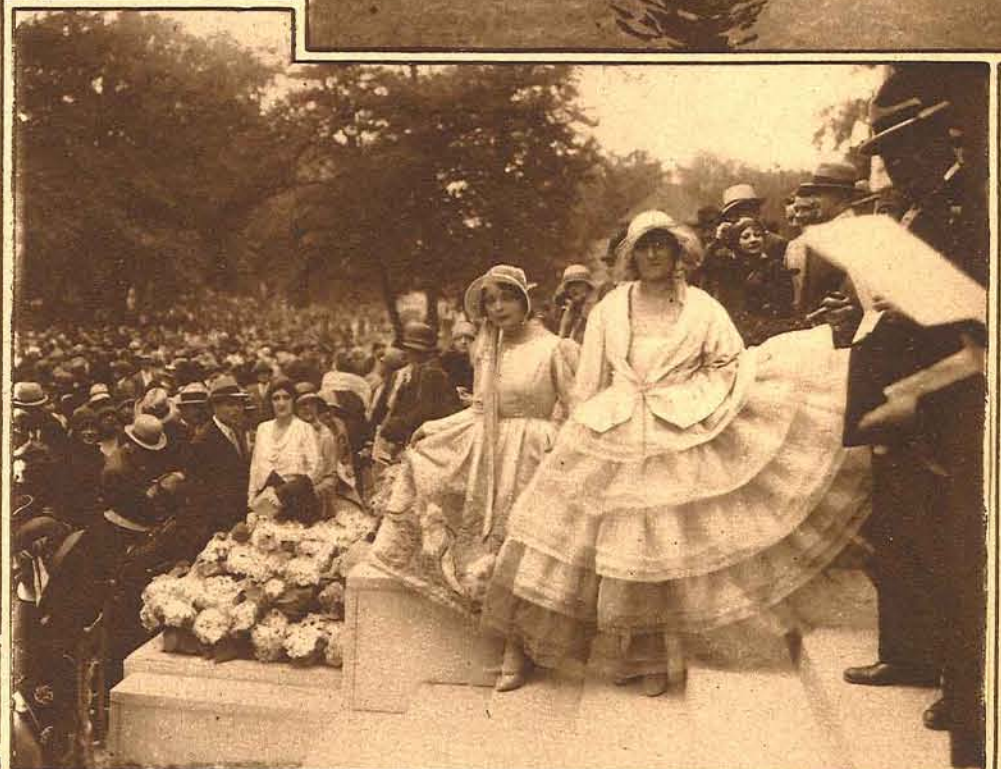
En Whitehall se ha instituido una fiesta simpática: el día de la Rosa. Las damas y las niñas hindúes salen ese día para vender flores cultivadas por ellas a beneficio de obras de caridad.



El teniente coronel Stewart, en compañía de su esposa, intenta un raid a través del mar del Norte en una lancha a motor. Saliendo de Aberdeen se proponen llegar a Noruega.



Tres hermosos ejemplares de ponies de polo, quizá los más perfectos del mundo: Júpiter, de Mr. Stephen Sanford, que pagó por él 22.000 dólares, precio extraordinario; Judy y Fairy Story, dos veces campeones del mundo estos últimos.



Las carreras de Auteuil constituyen un pretexto para exhibiciones de los atavíos femeninos del mejor gusto. En las primeras reuniones hípias las damas lucen los modelos primaverales de mayor aceptación.



Vista general del famoso circo de carreras de Ascot, durante una de las primeras reuniones de la presente temporada.



De la
vida teatral
porteña



"Las ingenuas", conjunto musical femenino que recientemente hizo su presentación entre nosotros en el teatro Maipo.



De izquierda a derecha: Alberto Campos, Elsa Martínez, María Santos, Amalia Franco, Francisco Bastardi, José Franco, Eva Franco, Herminia Franco y Juan Olivella, en "La rosa de sangre", poema dramático en verso de Luis Rodríguez Acasuso y Eduardo Rossi, estrenado en el Liceo.



La Faja Moderna, CÓMODA y Práctica Hasta Ahora Inimitable.

Una silueta flexible, juvenil y de moda, es la gran diferencia que las señoras perciben inmediatamente al comparar el resultado de una Faja MARVEL No. 287, con otras fajas que no sean hechas con la perfección y estilo embellecedor de MARVEL.

Su corte elegante, sus tejidos de diferentes presiones en una misma faja, su confección perfecta, su famoso Cierre Automático y su semi-faja interna, ideada por los técnicos de MARVEL, son las características de la superioridad indiscutible del modelo embellecedor MARVEL No. 287.

Ningún vestido, por costoso que sea, asienta tan bien como cuando el cuerpo está "enguantado" con una faja embellecedora MARVEL No. 287.

Se mandan folletos explicativos a quienes lo soliciten.

SE ACUERDAN CREDITOS

MARVEL

Piedras esq. Victoria
Buenos Aires

Una escena de "Argentinos en Sevilla", pieza de Antonio Botta, estrenada en el Smart. Marcelo Ruggero, Lea Conti, Totó Billy, A. Farias, A. Di Cenzo, M. Fernández y F. Varela.



Orestes Caviglia, Samuel Giménez, Milagros de la Vega, Josefina Suárez y Tito Lusiardo, en una escena del segundo cuadro de "La sangre de las guitarras", de Vicente G. Retta, que se representa en el Nacional.



Selma Segall, soprano que recientemente se presentó en Lo-hengrin, en el Colón.



Melba



Más que galletitas son masas que reemplazan a las más exquisitas de confitería.

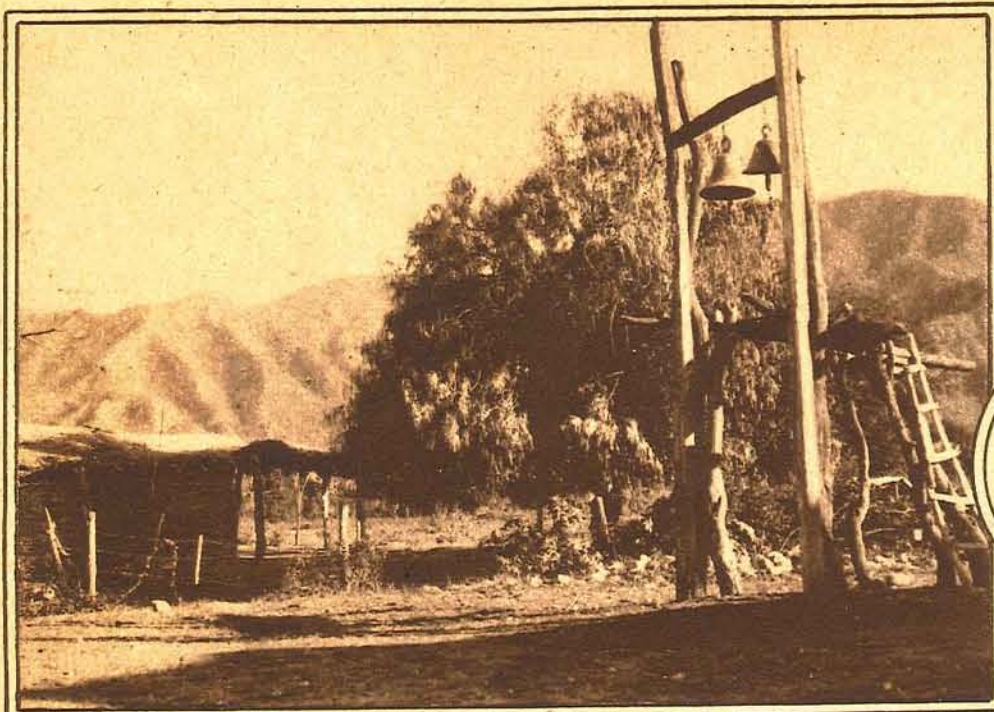
Son, ya lo verá usted, un regalo para el paladar.

Las "MELBA", solas o con ensalada de frutas, para deleite de sus comensales.

Pídalas a su proveedor.

ESTABLECIMIENTO MODELO
TERRABUSI

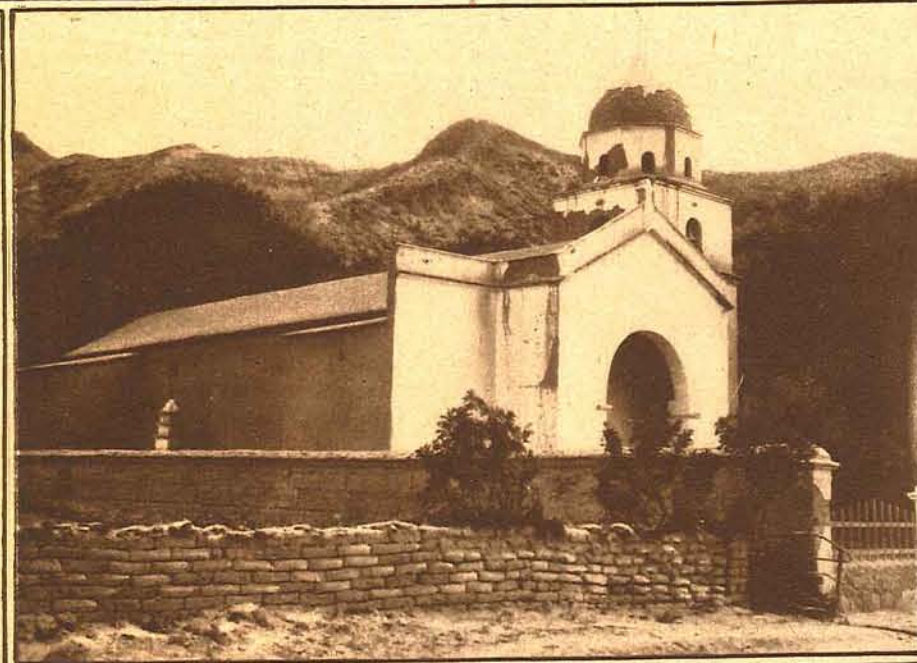
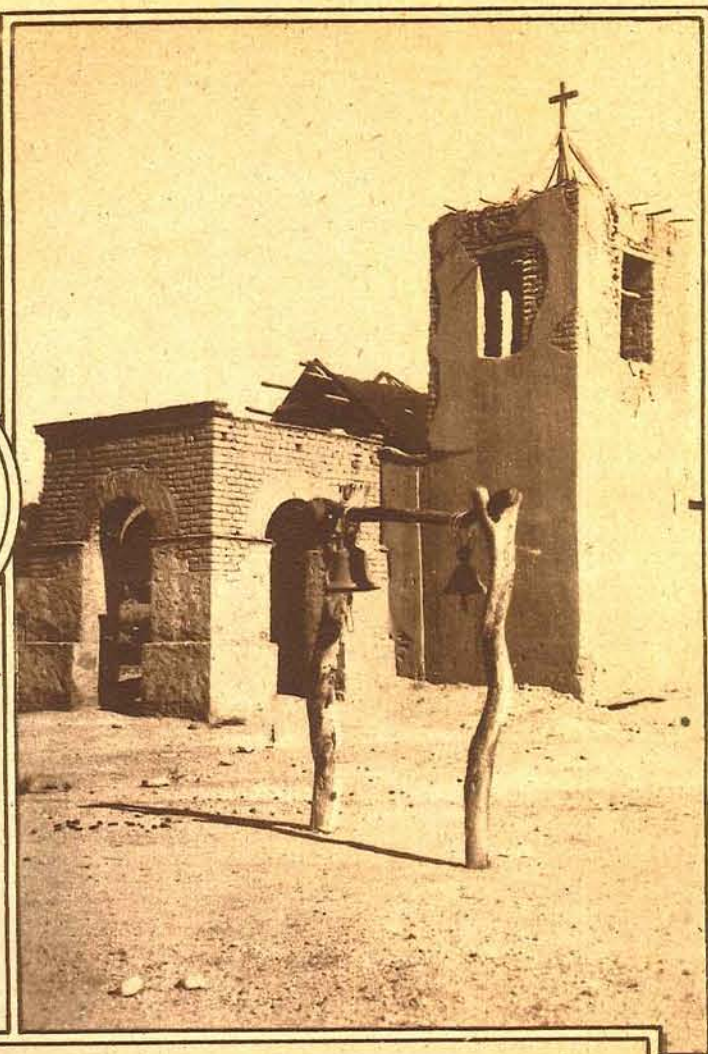




Se conservan en varias regiones del interior del país viejos campanarios levantados en forma rústica, pero que ofrecen interesante tema a la fotografía. En Chumbicha, Catamarca.

Viejos campanarios en el interior del país

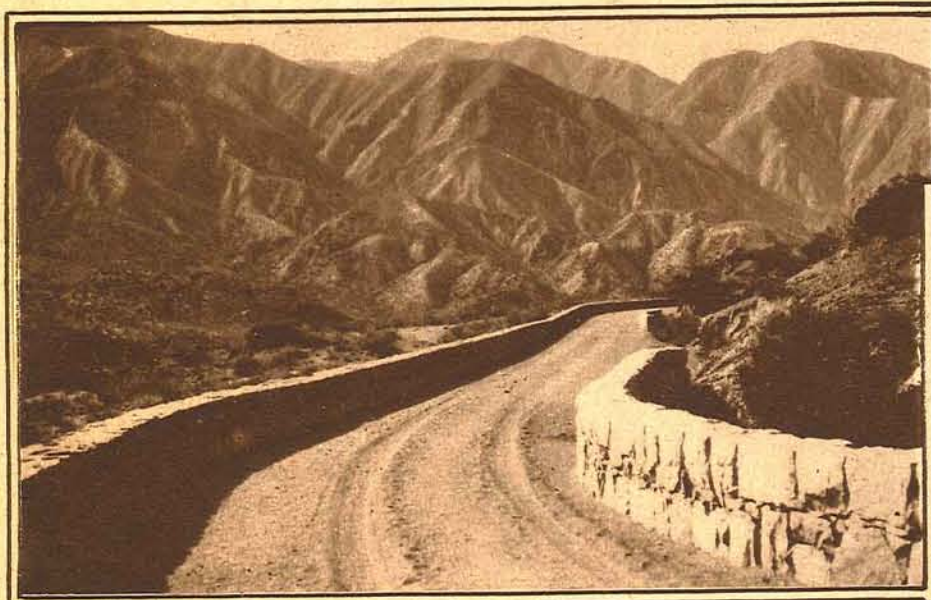
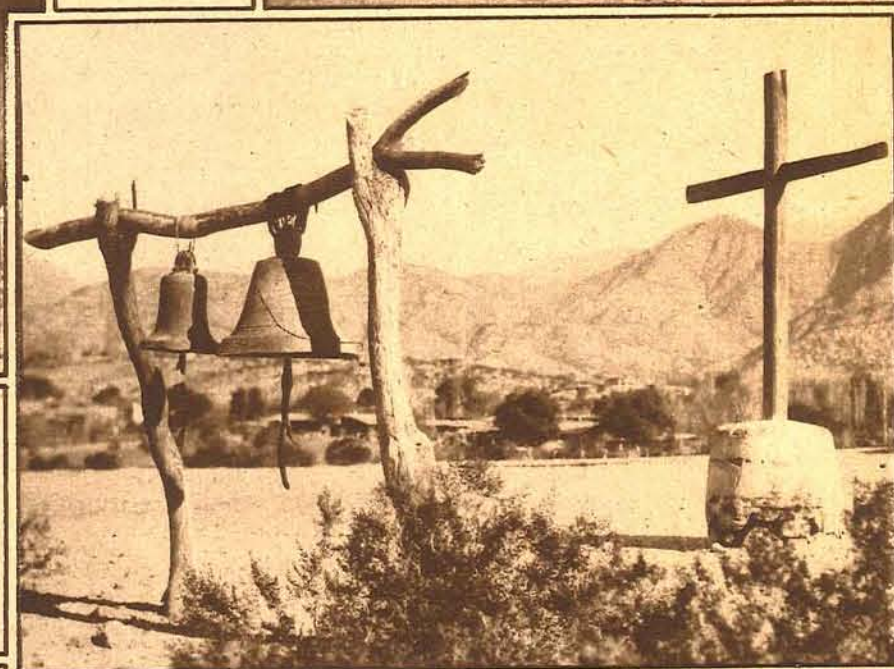
La antiquísima iglesia de Vichigasta, La Rioja.



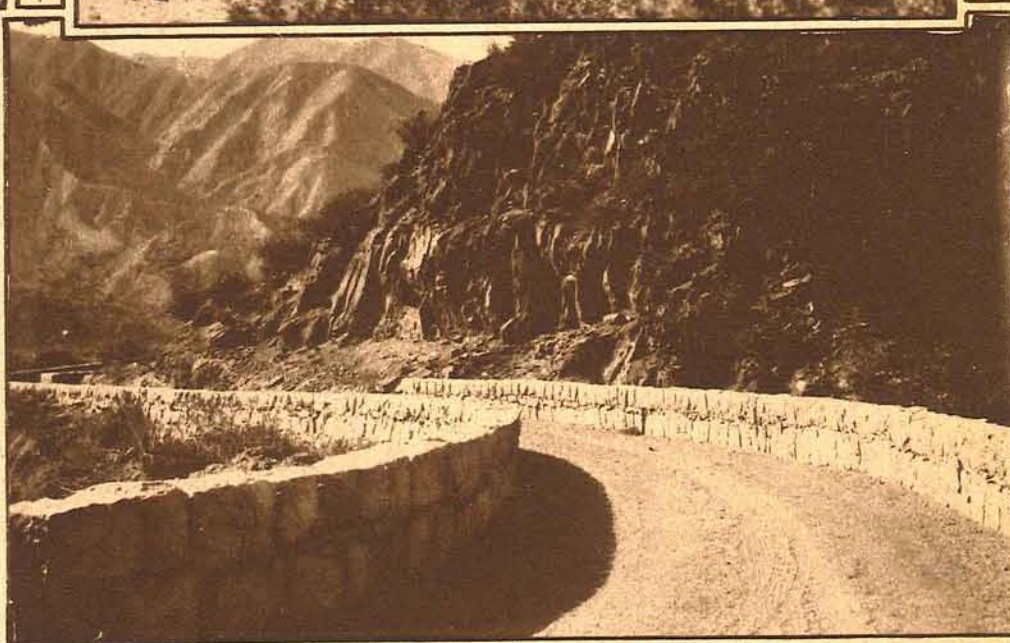
Entre las sierras jujeñas, en Mai-mará.



El campanario de la iglesia de Sefnogasta, La Rioja.



LOS CAMINOS EN EL INTERIOR
Dos aspectos de la cuesta de Miranda, en La Rioja, que unirá los departamentos del oeste riojano con el centro y las vías férreas.



ESTA ES UNA COCINA!
PIDAN CATALOGO GRATIS
JUAN B. ISTILART
Casa Central TRES ARROYOS
BUENOS AIRES ROSARIO
LIMA 1662 PUEYREDON 1043



Recepción ofrecida por el gobernador de Guayaquil, Ecuador, en honor de la oficialidad y cadetes de la fragata Sarmiento, en la reciente visita del buque escuela.





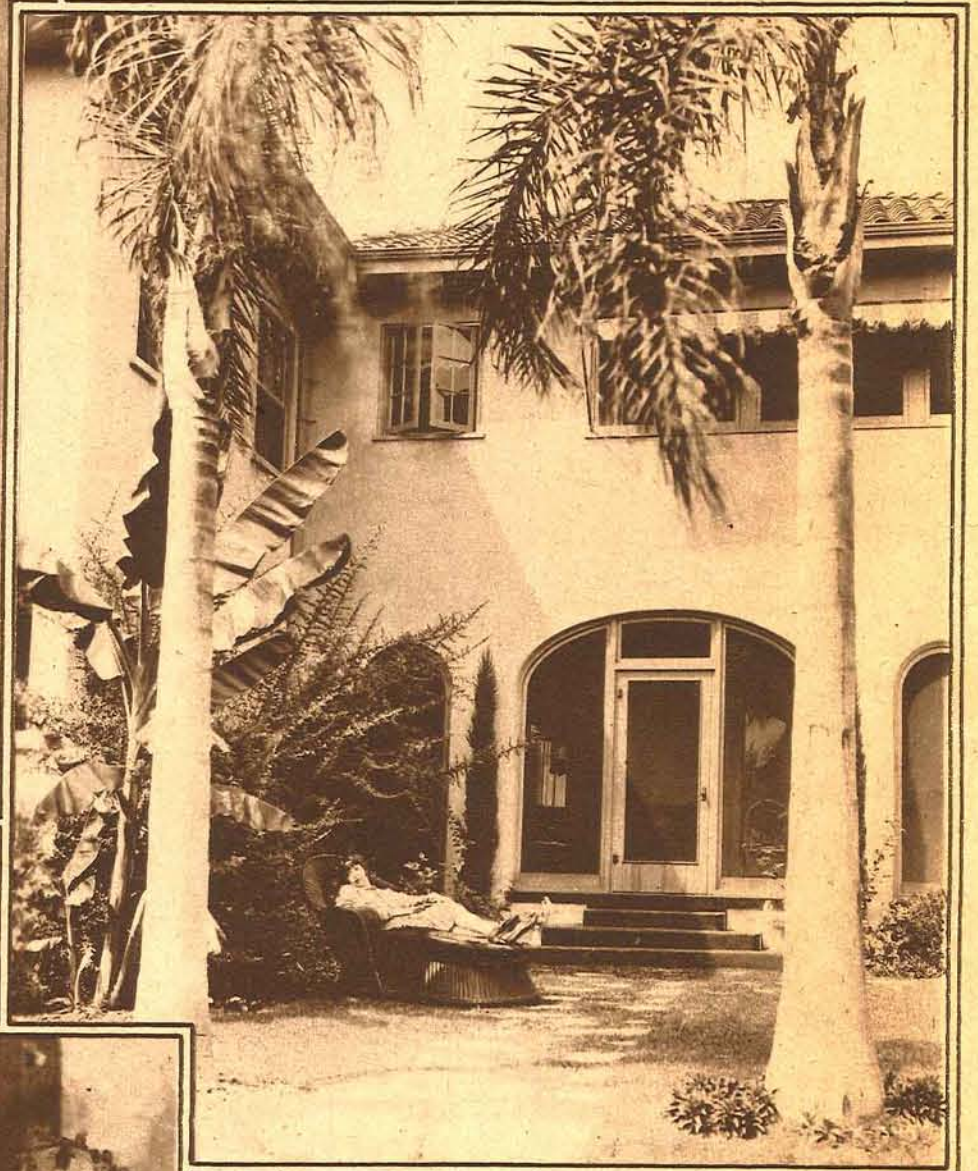
Colleen Moore, joven y bella actriz de la First National, en una actitud natural de extrañeza en la cual la ha sorprendido el objetivo.



La estrella en su residencia de Beverly Hills.



El "boudoir" de Colleen Moore es un verdadero modelo de buen gusto y de elegancia.



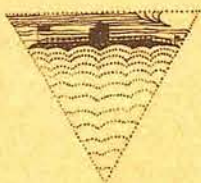
Un muestrario de bellezas podría llamarse a este cuadro de la revista Earl Carroll Vanities. Todas las chicas que lo componen han tenido actuación descolante en concursos de belleza femenina, y la tercera de la derecha es nada menos que "Miss Universo", la mujer más hermosa del mundo, de acuerdo con el resultado de uno de los certámenes de esa índole.



Esta fotografía muestra una de las veloces Lanchas Automóviles "Dodge Watercar" infundiendo alegría a sus pasajeros, encantados con los placeres saludables de la navegación segura, serena y confortable de esas Lanchas importadas por la Casa Roberto E. Trilla del Salón Marino, Tucumán 733, Buenos Aires.

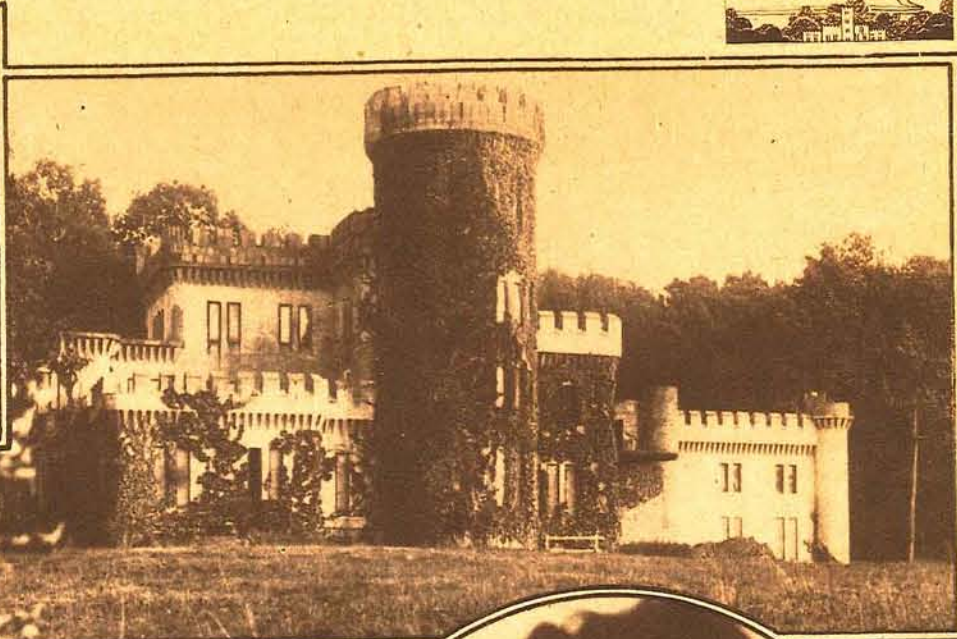
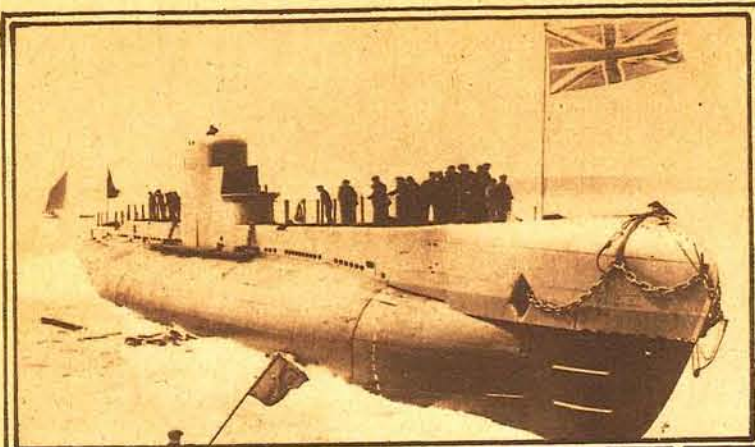
La misma Casa es única concesionaria de los famosos Cruceros para familia "A. C. F.", de las graciosas y livianas Canoas Canadienses "Old Town", de los motores portátiles Lockwood "Ace" de 7 H. P. y Lockwood "Chief" de 10 H. P., como también de cascos especiales de familia y de carrera "Cute Craft", Chinchorros, Skiboards, etc.

Prepárese con tiempo para la próxima temporada visitando esta notable exposición o en su lugar, escribiendo a la misma, solicitando informes del renglón que le interesa.



El acto de la botadura del submarino de la armada británica Perseus, que es la última palabra en construcciones de esa índole, en Barrows-in-Furness, Inglaterra.

H. P.



Como un castillo legendario del Rhin, se yergue en los montes Watchung, de Nueva Jersey, esta residencia, que es una de las más preciadas joyas arquitectónicas de la región.

H. P.



Mlle. Francell, que después de su rápida carrera teatral filmará películas en Estados Unidos, habiéndosele asignado un sueldo de dos mil dólares por semana.

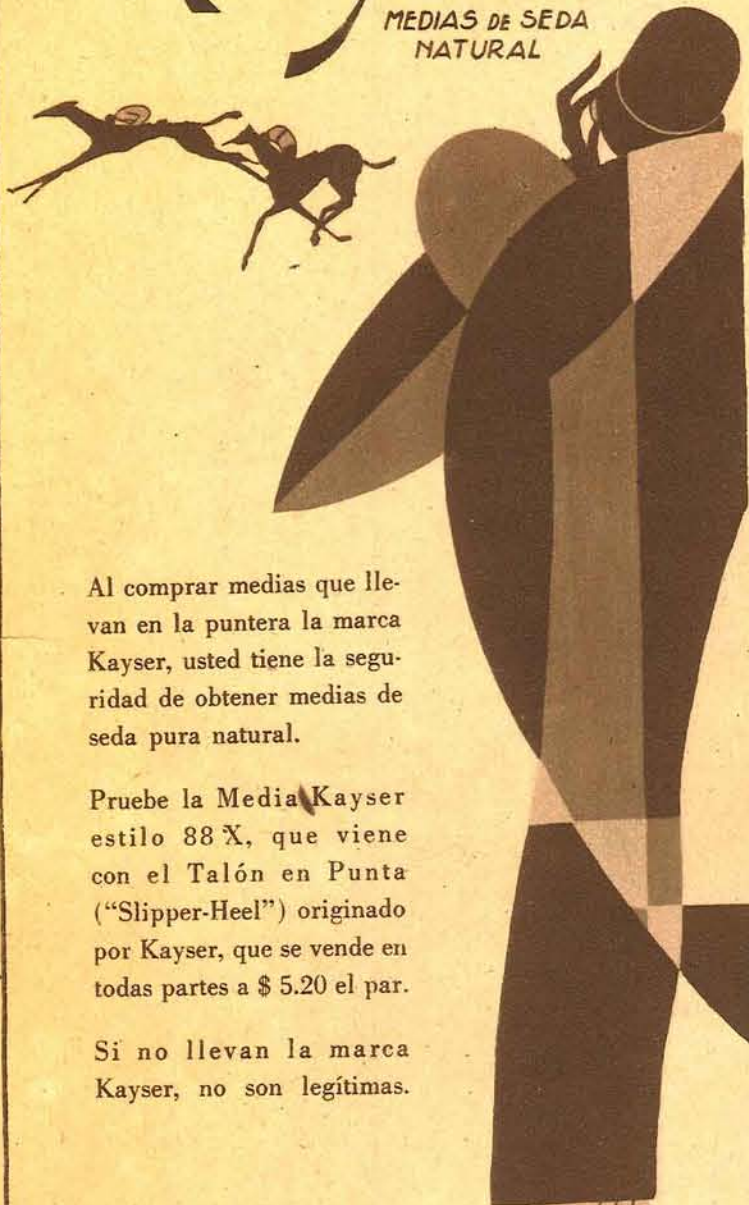
H. P.



Una de las formas de disfrutar de la hermosa temperatura veraniega en Gran Bretaña, es la de organizar funciones teatrales de beneficencia durante los "garden parties". La fotografía se refiere a uno de estos espectáculos realizados en los jardines del hospital Real de Chelsea.

Kayser

MEDIAS DE SEDA
NATURAL



Al comprar medias que llevan en la puntera la marca Kayser, usted tiene la seguridad de obtener medias de seda pura natural.

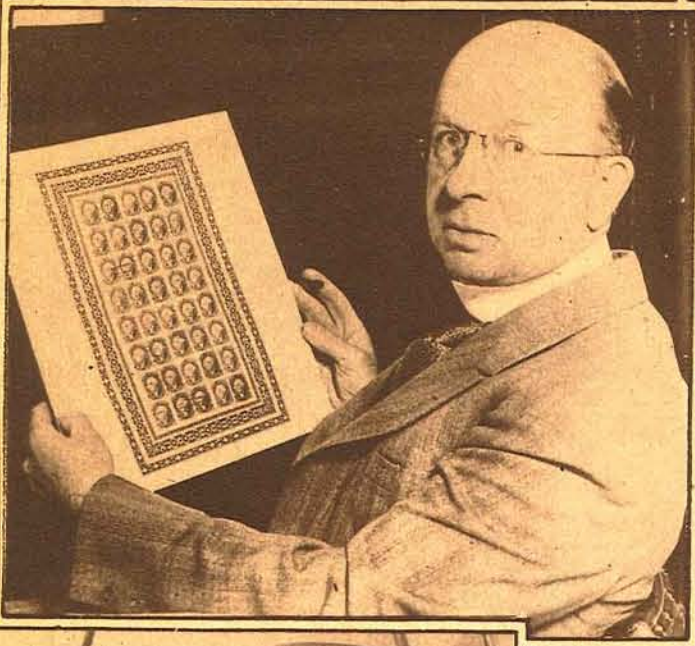
Pruebe la Media Kayser estilo 88 X, que viene con el Talón en Punta ("Slipper-Heel") originado por Kayser, que se vende en todas partes a \$ 5.20 el par.

Si no llevan la marca Kayser, no son legítimas.

Representantes Generales:
JUAN H. KUBIES & Cia.
Cangallo, 1342/48 - Bs. As.

BIZCOCHOS CAÑALE

NOBLE PRODUCTO
DE LA
INDUSTRIA ARGENTINA



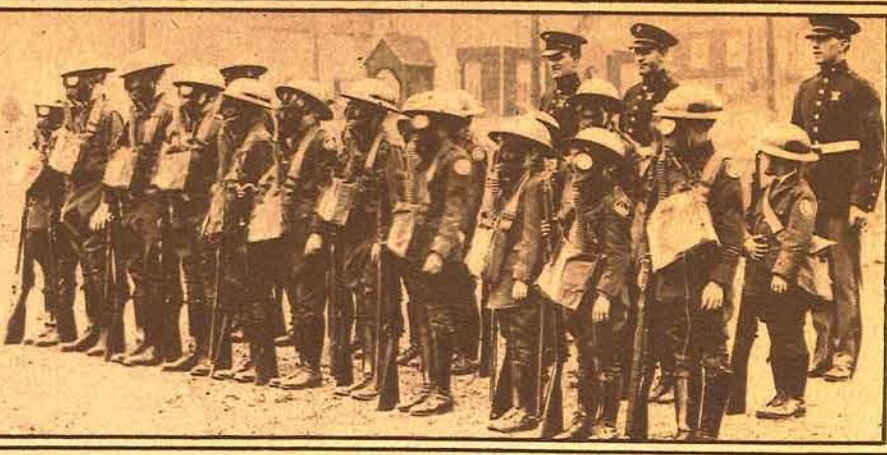
El doctor Eduardo C. Worden, de Nueva Jersey, Estados Unidos, millonario, de profesión químico, es uno de los más famosos coleccionistas de estampillas. Se calcula que su colección tiene un valor aproximado de medio millón de dólares.

H. P.



Teniente Walter B. Hough, miembro de la oficina de radio de Mitchell Field, Nueva York, en el momento de señalar la ruta de un aviator por medio del goniómetro. La flecha indica, como se sabe, la dirección en la cual es recibida la señal.

H. P.



Niños de Portland, Oregon, a quienes tres sargentos enseñaron, prácticamente, lo que es el soldado en tiempo de guerra. Los muchachos demostraron especial interés por los ejercicios con caretas contra los gases asfixiantes.

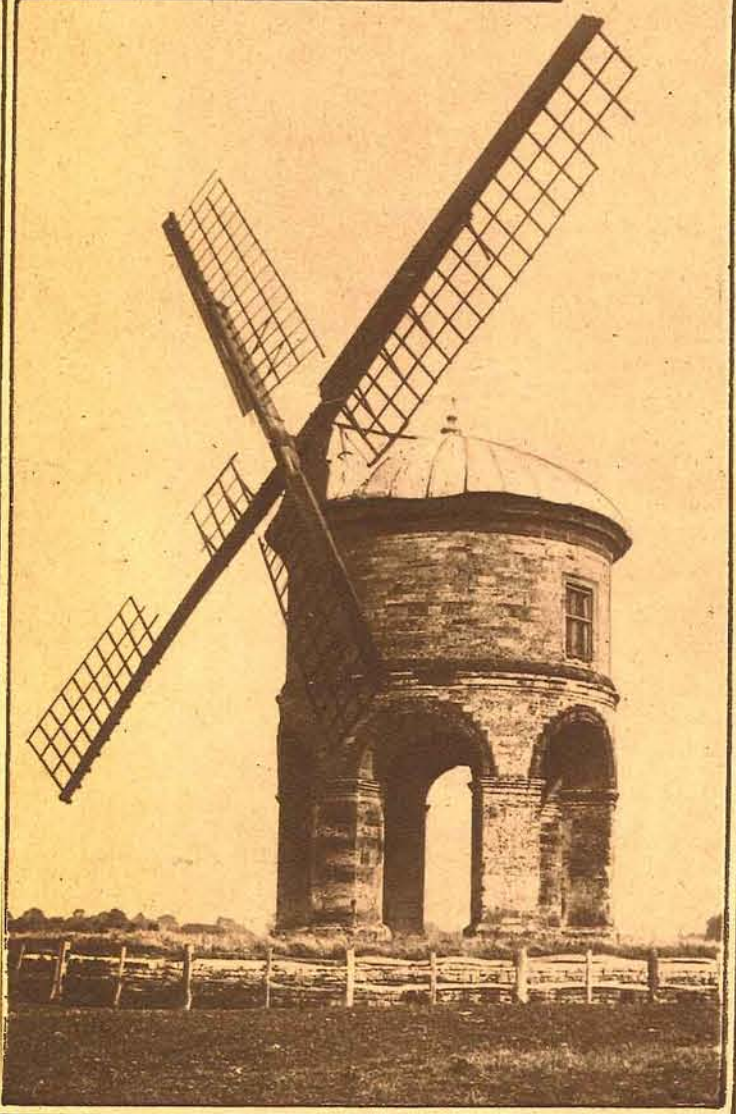
H. P.



PHILIPS RADIO

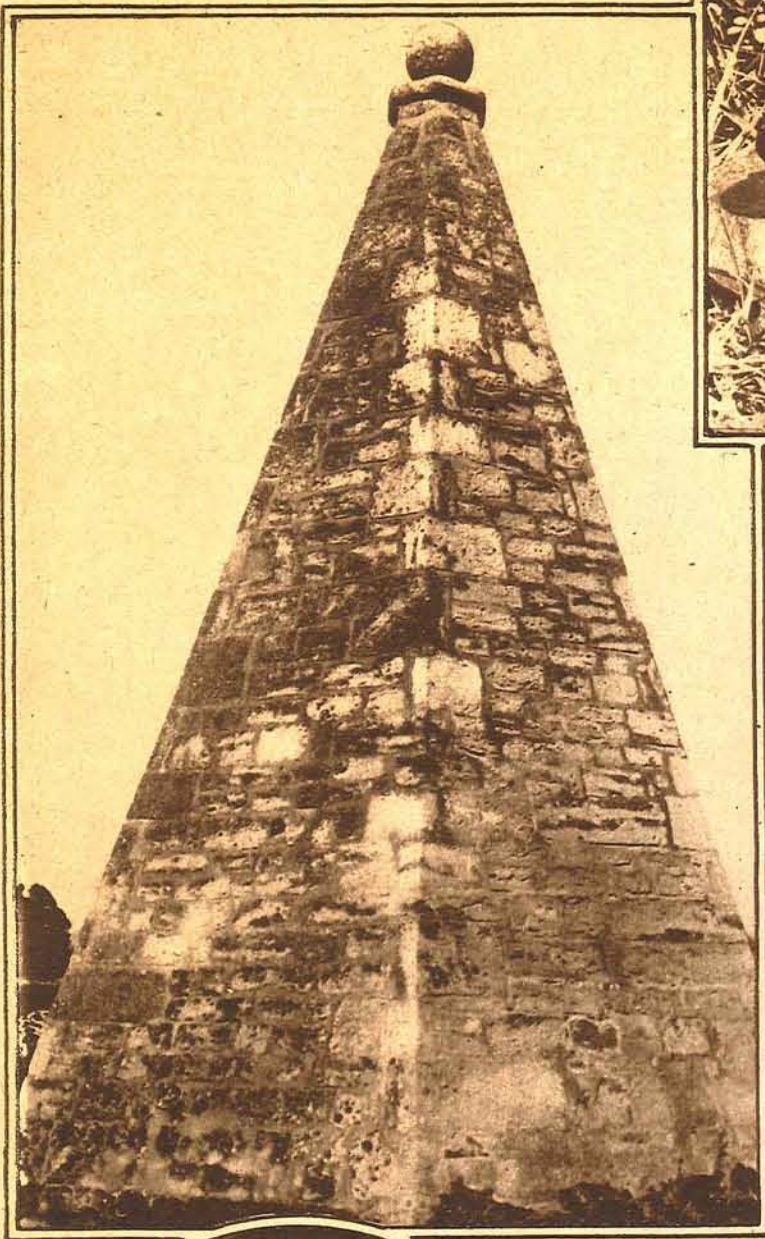
modelo
2007

el altoparlante
que constituye
un adorno pa-
ra el hogar .



El molino de Chesterton, Warwickshire, Inglaterra. Fué construido por un famoso arquitecto en 1632, como un observatorio, siendo transformado más tarde en un molino. La fantasía popular ha creado a su alrededor una serie de leyendas.

H. P.



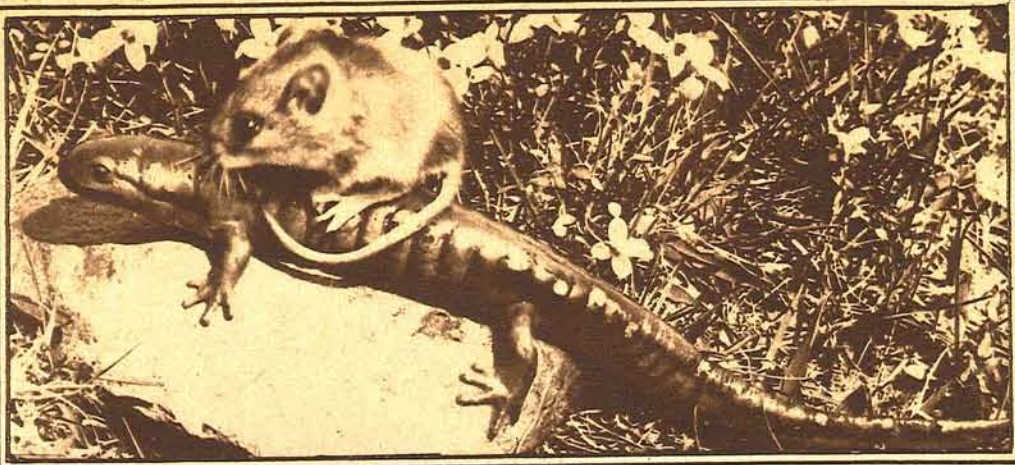
Inglatera pintoresca. Un calabozo de Wheatley, cerca de Oxfors, construido en tiempos en que por no haber magistrados en los lugares próximos era necesario encerrar a los delinquentes hasta que fuera posible hacerlos comparecer ante los jueces.

H. P.

Una dama de suerte. La condesa Stanislas de La Rochefoucauld, esposa de un descendiente de una de las más antiguas familias de Francia, ha obtenido ganancias fabulosas en la ruleta de Monte Carlo.



Un gatito fotogénico.



La naturaleza y la fotografía artística. Una laucha sorprendida en pleno ejercicio de equitación.



Pequeños secretos de belleza de muchas damas hermosas



Por la calle Florida de Buenos Aires, por el Kaertner Ring de Viena y el boulevard des Italiens de París, como por todas las calles céntricas de las ciudades elegantes de Europa y América, se ven pasar muchas damas hermosas. ¿Cómo llegaron a ser más hermosas que otras? Pocas de ellas nacieron dotadas de tan extraordinaria belleza. El secreto consiste en que aprendieron cómo librar el cutis de todas las impurezas, pecas, manchas y arrugas; cómo embellecer sus ojos; ostentar siempre labios rojos y mejillas frescas y cómo librarse del vello en forma agradable y definitiva.

El secreto de los rostros siempre jóvenes

¿Por qué permite Vd. que las arrugas escriban más años en su rostro? Vd. no quiere arrugas y comprende que son inconvenientes. La exquisita Crema de Oriente Vindobona la librará de ellas con asombrosa rapidez, porque nutre, estimula y rejuvenece la epidermis. Crema de Oriente Vindobona supera todo lo que usted puede haber ensayado hasta ahora. Espere de ella resultados nuevos. Introduzca ese científico producto en su cutis y déjelo estar todo el día—o toda la noche—, y las arrugas, aun las más pronunciadas, alrededor de los ojos y de la boca, lo mismo que las de la frente y el cuello, se alisarán. La piel queda fresca, lisa y suave. Es la única Crema con propiedad vaso constructor, por eso realmente puede corregir todos los defectos cutáneos y sanar las grietas y paspaduras en seguida de ser aplicada.

Aclara el cutis y elimina las pecas y manchas cutáneas

Por muy manchada, pecosa y marchita que fuera su tez, la Crema de Oriente Vindobona le probará que puede ser clara y blanca. Diluye las pecas y manchas cutáneas. Limpia los poros y elimina los barros negros y la tez cetrina y protege el cutis contra el frío y el viento. Médicos la recetan y recomiendan a sus esposas. Blanquea y embellece, no sólo la piel del rostro, sino también la de las manos, cuyas paspaduras sana.

Miles de damas en tres continentes ponderan sus cualidades en numerosas cartas similares a la siguiente, que están a disposición de las personas interesadas:

"Rosario, 10. de enero de 1929.—Considero la Crema de Oriente Vindobona la mejor de cuantas he usado. Desde las primeras aplicaciones he notado que aclara la tez... Las pecas y manchitas que tenía han desaparecido por completo, y así también las arrugas alrededor de los ojos... (Firmado) C. G. de A."

Tan seguros son sus resultados, que se la ofrecemos a Vd. bajo la garantía formal de devolverle el dinero que hubiera gastado por ella si no le diera completa satisfacción.

Consultorio de Belleza Gratuito

Cualquiera que sea su problema de tocador, cualquiera que fuese el defecto de belleza de su cutis, callo, etc., que usted desee corregir, consúltanos. Hemos abierto un moderno consultorio de belleza, atendido por una experta especialista, contratada de ex profesora, el que gratuitamente le atenderán el que guste de consultas, se hacen toda clase de consultas sobre tratamiento por carta. Igualmente Vd. no o por carta. Aunque el consultorio ali demostraciones de belleza, si tenga ningún defecto de belleza que corregir, visite el consultorio gratis, y es seguro que la beneficiará, por los muchos conocimientos útiles para el arreglo que allí podrá recoger.

LABORATORIOS VINDOBONA
Florida No 8 — Piso 1.
Buenos Aires

En Montevideo:
ANDES 1328

Belleza, que confiere el polvo de tocador

El polvo que Vd. usa, ¿confiere hermosura al cutis o aspecto de empolvado? Si el polvo es fino, invisible y adherente, confiere lozana hermosura. Debe ser imperceptible, adherirse en todas las partes del rostro por igual y no quedar más visible por la nariz y las partes más grasosas de la piel.

Esta es una de las razones porque miles de damas consideran únicos a los exquisitos Polvos de Tocador Vindobona con base de almendras.

Glorifican el cutis con nueva belleza, son un lujo, una necesidad y un deleite. Los tamices por que pasan son tan finos que no fué posible ya hacerlos de seda; han sido contruidos en Europa de ex profesora de una aleación cara de metales preciosos. Son por eso invisibles. Se adhieren a la perfección por igual en todas partes de la piel. Dan aspecto de real belleza y no de mal empolvado. Entre ellos hallará Vd. el tono que más le sienta: el Blanco, el delicado Rosa Claro, el Piel Natural, el Rachel, el Ocre, el Ocre Oscuro, que confiere el tono yodado, y el Ocre Rosado. Sus perfumes son exquisitos: Rosas de Shiras, Acacia, Muguet, Orquídea, Madreselva, Cypré, Olginka y Jacinto.

Los Polvos Vindobona contienen una mágica base de almendras. Esto los hace extraordinariamente suaves y saludables. El contenido de almendras regula las funciones de los poros, por lo que el uso de los Polvos Vindobona por sí solo constituyen un tratamiento de belleza. Impiden que la epidermis se reseque y la formación del acné. Reducen los poros a la mayor finura, previenen erupciones cutáneas. ¿Ha usado Vd. alguna vez un polvo de tocador que reúna tales cualidades? Nosotros lo garantizamos, pues dondequiera que Vd. lo compre, si al usarlo no le agradara, lo devuelve y le devolverán el dinero.

Ahora los Polvos Vindobona se envasan en dos tamaños de caja. La caja grande es la mayor caja de polvo entre los polvos finos, vale \$ 3.80. La caja de tamaño corriente cuesta sólo \$ 2.—

El "rouge" que no destiñe

Usted puede ostentar un intenso y suave colorido — como Vd. prefiera — en los labios y en las mejillas, que tendrá aspecto perfectamente natural. Se librará de los molestos retoques en los lugares públicos usando "Lágrimas de Rosas Rojas". Rouge líquido preparado científicamente en los Laboratorios Vindobona. Aplicándolo una sola vez dura todo el día. La humedad, las comidas, no lo afectan. No se corre... Piense cuán molesto es que en una confitería, después del té, usted constata que sus labios, antes purpúreos, aparecen pálidos o que se haya corrido el color. El Rouge Líquido de Vindobona la librará definitivamente de esa preocupación. Sólo sale con agua y jabón. Es fácil graduarlo. No sólo es inofensivo, sino beneficioso, porque impide el paspadado de los labios.

Hay dos tamaños de frascos. Si no constata que posee las cualidades que aquí mencionamos, devuélvalo y recibirá de vuelta su dinero.

Cualquiera de estos productos, y muchos otros más, adquiéralo Vd. en la Sucursal argentina de los

LABORATORIOS VINDOBONA

FLORIDA No. 8, piso 10. BUENOS AIRES
(Atendida por señoritas)

y también en las buenas casas del ramo:

Farmacia FRANCO INGLESA Farmacia DEL PUEBLO
Sarmiento y Florida, Bs. As. Rivadavia 727, Bs. As.
Farmacia GONZALEZ GATH y CHAVES
Rivad. y Centenera, Bs. As. Casa Central
Farmacia SCHIALVO Farmacia GIBSON
Sarmiento y Talcahuano Defensa y Alsina, Bs. As.

Folleto gratis. — Remita el cupón.

LABORATORIOS VINDOBONA L. N. 6.1

Florida No 8, piso 10 — Buenos Aires

Sírvanse enviarme gratis el librito descriptivo de todos los Productos Vindobona para la tez.

NOMBRE _____

CALLE _____ No _____

CIUDAD _____ F. C. _____

LA INFLUENCIA ESPAÑOLA EN LA MODA

POR
EVA A. TINGEY

(Para LA NACION)

PARIS, junio de 1929.

IN OS llegan noticias de los grandes modistas, de algunos modelos nuevos que indican los detalles que imprimen novedad a la moda, dentro de un marco más o menos semejante al de la pasada estación. Un conjunto suntuoso tenía una capa en "agneau" nonato blanco, con reverso en crêpe de Chine marrón, en un tono "noisette" (nuez) a lunares blancos y cuello echarpe, que se ata adelante; el vestido muy sencillo, es en crêpe de Chine habano haciendo juego con el reverso del tapado; el cuerpo sin mangas con escote redondo adelante termina con un volado crema chato en tul; la falda muy caída por detrás, con vuelo adelante por medio de godets circulares cortados al bias.

Un modelo muy original en satén negro forma princesa con mangas largas y ajustadas y echarpe cortado en la tela del traje tiene falda redonda, alargado adelante solamente, siendo muy amplia y cayendo en puntas como delantal. Este modelo se repite en satén blanco con cinturón dorado en su lugar normal y collar de cuentas en oro, completando el conjunto un tapado tres cuartos en lamé dorado con zorro rojo en el ruedo y los puños; el cuello consiste en un echarpe dorado.

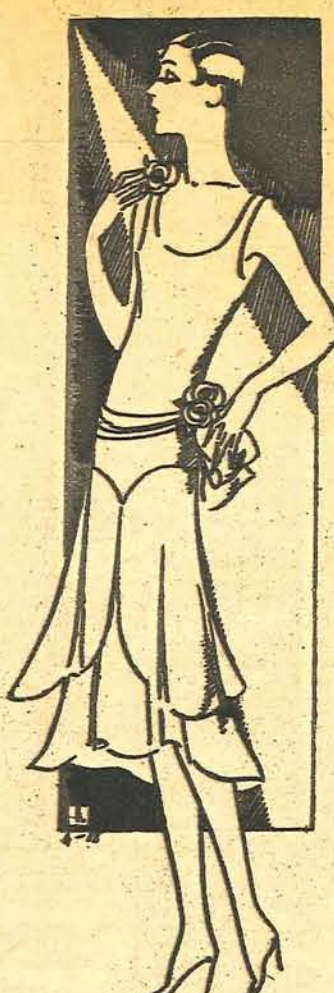
Los grandes modistas de París piensan estudiar la exhibición de trajes españoles de to-



Modelo en "tweed beige" claro y obscuro



Modelo de Jemy, en jersey amarillo con franjas en jersey gris



Modelo de noche en "chiffon bleu" adornado con rosas

las las épocas en la Exposición de Barcelona. La moda tiene ya toques de rojos y amarillos españoles, y esta influencia será más señalada cuando los creadores vuelvan de su viaje de inspiración.

Agdes tiene en su colección estos mismos colores y varios otros motivos españoles. En un modelo coloca flor de granada;

otros tienen alas semejantes a los clásicos sombreros de los picadores. Para la noche emplea la mantilla negra como echarpe. Ha compuesto muchos "berets" o boinas vascas tejidas en seda. El sombrero del día es el modelo de Reboux llamado "Porte Bonheur" que ilustra- mos, en paja negra brillante y flexible, levantado atrás, ador-

nado con cinta y moño de satén. Todo el mundo lo usa.

En Biarritz no se ven sino trajes de noche negros, rojos o imprimés.

Los collares que se usan son sogas de cuentas enroscadas; en verde esmeralda o rojo rubí se usan para de noche y de día.

La línea del talle alto y la ajustada hasta las rodillas,

EL USO DEL PERFUME

EL uso corriente del perfume es todo un arte. Es necesario que quien lo use escoja con suma delicadeza aquel que más convenga a su personalidad, tipo especial y manera de ser, para utilizarlo como base de sus extractos y lociones. Las mejores bases de perfumes son el ámbar, el almizcle o "muse" y el chipre; eligiendo cualquiera de éstos puede combinarse con tres o cuatro perfumes, de manera que cuando se hayan evaporado quede la fragancia intangible de la base. Para llegar a estas sutiles combinaciones hay que saber e instruirse como en un arte. Es importante recordar que un perfume debe insinuarse, nunca ser penetrante. Esa es la manera perfecta de usarlo, sin que nadie pueda definirlo.

Es muy fácil tener cajas cerradas forradas de cintas, de manera que pueda ponerse debajo de las cintas un "sachet" que se hará con polvos, a los cuales se añade el perfume personal, para que así la ropa interior, guantes, pañuelos, etc., tenga una sutilísima fragancia. Este mismo procedimiento se usará con los forros de las pieles, ruedos de los vestidos y ruedos y bolsillos de los tapados. No hay que olvidar el peligro de recargarse de perfume, pues es natural que una persona se acostumbre a su perfume y no note que ha excedido la fragancia hasta el punto de chocar a los demás.

La elegancia refinada admite el uso de cuatro perfumes: uno para la calle, otro para uso corriente, uno algo más exótico y sutil para usar con trajes de noche y el cuarto puede ser más exótico aun o más suave, según el gusto, para usar en la casa.

abriendo en godets, son los más comunes.

Las pieles que más se llevan son beige o marrones, astra-cán negro, agneau rasé, lou-tre y una piel nueva: armifio japonés. Una gran novedad en los peleteros es la piel trenzada. Se la trabaja en todas formas.

Esta espuma penetrante Limpia Mejor los Dientes

La ciencia ha descubierto que la Crema Dentífrica Colgate tiene "tensión superficial" baja.... la razón por qué es más eficaz para limpiar las pequeñas hendiduras, donde comienza la caries.

La caries comienza, dice la ciencia dental, en los intersticios donde el cepillo de dientes no toca y donde los residuos mucosos o alimenticios se acumulan.

Los dentífricos ordinarios no penetran en estos sitios difíciles de limpiar. Desde luego la eficacia de un dentífrico está en la cualidad que tiene para penetrar en estos intersticios y limpiarlos completamente.

Recientemente un científico hizo un descubrimiento extraordinario. Descubrió que la Crema Dentífrica Colgate en forma de cinta tiene más fuerza penetrante que cualquier otro dentífrico que existe.

Al cepillarse los dientes, la Crema Dentífrica Colgate se transforma instantáneamente en una espuma blanca y resplandeciente que como una ola invade los dientes y encías. Esta espuma posee una cualidad admirable de "tensión superficial" baja que le permite penetrar en los intersti-

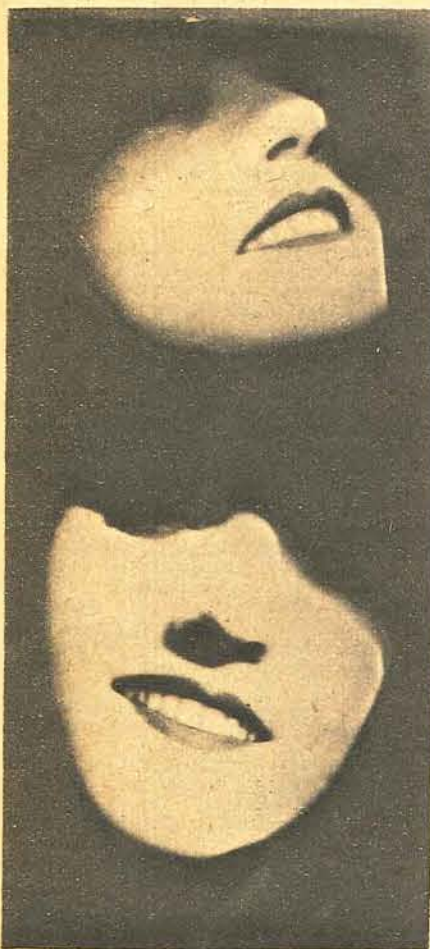
cios más pequeños, donde pudiera comenzar la caries, desalojando todo residuo mucoso o alimenticio, y limpiándolos de toda impureza, con su detergente espuma.

Esta espuma contiene un polvo fino, recomendado por los dentistas, el cual pule el esmalte de los dientes sin dañarlos, y los conserva blancos, brillantes y hermosos.



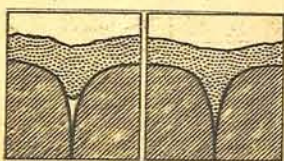
\$1.20

EL TUBO GRANDE EN LA CAPITAL



Note usted cómo la Crema Dentífrica Colgate limpia donde el cepillo no alcanza a limpiar

Diagrama ampliado de los intersticios de los dientes. Los dentífricos ordinarios con "tensión superficial" alta dejan de penetrar en el sitio donde comienza generalmente la caries.



Este diagrama demuestra cómo la espuma eficaz de la Crema Dentífrica Colgate, con "tensión superficial" baja penetra en los más pequeños intersticios, donde el cepillo no alcanza a limpiar.

CREMA DENTIFRICA

COLGATE

CANSINOS - ASSENS, VOZ DE INTIMIDAD



ESDE la Puerta del Sol, charra y abigarrada como una permanente tarde de toros, tomando por la calle Mayor, al cuarto de hora de camino—como dicen en Madrid los guardias para aquilatar la distancia—se llega a la Plaza de Oriente con su custodia circular de cuarenta y cuatro estatuas de reyes. El forastero no deja de reconocer la justa ubicación del Palacio Real, cuya mole se eleva enfrente, pues de otro modo no faltaría quien pudiera ver en el mármol de tantas estatuas alrededor de la plaza un homenaje a la memoria de sus guardianes más conspicuos... Un trecho más por la calle Bailén y se transpone el lindero del Madrid moderno separado del antiguo por el Viaducto que han hecho famosos los suicidas. No es posible pasarlo de largo, sobre todo cuando se va en busca de Cansinos, quien tanto ha prestidigitado con su gigante armazón de hierro que éste ha llegado a tener una categoría de símbolo durante la aseasonada ultraista. Buenos Aires, lisa topográficamente, no posee nada parecido, ningún guión metalúrgico así. Para imaginarse el Viaducto, férreo salto de gimnasia, bajo el cual cruza contoneándose la castiza y sinuosa calle de Segovia, tendríamos apenas nuestro Puente Barcacas, y eso previendo su mayoría de edad... Aquél, construido en 1863, empieza a cimbriar con un mal de San Vito o tembleque senil que motivó hasta la suspensión del tráfico. Cansinos me contó después que el Viaducto fué a reemplazar la antigua Cuesta de los Ciegos, como se llama ahora todavía, practicada sobre un desmonte y por cuyo repecho se trepaba antes desde la cuenca de la calle Segovia hasta el viejo barrio de la Morería. Aludiendo a Pedro Garfías, dice en alguna parte, que era uno de los seis que "bataban en la alborada maitines líricos sobre la cuerda floja del Viaducto madrileño". Su considerable altura permite atalayar desde allí un dilatado panorama en el que se destaca la mancha verde de los Jardines del Palacio Real, vasta y profusa arboleda y detrás de la Catedral de la Almudena, en construcción desde hace varios años, toda la populosa barriada que se extiende hasta las afueras de la Corte. Antes de abandonar el Viaducto, abajo, en un recodo de la calle Segovia, se puede ver el sitio donde los primeros pobladores de la villa encontraron el Oso y el Madroño con que se aludía más tarde a la antigua Majerit de los árabes o Madrid actual. En seguida sale al paso la Judería vieja que con el barrio moro formaban la zona más importante del Madrid primitivo. A poca distancia de allí, en la misma calle de la Morería, y casi frente a donde vive Cansinos Assens, se conservaba hasta hace poco una casa señalada con el No. 13, con la fachada, el patio y el típico herraje de las puertas seculares. Sobre el dintel, y formando contraste con su ruinoso y valetudinario aspecto, ostentábase esta altiva leyenda: "Palacio de Isabel la Católica", escrita con almazarrón (tierra roja endurecida) por una mano popular. En este barrio o aljama de los moros, fundado en 1126, se encuentra el caserón donde vive Cansinos Assens, una de cuyas ventanas da al Viaducto. Ocupa allí un modesto piso como cualquier covachuelista de negociado ministerial y al cual se sube mediante una suerte de alpinismo, trepando por una sordida, oscura y crujiente escalera que por sí sola le da carácter a los viejos solares madrileños.

II

No sé qué vaga reminiscencia árabe despierta la expresión de Cansinos. Uno de sus últimos retratos la acusa notablemente. Habla a media voz, con ese tono afelpado que presta a cualquier motivo una especie de veladura confidencial. La blanda disposición de sus ademanes y de sus gestos, entre los cuales se escurre la más copiosa cordialidad, refleja una bonhomía que de inmediato gana el ánimo e invita a franquearse sin reservas. Aunque inevitablemente uno se siente al lado suyo dos veces hermano menor: por su abultado bagaje literario y también por

ese corpachón de atleta en decadencia, proclive a abotagarse. Nada iguala al ungüento de su sonrisa, cuyas fricciones lubrican el acento andaluz, los finales de las palabras cálidamente estirados hasta la cadencia. Cansinos habla con el mismo tumulto de imágenes que es el sello de su prosa, frases de faldas "bombées", de ancho ruedo verbal y de numeroso plegado. Al revés de Azorín, que se abstrae y en espíritu permanece ausente de su interlocutor (en ocasiones incluso escribiendo hace estos mutis), Cansinos anima el diálogo, busca el "clinch" íntimo, la trabazón de ideas y de sensaciones. Sabe escuchar, arte mucho más difícil de lo que se cree, pues su atención dúctil en extremo permite que el espíritu que tiene delante adopte la postura más cómoda para despacharse. Pero sobre todo interpreta, posee la virtud de escurrirse alma adentro, insensiblemente, con ese golpe hábil y exacto que es el secreto de los dentistas para extraer raíces sin dolor, raíces de la vida emocional, hincadas en su lecho legamoso y profundo. Frente a Cansinos, traductor máximo de cuanto idioma existe, uno se siente un libro íntegro de erratas sin defensa y se experimentan deseos de cortar nuestros ademanes como se cortarían las amarras de un buque para que no sirvan de acceso furtivo a los agentes de la epidemia escritora: sutiles miradas y preguntas que expugnan el dominio del espíritu como los temibles roedores deslizando por los cables se cuelan a bordo. Pero en Cansinos hay un exceso y desprevénido hombre bueno (bondad de esencia cuya expresión más acendrada hallase en la miga sensible que informa su pauta del crítico ejemplar) y ese fondo que a cada instante afluye a sus labios en la alabanza caudalosa, es lo que sobre todo empuja la admiración del recién llegado junto a él. Más adelante ha de verse cómo esta efusión, cuyo diafragma abrese con facilidad, inspira recelo en orden a sus juicios críticos. Cansinos es un magnífico conversador de charla fluida, pulposa. Sabe destrenzar los temas sin que los tientos enmarañados de los nudos de ideas lleguen a imponerle esfuerzo alguno. El pendiente de la sonrisa, que no se separa nunca de su palabra, contribuye a darle a sus juicios, incluso los desfavorables y las opiniones de contrapelo, una eficaz ligereza áerea. Pero no es menor el alcance de sus punciones irónicas sobre un autor o un libro. Aunque tales salidas de tono contraen muy raras veces sus labios, espumantes por lo común de elogios, como queda dicho, recordará siempre el tatuaje grotesco que en mi presencia dibujó Cansinos al dorso de más de un prestigio literario. Agudezas libradas al capricho del arabesco y del buen humor son esas "charges" cuya intención no dura más que los croquis hechos en el café sobre el mármol de las mesas.

III

—¿Qué opina del aumento de producción literaria en España? —Examinada la actividad editorial en bloque sin dividirla ni entrar en particularidades, es un saludable exponente, no cabe duda—me responde Cansinos—. Ahora se está observando entre nosotros un desapoderado afán de traducir cuanto obra logra algún éxito en el extranjero. —La bibliografía en España ha sido siempre pobre en punto a traducciones buenas. Hasta el presente los libros franceses e italianos han venido supliendo esa deficiencia de tratados técnicos, especialidades de materias cuyo estudio resultaría impracticable para los que sólo poseen el castellano. —En rigor, creo sin embargo que nunca puede ser pernicioso el incremento de traducciones hechas con fines culturales. Por el contrario, merecen auspiciarse sin excepción. Sólo que en lo atañedor a América especialmente, ese trasiego de obras al castellano no rendiría el fruto que debe, si no nos sirve de estímulo —y de alerta también— la difusión lograda allá por el clásico libro de tapa amarilla, cuya propaganda saben hacer tan hábilmente Grasset, Pion, la N. R. F., etc. —A lo mejor, a los editores españoles, en virtud del comercio frecuente que tienen con los intelectuales, se les ha aguzado

POR
LUIS EMILIO
SOTO

el espíritu crítico que es el signo de nuestros tiempos y en consecuencia dudan ahora de la originalidad de los nuevos literatos peninsulares... Mucho me temo que estos mismos, o al menos los que se "inspiran" demasiado allende las fronteras, tengan la culpa de que los editores prescindan de ellos prefiriendo dar a la publicidad traducciones desembosadas... ¿Quién sabe si no les han descubierto el camino que ambicionaban! ¿Qué opina Vd. Cansinos? —le pregunto sonriendo.

—Acaso haya en eso menos paradoja de lo que Vd. supone... Pero los casos aislados, por muchos que sean, no cuentan para establecer una apreciación de conjunto. Al lado de los "escri-



RAFAEL
CANSINOS - ASSENS

tores" duchos en el acarreo de materiales de otras literaturas, injertos o zurcidos que un día salen a luz, no se puede negar que forman legión los que prolongan su aprendizaje indefinidamente convencidos de que el arte literario es una de las más complejas y severas disciplinas del espíritu. De ese noviciado que comprende claustrales abstinencias, surge a la vuelta de múltiples ejercicios de perfeccionamiento interior la más fecunda de las normas, el sentido de "élite", de ponderación, de calidad. Felizmente en España suman un buen número los ingenios jóvenes que en esta hora se adiestran con arreglo a ese sistema ceñido y riguroso.

—Es el equipo ultra que representó a España en las olimpiadas del vanguardismo? —Hablar de equipo significaría excluir a poetas y escritores nuevos cuyo sentido de la vitalidad rebasa el ámbito de los estadios, desde que sus formas de expresión son múltiples y, por otra parte, obligaría a reconocer la misma eficacia por el solo hecho de haberse afiliado a la novísima estética. Conozco innumerables elementos en quienes repercutió hondamente la conciencia del arte de vanguardia, ondas vibratorias que percibieron todos los que estaban con el oído interior atento al ritmo de nuestra época y, sin embargo, tales escritores no militaron ni militan en las filas de aquel "equipo" ni de ningún otro.

—¿Usted podría expresar en síntesis el resultado de las aportaciones ultraicas?

—En mis dos últimos libros de crítica, "La evolución de la poesía" y "La evolución de la novela", he trazado una reseña de ese movimiento. Me he evadido allí del esquema o cuadro de clasificaciones que le da a los manuales literarios una ticsura magistral, y en cambio me propuse dotar de una proyección cinematográfica al desfile de figuras y obras que inauguraron la jornada ultraista. A través de ese espectáculo que copia deliberadamente el desorden vivo en medio del cual se desarrollan siempre las aseasonadas renovadoras, el lector puede hacerse cargo del advenimiento de la nueva estética desde su génesis tumultuosa hasta nuestros días, pues asiste a todas las alternativas de ese proceso literario.

—No cree, Cansinos, que su actuación capital en esas luchas le haya restado objetividad para historiarlas?

—Yo he dicho que la crítica toma el sentido de un arriesgado abrazo de fraternidad y se convierte en un acto de excelsa simpatía, y también que el crítico es un espiritual incubador que prodiga su calor íntimo sobre el nido de la creación artística de los demás, aplicándose a vivificar sus álveos. Tal profesión de fe está suficientemente almenada como para defenderme de los que atribuyen a la crítica un invariable papel subalterno, lesivo siempre para la creación de arte, pero no se me oculta, en cambio, la filtración intersticial que ofrece esa misma teoría. Es el consabido cargo que mueve en todas partes la crítica impresionista. Subjetivismo se dice con gesto displicente, no de otro modo que cuando se desbarata un castillo de naipes de un papirotazo. Por lo demás, ni las siluetas de los epígonos ultraicos ni la estructura conceptual aneja a sus nuevas orientaciones, temas estos que ocupan varios capítulos de mi obra ya citada, responden allí a otro fin que el de dar la más acabada idea de ese movimiento literario, cuya fertilidad más depende de sus proyecciones que de sus conquistas cabales y concretas, propiamente hablando.

—Se ha dicho que Vd. había renegado de esas tendencias. ¿Es verdad tal cosa?

—También eso se ventila con acopio de referencias y pruebas documentadas en los dos volúmenes de crítica antes aludidos. Cada vez que abordan este tema en mi presencia tengo que remitirme a ellos. Y no es por que haya escrito allí alegato alguno, litigio que me trae sin cuidado por otra parte, en abono de mis aportaciones inaugurales al movimiento ultra. Como ciertos papeles oficiales y timbrados, vistos al trasluz revelan un escudo o una cifra impresa, puestas también al trasluz ideal las semblanzas que tracé en aquellas páginas, descubren la mía con tanta nitidez como sea capaz de percibir la sagacidad propia de cada lector. Contribuí a instaurar entre nosotros el credo ultra en 1913, que como impulso provenía de Francia, con la plenitud de fervor que desde los archivos siguen proclamando las colecciones de diarios y revistas de entonces y cuyo eco, desafiado entre el fragor de polémicas sin cuento (lo cual por sí solo es un testimonio insuperable de acción), está presente en todos los comentarios que de alguna manera se relacionan con aquel momento inquieto de nuestra literatura. Mi actitud posterior guarda estricta consecuencia con los postulados esenciales sobre cuyos cimientos se irguió la nueva estética. Entonces nuestro furor iconoclasta irritábase con la inercia o postura sedentaria del modernismo senil. Polarizaba nuestras pesquisas y escarceos una nueva conciencia lírica, ayuna de fórmulas convencionales, por supuesto, e inconfundible como expresión de la sensibilidad cómica que con la mudanza de valores despertó nuestro tiempo.

¿Cuál fué la suerte de aquel movimiento renovador? Nadie la ignora: las filas ultraicas cada vez se hicieron más ralas y al desnitrarse el cuerpo, que era su representación, quedó un grupo en pie sobre el puente de la nave ya casi cubierta por las aguas. La falta de vitalidad convirtió al ultraísmo en un

baz de teorías enjutas, y la intención, dinámica al principio, al cabo de un tiempo envaróse, hizose académica. Hoy hasta los gacetilleros de provincia emplean su recetario... ¡Si esas son las llamadas nuevas tendencias, reconozco que he renegado de ellas!

IV

Varias veces al anochecer traspuse el Viaducto rumbo a la casa de Cansinos. A esa hora comienza a reunirse el concilio de sombras que preside el aquilarse de la calle Segovia, cuya cuenca vista desde el Viaducto es una boca de lobo. Sólo entonces el alma en pena que erra a través del barrio de la Morería se asoma a los vetustos portales de cuarterones desconchados y recia argolla de llamador. Al trepar por la escalera, mal alumbrada por una luz amarillenta, recibíame familiarmente el fuerte tufo de humedad que despiden las paredes trasudadas, ese olor a moho que se pega a los trajes y que sólo quitan los limpiadores a golpes de lucha japonesa.

La habitación donde trabaja Cansinos es estrecha y da la impresión de serlo más todavía en virtud del diluvio de libros que contiene. Sobre el pequeño escritorio, encima de las sillas, agrupados en los estantes, formando pilas que se sostienen entre sí como rodrgones, en fin, las grutas mallorquinas del Drach reconstruidas en un cuarto con rimeros de libros. Como aquel erudito de que habla France en el prólogo de "La Isla de los Pingüinos" y el cual desaparece en el torbellino de papeletas que inunda su despacho, me veía naufrago en un presunto aluvión de libros. Cansinos se interna en esa selva o mina hecha con galerías de papel y hurga hasta dar con el volumen que necesita. Con las mangas del saco todavía sucias de polvo, me dice:

—Por más que leo, es imposible dar abasto con la cantidad de libros que me llegan de América. Día a día se van acumulando hasta formar la montaña que Vd. ve. De allá recibo envíos a granel, diarios, revistas, etc. Sólo así, es la verdad, se puede estar al corriente de una producción tan vasta, y la cual, por mi parte, estoy siguiendo con un interés sin límites.

En efecto, Cansinos es uno de los pocos críticos españoles que más información posee sobre cosas de América y nuestras en particular. Con la mayor familiaridad baraja los nombres argentinos de más fuste literario, no sólo dentro de su difusión continental, sino incluso los de aquellos cuya longitud de onda no abarca más que un breve sector de público. En el tomo III de su obra "La nueva literatura", primero a propósito de la Antología de Julio Noé y luego la de Vignale y Tiempo, ha pasado revista a un buen número de autores de aquí, consagrandoles individualmente agudas apostillas críticas, y sorprende en más de una ocasión la exactitud de sus comentarios, teniendo en cuenta que es una simple pieza antológica es un elemento de juicio insuficiente. Ese rápido inventario de la novísima lírica denota que Cansinos Assens, consumado conocedor de las literaturas más exóticas, puede hablar como un baqueano de la nuestra, ríscosa y

(Continúa en la página 31)

CREDITOS

ARTICULOS
PARA
HOMBRES, SEÑORAS,
NIÑOS Y NIÑAS

ZABALA
= BAE MITRE + ESMERALDA

LA MUJER Y EL BRIDGE



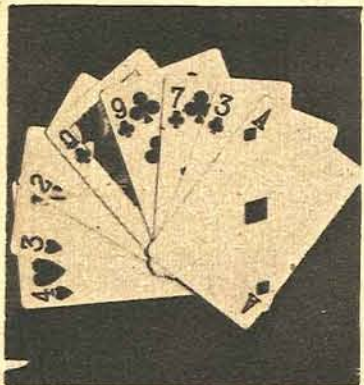
ESDE hace unos cuantos años las señoras han hecho del bridge el juego de su predilección, y día a día se multiplican las aficionadas que, haciendo un paréntesis a sus tradicionales ocupaciones, incorporan con fervoroso entusiasmo este entretenimiento a sus actividades sociales. No creo que haya habido en tiempos pasados o exista en el presente otro juego con tanta fuerza de seducción para el ingenio femenino, hasta conseguir alejarlo por momentos de sus agradables charlas sobre modas, teatros, fiestas y miles de diarios incidentes mundanos.

He asistido algunas veces a reuniones sociales dedicadas al bridge. Ultimamente, en una de ellas había seis mesas en un salón, y en su mayoría las jugadoras eran señoras. No hay duda de que se hacían oír, y el bullicio era grande, pero en la confusión de voces que comentaban sólo se alcanzaba a oír: "¡dos diamantes, tres piques, fineza, muerto, salida, etc.!"

Porque en la mesa de bridge las señoras no tratan otra cosa que bridge, y toda frase escapada en algún intervalo que no se refiera al juego sólo tiene el carácter de una rapidísima información, sin mayores consecuencias, para entrar de lleno y sin pérdida de tiempo en el laberinto de declaraciones y dobles.

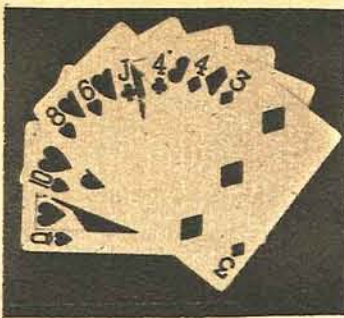
En general, las señoras concentran su atención en proporción directa con el caudal de amor propio que llevan a la partida, y éste es inmenso cuando juegan entre ellas, e incommensurables cuando lo hacen con señores.

Dentro de una aparente, modesta y delicada sumisión a toda observación masculina, tienen el convencimiento y la seguridad de su capacidad más o menos justificada, y experimentan un placer inmenso cuando triunfan en difíciles lides contra adversarios acreditados como buenos jugadores. He seguido paso a paso muchas partidas en que las parejas se hubieran privado de un



último modelo, creación del mejor artista parisiense, con tal de llegar a un ruidoso éxito.

Una distinguidísima dama, eximia jugadora y segura de sí misma, me decía que, en cierta ocasión, con el propósito de hacerle un elogio sobre su dominio del juego, una amiga y admiradora no había encontrado nada mejor que decirle: "Juega como un hombre". Su respuesta fué espontánea: "¿Acaso los hombres tienen el monopolio de saber bridge o el ser hombre implica jugar bien?". Sin duda alguna, la comparación no había llenado su propósito y, por lo contrario, sólo consiguió la reacción justificada de una buena jugadora que había visto



Se juega Sin Triunfo.

Sur tiene la mano.

Norte y Sur hacen siete de las ocho bazas contra cualquier defensa de Este y Oeste.

EN LA EDICION DE MANANA PUBLICAREMOS LA SOLUCION DE ESTE PROBLEMA



malos jugadores, a pesar de ser masculinos. ¡Si al menos se la hubiera comparado a un hombre que jugara bien!

Conozco señoras que juegan

LEON CASABAL

a la perfección y que podrían enfrentarse, sin desventaja, con los mejores jugadores de nuestros grandes clubs.

Entre hombres es muy común encontrar eximios carteadores que resultan al mismo tiempo detestables declaradores. Las señoras son, en general, mejores en el remate y más prudentes en el carteo.

Cuando son declarantes y maniobran con dos juegos, sa-



ben hacer exhibición de su ingenio, pero son pesimistas cuando hacen la oposición, y doblan muy rara vez.

Lo que creo es que las señoras tienen inclinación a inmiscuir una gran parte de azar en el bridge, sin darle apariencia de juego interesado. Es así como han adoptado un "plafond" que resulta realmente todo un "plafond", a base exclusiva de buena suerte.

En el bridge contrato debe haber relación de equivalencia entre la marca de arriba y el premio a la ganancia del partido. Si hay desequilibrio a favor de los honores se hace un juego rudimentario, con obligación de sujetarse a una prudencia excesiva. Tal resul-

ta el que han adoptado las señoras y que llaman gran Beaulieu, muy de acuerdo con su característica prudencia, pero donde hay que confiar en absoluto en Doña Fortuna.

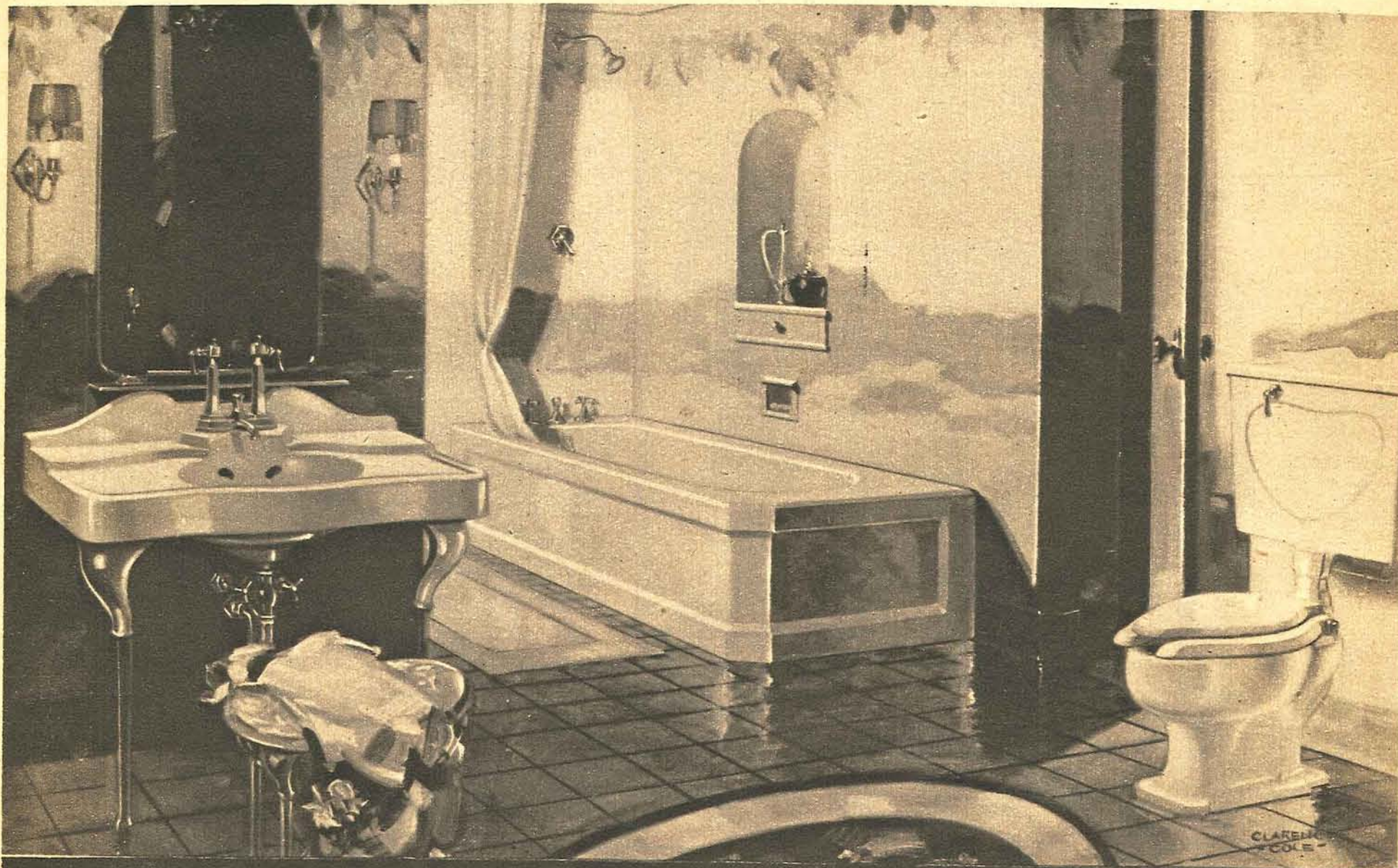
Las señoras son ecuanímes para soportar animosamente las rachas malas y conducirse con moderación en las buenas. No pierden la serenidad, al menos aparentemente, ante una mala jugada, y saben dominar sus nervios.

Pierden y ganan con elegancia. Tienen voluntad para abstraerse y dedicarse al juego cuando quieren y les resulta interesante: aun con pocas armas, juegan con atención y cuidado. Y, en general, si les toca perder no es, jamás, por inadvertencia o espíritu temerario, tan propio de los caracteres masculinos.

En resumen, el bridge es un campo propicio para las actividades femeninas, donde se distinguen y deben sobresalir, pues tienen las condiciones necesarias... rectitud, justeza y prudencia.



Algunos muebles modernistas son prácticos y decorativos en una habitación para los jóvenes de la casa. Esta mesa tiene espacio para libros o revistas y es de buena altura para poner al lado de un sofá o un sillón.



"Standard"
Artefactos Sanitarios

Standard Sanitary Mfg. Co.

EXPOSICIÓN PERMANENTE
CORDOBA 817 - 1ER. PISO BUENOS AIRES

la pagina de femina

una mañana de invierno



EL CONJUNTO DE TWEED

LAS elegantes demuestran una marcada preferencia por el tweed beige y marrón. No hay nada más práctico para viaje y para sport, ni de más bonito efecto para trajes de mañana. En estos modelos el ruedo se da vuelta y se respuntea, lo que le presta el "allure" necesario para un conjunto práctico; o se termina con un punto de festón grande y espaciado, en lana en el tono, combinándose perfectamente ya sea con los pull-over en jersey liso o con la blusa de lencería. Señalo, de paso, que la parte superior de los conjuntos se usa ahora más oscura que la inferior, significando que un chandail marrón estará más a la última moda sobre una falda beige y marrón que un jumper beige. Hay una infinidad de pequeños detalles que diferencian a la perfecta elegante de aquella que sólo está bien vestida. Con el conjunto de tweed es indispensable llevar cartera y sombrero de lo mismo. Actualmente se hacen preciosas carteras forma sobre, en tweed respunteado con ribete de cuero y sombreros de formas muy sencillas.

A pesar de que la estación de las lloviznas ha sido muy benigna, este año hemos vuelto a ver los impermeables elegantes. En realidad son menos numerosos este año que los anteriores, pues los ha reemplazado el traje impermeabilizado. ¿Será más práctico éste que el otro? En mi perplejidad, dejo la cuestión para resolverla al gusto de cada cual.

El traje impermeabilizado se compone de una fal-

da abierta, cruzada adelante, que se prende con broches de presión y que cubre la falda estilo sastre. Una chaquetita estilo sport en la misma tela se ajusta con un cinturón chato. Al pasar el chubasco, aunque el tiempo no sea muy seguro, la falda se desabrocha rápidamente, pudiendo dejarse la chaqueta sobre los hombros. Una gran casa ofrece con este conjunto una cartera sobre, del tamaño de las carteras comunes, donde se lleva la falda doblada, suprimiendo de ese modo la incomodidad de llevar el impermeable en el brazo.

MARTINE RENIER.

(Redactora en jefe de la moda de "Femina")

Abajo: Tapado levitón en tweed, ligeramente ajustado al talle con un recorte en forma de cinturón; sombrero de lo mismo, adornado con una pequeña pluma "cousteau" colocada hacia adelante. La cartera es de lo mismo. A la derecha, tapado de lana gruesa amarilla, que se usa con una boina de fieltro flexible, amarilla, toda adornada con respuntes



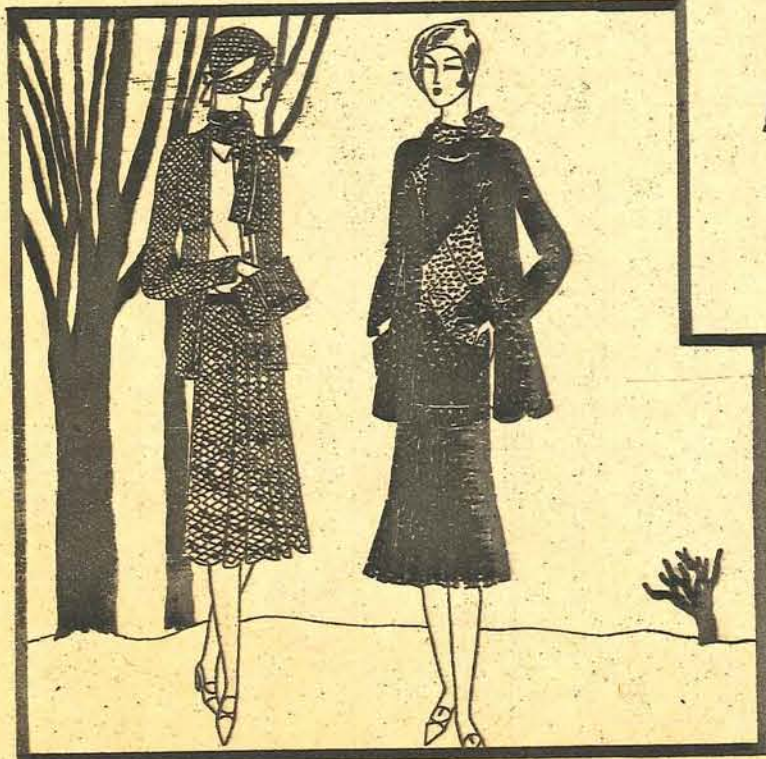
LA ULTIMA PALABRA DE LA MODA EN PARIS

CON el traje de mañana en tweed es indispensable llevar sombrero y cartera de lo mismo. Reboux forra sus sombreros en lana, en seda façonné, de manera que el sombrero deje ver el reverso del ala levantada.

Es de muy buen gusto llevar la cartera y echarpe igual al reverso del sombrero; es un conjunto de mañana de una elegancia sobria, completamente parisiense.

Se ha inventado un paraguas plegadizo que se lleva en una cartera de cuero de tamaño cómodo, para guardar en la valija del week-end, si el tiempo parece inseguro.

Arriba: Conjunto de tweed marrón, de mañana, compuesto de una falda en forma de una gran capa también en forma, ajustada a los hombros, adornada con un cuello en antilope y con un chaleco cruzado en antilope marrón. La boina y la cartera son mitad en antilope y mitad en tweed; el echarpe es en kasha amarillo fuerte. Estos conjuntos, que sirven igualmente para viaje, son la última palabra de la moda para el traje de mañana, tanto en la ciudad como en el campo



SUSANNE TALBOT



JEANNE LANVIN

PLAZA ATHENEE

PARIS

Californie Palace
(Palacio de California)

CANNES

HOTEL DEL LOUVRE

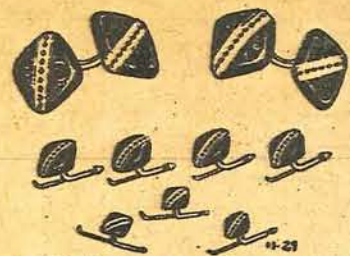
Plaza del Teatro
Francés

Dirección telegráfica
"LouvreTel Paris"

LOS HOTELES DE PARIS

SE dice frecuentemente que París es la capital del mundo. Así parecería, a juzgar por el número de extranjeros, cada vez mayor, que vienen a visitar a la gran ciudad y quedarse en ella. Por lo tanto, la cuestión hotel toma cada día mayor incremento; en todas partes se inauguran suntuosos palacios, hoteles cómodos, donde encuentran los viajeros de ambos mundos comodidades y bienestar. Se abren caminos nuevos, en los cuales se levantan grandes hoteles; todos los barrios se pueblan igualmente de lujosos palacios, listos para acoger a nuestros huéspedes de pasada. Hemos pensado que seríamos útiles a nuestros lectores abriendo aquí una pequeña rubrica, donde encontrarán informes útiles y algunos de los nombres de los mejores hoteles.

MODAS MASCULINAS POR ADOLPHE MENJOU



YA que el traje de etiqueta vuelve a usarse nuevamente, serán oportunas algunas observaciones sobre los zapatos para usar con ese traje.

Este traje se abandonó durante la guerra y ha pasado algún tiempo antes de volver a usarse.

El escaquin de charol se usa con frac y en los bailes.

En Inglaterra, el Oxford de charol lleva a veces una puntera que preserva la forma del zapato.

Se exhiben muchos botones de camisa y gemelos nuevos. Se usa el lapizlázuli, jade, zafiro y otras piedras de color para el traje de diario.

La ilustración nos ofrece un juego muy elegante de botones de chaleco en ónix con brillantes engarzados en platino; es una bonita combinación para aquellos que deseen estar muy correctos.

Con trajes de etiqueta quedan muy bien uno o dos botones de perlas o combinaciones de piedras preciosas con gemelos haciendo juego. Si se usa un solo botón será una perla o un bo-



ADOLPHE MENJOU

tón de joyería; una piedra preciosa sola o rodeada de brillantes; hay muy lindos modelos en que elegir.

Ya que el smoking forma parte de todos los guardarropas, algunos exclusivistas han vuelto al frac. Durante mucho tiempo el smoking se usaba para cualquier ceremonia, pero ahora se pone mayor atención en estar correctamente vestido. El modelo que ilustramos de-



ja la pechera de la camisa bastante a la vista, con solapas algo altas. Se presta una atención preferente al chaleco. Es un modelo recién llegado de Londres, y sienta a casi todos. Se ha pasado un buen espacio de tiempo sin decidir si el chaleco debería ser blanco o negro, pero ahora se ha llegado a la conclusión de que es más elegante el blanco; en Londres siempre se ha considerado más correcto. Algunos sastres emplean para la noche el azul muy oscuro, que de noche parece negro, pues dicen que da un tono más favorecedor que el negro.

La camisa de pechera grande es muy cómoda; la pechera almidonada da mejor aspecto y le queda mejor el cuello.

En este tipo de camisas es preferible el efecto de rayas cruzadas; con éstas vienen generalmente dos cuellos, pero es preferible usar siempre el tipo preferido por cada cual.

Este tipo de camisas se usa también en colores y diseños diversos; a medida que aumenta su boga disminuye la de los cuellos blandos.



DIVERSAS GRANDES "MAISONS" HAN CREADO NUEVAS ELEGANCIAS

MADELEINE Vionet, a quien fué concedida la Legión de Honor, por la parte principalísima que le corresponde en el adelanto de la alta costura parisienne, nos ha dado una nueva prueba de su talento. En sus trajes de noche el talle está en su línea normal, pero el vuelo empieza en las caderas, aunque se suele recoger en un costado con un corte que es una maravilla de técnica.

Louise Boulanger, que tiene sentada en todas partes fama de genial, ha creado modelos de un tipo muy diferente.

Le encantan los pouffs voluminosos de la época de 1880 y los emplea en pequeños efectos de polisión con largas draperies flotantes. Sus modelos de noche son regiamente aristocráticos. Sus telas preferidas son el tafetas y la faya. Tiene la especialidad de las coques, que maneja con mano maestra.

Lauvin tiene dos tipos de modelos en su colección; sus célebres trajes de estilo y vestidos muy ajustados en satén blanco que siguen la línea del cuerpo. Lelong sigue con el talle largo y las draperies flotantes; algunas de éstas parten del escote. Prefiere colocarlas en la espalda, y sus vestidos en tul con volados detrás, son de una ligereza encantadora; usa el color violeta, un tono que no se ha visto desde hace algún tiempo para trajes de noche.

Madame Jenny, cuyo estilo es tan individual, tiene un modelo en encaje dorado, forma princesa, que ha llamado mu-

chísimo la atención. Debajo de las caderas salen largas quillas de tul, cuyo número aumenta adelante, terminando en una verdadera cascada de tul dorado.

La Grande Saison de Paris es muy brillante este año y en ella se observa algo de la magnificencia de la anteguerra.

Hay una variedad infinita de siluetas y de telas que han creado una nueva elegancia, haciéndola más personal e individual. No todas pueden usar los suntuosos modelos nuevos con efectos de cola; pero, para quienes tengan un porte majestuoso, y por lo tanto sepan llevarla, nada es más sentador.

Se ha dicho con razón que hoy hay un modelo para cada persona; sin embargo, la silueta puede distribuirse en tres o cuatro grupos generales con variaciones dentro de los mismos. Los modelos de noche de Patou fueron aclamados en Cannes, cuando aparecieron en la "soirée" de gala de Ambassadeurs, y en las fiestas de Paris han aparecido modelos muy distinguidos de esta casa. La línea de Patou es admirable. Los vestidos son muy largos, ajustados al cuerpo y con mucho vuelo debajo de las rodillas. El largo está colocado ya en la espalda o todo alrededor por medio de puntas o draperies. El tul, que al parecer no se presta a esta línea, se emplea hábilmente en franjas o en dobleces anchos. Se hacen modelos realmente estupendos en mousseline de soie imprimé.

SILVESTRE DORIAN

YARDLEY'S

LONDRES — PARIS — NEW YORK

Los perfumes de más alta calidad fabricados en Inglaterra.

— GARANTIDO IMPORTADO —



Frasco chico... \$ 3.20
" mediano... 4.20
" grande... 7.50



Jabón para afeitar, con estuche de vidrio y tapa de metal dorado, a \$ 1.70



TALCO LAVANDA \$ 1.60



Finísimo polvo para la cara, colores Rachel, Natural y Blanco, a 4. pesos



El jabón más caro, pero el más puro, cada uno, \$ 1.80

YARDLEY'S
Old English
LAVENDER
(LAVANDA)

IMPORTANTE

Si su proveedor no lo tuviera, pídale a sus únicos representantes

W. Smithy Cia.

SAN MARTIN Y TRES SARGENTOS - BUENOS AIRES -

CATEGORIA SENTIMENTAL DE LA VELOCIDAD



Los hombres han vivido tratando de explicarse ellos mismos y las cosas que los rodean, empecinadamente, con la curiosidad de quien se asombra al encontrarse, de pronto, en un lugar desconocido o insospechado.

A esa averiguación, semejante al tanteo de un hombre que trata de ubicarse en una pieza oscura, se le llama filosofía. Palpamos las verdades, conociendo algunos de sus aspectos, pero ignorando la verdad total, como un ciego puede apreciar el tamaño de un objeto sin tener el completo conocimiento humano del mismo. Nos falta una luz o una capacidad para ver, según sean irresolubles algunos problemas filosóficos, o nosotros incapaces de resolverlos.

Actualmente hemos llegado a la jubilosa comprobación de que aun está por comprobarse esa incapacidad. Hemos comprendido que, a través de los siglos, el hombre buscó esa verdad absoluta con perseverancia e inteligencia, pero, precisamente, en los sitios donde jamás podría encontrarla. Hemos vivido buscando la verdad o delante o detrás de nuestros ojos, como si el cuerpo fuese un límite y no una continuidad.

O se sojuzgó el raciocinio a la experiencia, o se hizo todo lo contrario, pero en ambos casos con igual torpeza. O se ha buscado la verdad detrás del silogismo o bajo la lente del microscopio. El idealismo y el positivismo siempre han creído estar separados por la piel, como si la carne fuese una muralla que limita mundos de distinta naturaleza.

La cooperación de ambos sistemas determinó el primer paso real dado por los hombres en su afán de explicarse a sí mismos y a las cosas que los rodean. Porque esa colaboración dió el verdadero tamaño de ambos elementos de investigación. La insatisfecha curiosidad trascendente comprobó la relatividad de la verdad humana. Y la verdad humana corrigió, ya en el ánimo colectivo, la jurisdicción de la fe, asignándole todo lo que será o no será del hombre cuando abandone el lugar que le corresponde dentro de esa escala cuyas progresiones, formidables en ambos sentidos, hemos vislumbrado detrás del microscopio y del telescopio.

Es decir que hemos aprendido a valorarnos con justeza, asignándole su verdadero tamaño a nuestra grandiosa pequeñez. Y el resultado ha sido mágico: ahora tenemos probabilidades de saberlo todo.

Ya hemos modificado el destino que nos condenaba, eternamente, a conocer un pedazo del mundo. No sólo fuimos capaces de descubrir nuestra insignificancia, sino que hemos logrado torcer ese destino, del cual jamás se pudieron liberar los hombres, y al cual ni siquiera conocieron.

Ahora podemos ver y oír lo que se hizo para otros ojos y otros oídos que no fueran los nuestros, o que se hizo, lo cual sería más sublime aun, para que jamás fuera visto ni escuchado.

Ahora, con el descubrimiento de los rayos ultravioleta e infrarrojo y de las ondas hertzianas, hemos empezado a conocer otros pedazos del mundo.

Ahora es posible que descubramos nuevas formas y que algún día lleguemos a presenciar el verdadero espectáculo del universo.

Y que algún día lleguemos hasta Dios.

Es esa nueva orientación de las investigaciones ha determinado la iniciación de una época tan fundamentalmente distinta de

las anteriores, que toda la historia de la humanidad forma un solo ciclo en anteposición al que comenzamos a vivir.

A pesar de sus diferencias, en todos los ciclos anteriores las renovaciones o simples cambios se redujeron a combinaciones de elementos determinados. Ni el paganismo ni el cristianismo, las dos etapas más nítidas en la evolución de la humanidad, fueron totalmente originales, puesto que constituyeron exaltaciones de sentimientos eternos en el alma de los hombres.

Esa es la diferencia fundamental que, sobre todas las divisiones, marca los dos ciclos máximos de todo lo pasado frente a todo lo porvenir: antes el alma modificó a la realidad.

Ahora la realidad comienza a modificar el alma.

Comprobada históricamente la primera afirmación, a través de las distintas interpretaciones de la misma realidad, falta demostrar que hemos comenzado a vivir la novísima era en que los hechos modifican el espíritu de los hombres.

Es indudable que la vida constituye un panorama demasiado vasto para que pueda ser apreciado, contemporáneamente, en su totalidad. Ocurre con las épocas lo mismo que con los cuadros de grandes dimensiones, a los cuales es imposible ver totalmente cuando se los tiene demasiado cerca. Los pasos hacia atrás que procuran la distancia necesaria para abarcar todos sus detalles son mucho más difíciles de darse con respecto a las cosas que se llega al momento desde el cual el tamaño de los grandes sucesos contemporáneos permittiendo ya históricos.

De ahí que no se haya apreciado aún la incorporación de la velocidad a la vida colectiva. Ello constituye un suceso demasiado grande para que pueda ser comprendido en su total importancia. La largura de nuestras vidas, ante su proporción, es demasiado corta para procurar la distancia necesaria. Daremos de espaldas con la muerte, y aun estará demasiado cerca, para ser apreciado íntegramente el acontecimiento que constituye la incorporación de la velocidad a la vida colectiva.

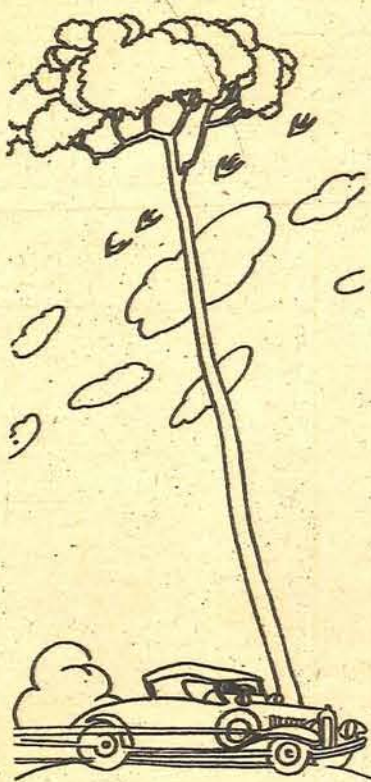
Su significación traspasa los límites que se le asignan actualmente a través del criterio deportivo. Porque, en efecto, ese es el único sentido que se tiene de ella en la actualidad. La velocidad se avalora en número de kilómetros o en fracciones de segundo, que es lo mismo, puesto que velocidad es la distancia que se recorre en cierto tiempo o el tiempo en que se recorre una distancia. La costumbre, para medirla, ha preferido la fórmula de tantos kilómetros por hora a su equivalente de tantas horas por kilómetros.

Esa valoración es pobrísima e injusta. Reducir el significado de la velocidad a una relación puramente matemática entre el tiempo y la distancia, es apenas nombrar su estructura, enumerar sus elementos constitutivos, pero ignorar en absoluto su verdadero significado, por la misma razón que hace imposible apreciar a un hombre, conocer a un hombre, leyendo los datos de su filiación.

Y eso es lo que se ignora: el espíritu de la velocidad, su función sentimental, su valor humano, infinitamente más importante que los deportivos del record y de la performance.

A lo sumo, se le concede categoría de sensación. Y la velocidad es más que una simple sensación. Es un elemento que ha modificado las emociones y corregido los sentimientos, y que ha llegado hasta el alma

POR
S. PONDAL RIOS



de los hombres, puesto que les dió una nueva perspectiva del mundo y de la vida.

Como que ha modificado el concepto humano de tiempo y de distancia, al agrandar los días y al achicar la tierra.

Nadie ignora que la verdadera medida de la distancia es el tiempo que se tarda en recorrerla. Hasta el hombre menos emotivo siente el espacio de esta manera. Sólo un espíritu sumamente frío concede más importancia a los kilómetros que a los días que separan a los hombres. Esta verdad se hace evidente suponiendo el caso de un hombre a quien, en un lugar lejano, se le muere un ser querido. Al partir a su encuentro, jamás pensará en los kilómetros que deberá recorrer, sino en los días que tardará en llegar.

Si la medida humana de la distancia es el tiempo que se tarda en recorrerla, entonces la velocidad ha modificado la medida del mundo. ¿Cuántos años habría durado la vuelta a la tierra para las embarcaciones de los fenicios? ¿Cuánto tardó Colón para llegar desde Europa a América? ¿No fué de años, para El Cano, la medida del mundo? Ahora se marcha más rápido y, por lo tanto, todo está más cerca. La velocidad ha realizado el milagro de modificar, para los hombres, un aspecto del mundo que se hizo para que permaneciera eternamente inmutable frente a ellos. Ha realizado el milagro de modificar un elemento permanente, como fué durante siglos el espacio. La velocidad ha achicado el mundo.

Ahora el mundo mide menos días.

Y ha modificado el tiempo para el viajar, que es, como el amar, una de las formas más intensas de vivir. Ahora la vida dura más leguas. En cierto aspecto, la muerte se ha alejado un poco.

Es decir, que la velocidad ha operado un cambio en dos elementos fundamentales del espíritu, tan fundamentales que, al ser modificados, repercutieron en las otras emociones primarias del alma. No solamente dió una nueva perspectiva del problema sexual y del problema económico, sino que procuró a los hombres un nuevo punto de vista tan general que hasta modifica la interpretación de los acontecimientos más insignificantes.

Bastaría señalar, dada su trascendencia, la forma en que

ha obrado sobre los dos grandes problemas del hombre. Económicamente, su influencia ha determinado el espectáculo admirable de los Estados Unidos, país donde la velocidad, en sus distintas expresiones de traslación, producción y ritmo de vida, ha sido asimilada colectivamente hasta convertirse en una costumbre popular. A ello se debe la conquista estupenda de la América del Norte, que alcanza para enorgullecer al siglo, puesto que representa el logro, perseguido infructuosamente a través de la historia, del elemento que faltaba a los hombres para ser realmente libres: la independencia económica.

Y nadie ignora que ningún país tiene un "standard" de vida siquiera comparable al del pueblo norteamericano. Ese principio de resolución de uno de los problemas más profundamente humanos ha sido definitiva y acertadamente atribuido al factor que ya señalamos: la máxima utilización actual de la velocidad, en sus distintas expresiones, en la vida colectiva. Faltaba señalar que la rapidez de traslación, la "standardización" de la producción y el ritmo de la vida colectiva son nada más que distintos aspectos de un elemento admirablemente asimilado: la velocidad.

En cuanto a su repercusión en el problema sexual, ella resulta evidente a través de este ejemplo: el amor de dos personas, separadas por una gran distancia hoy y hace cien años. En aquel tiempo la distancia podía dar carácter de tragedia a un cariño feliz. Si suponemos a esas personas situadas en los antipodas, la lentitud con que se marchaba en aquella época unía la idea de la muerte a la imagen de la distancia. Todo podía suceder, y de allí el espanto al misterio, mientras

transcurrían los muchos días necesarios para reunirse. Es decir que la distancia, el tiempo que se tardaba en recorrerla, incorporaba una característica especial, un conjunto de sensaciones y de emociones a lo que es, en principio, en abstracto, el sentimiento puro del amor.

Actualmente, dos personas en las mismas circunstancias no sienten en la misma forma. Si en ambos casos el afecto y los kilómetros son idénticos, la diferencia de la velocidad en esta forma debe atribuirse a ese acercamiento en el tiempo que es la velocidad. Si antes estaban separados por un año, espacio en el que se justifica la suposición de lo inesperado, ahora a los amantes del ejemplo los separan quince días, término demasiado cercano, donde no cabe el misterio. Esa influencia de la velocidad en esta forma del sentimiento puede comprobarse leyendo los antiguos relatos de despedidas. La dramática de aquellas, explicable, dadas las circunstancias que he enumerado, al comparársela con la sencillez de las actuales, haría suponer que el sentimiento del amor es menos intenso en nuestros días. No hay tal enfriamiento. La diferencia estriba en que eran distintas, en ambos casos, las probabilidades de perder al ser querido, ya que la intensidad de las despedidas crece en proporción directa a las probabilidades de no volver a verse. La velocidad, al acercar los lugares en el tiempo, que es la verdadera distancia, porque es la única que no puede desandarse, casi ha borrado esa expresión amorosa. Sin modificar, claro está, la esencia del amor, ha cambiado ciertos aspectos del afecto.

Ha dado a los hombres una nueva perspectiva.

Una nueva perspectiva de un paisaje eterno.

EL MODERNO con asiento CHURCH



EL propietario que "SABE" no instala más los inodoros comunes ni en sus casas de precio módico, por los malos olores que despiden y las muchas molestias que ocasionan.

NO busca la economía en los Cuartos de Baño, pues está seguro de que, a la vuelta de unos años, la oferta de casas será tan fuerte que, si no tiene instalados Artefactos Confortables en sus departamentos, tendrá dificultad en alquilarlos aun a precios regalados.

UN inodoro MADDOCK, por su construcción científicamente estudiada, impide los malos olores y el ruido. Hay un inodoro MADDOCK adecuado para cada tipo de construcción; su precio varía de \$ 95.— a \$ 250.—

MADDOCK

"Elimina los malos olores"

En venta en las principales casas del ramo
Th. MADDOCK'S SONS Co.
Edificio del Banco Boston (4º piso)

B. GUICHARNAUD

Representante

CANSINOS ASSENS VOZ DE INTIMIDAD

accidentada. Para Borges tiene palabras de entusiasta elogio, sin dejar de reconocer los aspectos contradictorios que revela su obra. Cansinos hace notar el culteranismo agudo de Borges, tan dispuesto, por otra parte, a las audacias verbales, y opone aquella tendencia a la otra, que propugna también el autor de "Inquisiciones", consistente en buscar por todos los medios la pura expresión vernácula, el sentido de la tierra, y el cual entre nosotros puede decirse que permanece virgen. Decididamente esto afán desecha los requilorios y retortijones de sintaxis propios en un Torres de Villarroel, su paradigma, pero resultan positivos en un poeta nuevo, que vive y exalta el ritmo de la metrópoli moderna. Asimismo insiste Cansinos en la consideración ya hecha a propósito de Mastroratti, puesto que es un achaque original de Borges: el "tardío rebrote de franciscanismo", que hace achicar sus labios cuando se refiere a la pampa y en general al paisaje, sistematizando el diminutivo "campito" y "agüita"—dice Cansinos—opuestos a la selva y al torrente de los "desmesurados Ipuches".

V

Todos los sábados el diario "La Libertad", de Madrid, publica una especie de suplemento literario, cuya principal sección fija está a cargo de Cansinos Assens. (Es la única hoja, por otra parte, donde colabora asiduamente). Trátase de un folletón de crítica que consta de cuatro macizas columnas henchidas de conceptos sutiles, sólida versación y prosa magistralmente recamada, cátedra esta tan desprovista de envaramiento como dotada de eficaz acústica y prestigio, al punto de constituir hoy en España una excepción por el empeño con que viene divulgando libros y autores americanos sobresalientes. Por este conducto impar los lectores españoles que tienen interés acerca del movimiento intelectual en América pueden conocerlo con bastantes detalles y dentro de la visión panorámica que singularmente ofrece un guía tan perspicuo como es Cansinos Assens. Lástima que su excesiva transigencia, puesta de relieve en la península al ensalzar obras y autores de menor cuantía, dé lugar a que entren de rondón en España discutibles reputaciones nuestras y las cuales siempre son las que lanzan a la distancia más engañosos caballos. Para fortuna de todos, estos casos sobre ser muy excepcionales, y por lo que toca a Cansinos, nunca traducen defecto o insuficiencia de penetración crítica, sino exceso de sugerencias personales, que a favor de la modalidad cansiniana—mixta de análisis y lirismo, creadora en suma—rebasan el alcance del libro juzgado, dotándolo de un volumen que objetivamente no tiene y que sólo reside en el glosador. Más de una vez hablando con Cansinos sobre cosas de América, entre el temblor fervoroso que ésta, en cuanto imagen, comunica a sus palabras, he creído descubrir si no la causa que ha hecho virar su atención hacia la vida intelectual del Nuevo Mundo, por lo menos ciertos detalles que explican tan manifiesta actitud. El desplazamiento de Cansinos dentro del mundillo literario de Madrid, a propósito del cual Divoire podría añadir un apéndice a su "Introducción al estudio de la estrategia literaria", tan innegable es que sólo colabora en la citada hoja de "La Libertad". Los grupos y sus revistas de círculo no existen para él, posición que habla en favor suyo, sin duda. Además, es crítico y ya se conocen cuáles son los gajes de este quehacer oneroso. Todo esto, con el séquito de rencillas e ingratitudes que es el botín de algunas contiendas, lo movió a Cansinos a airear su espíritu, no poco trajinado, y a hacerse aparte ante la polvareda que levantaron las patrullas post-ultraístas retirándose en desbandada. El horizonte ideal de América, a manera de tónico, se ofreció entonces apetitosamente a las fauces de su sensibilidad estomagada y menesterosa de jugos depuradores, estímulos matinales y toda suerte de ejercicios capaces de restituirle pristinas fuerzas.

VI

Siquiera sea de pasada, merece un comentario la única pena adonde va Cansinos. Funciona ésta los domingos por la no-

(Continuación de la página 26)

che en el café Colonial, que se encuentra a pocos pasos de la Puerta del Sol. Si bien acuden allí parroquianos de todo linaje, coinciden luego en la similitud del oficio y en las largas horas de permanencia—es nacional este fakirismo—delante de un café servido en vaso y al cual no siempre sigue el estrambote de la clásica media tostada, cuyos reales suplementarios escasean a menudo. Media concurrencia vocifera de pie, va y viene, discutiéndose las alternativas de las corridas de toros realizadas por la tarde y es tan nutrida la fuslería verbal que su murmullo cobra los contornos de un momento wagneriano. Por su parte, las busconas de medio pelo mezcladas con otras suripantas cuya falta de contrato resta al arte del "couplet" elementos tan valiosos, merodean entre las mesas con rostros famélicos y cansados. En esa atmósfera turbia y frente a los enormes espejos palúdicos de hastío que llenan las paredes, Cansinos instala su carpa cenacular los domingos a medianoche.

La crónica de esas reuniones, encendidas de un lirismo que no tiene par en la moderna literatura española, llena las páginas de su libro "El divino fracaso". Sólo que a cambio de la charla trilladora de tópicos, Cansinos desnata el sentido emocional y litúrgico de la tertulia en sí misma y de sus oficiantes. La grandeza y servidumbres literarias, la fe y el desaliento y el arribo a los postreros límites de la belleza como expresión, el triunfo indiferente, en suma, "el divino fracaso" que experimentan los espíritus tendidos como hondas y obligados luego a tener que resignarse con las satisfacciones fáciles, por amplias que sean, todo ese tumulto de conciencia, tamizado a través del convivio del café con el realce del tono confesional que le presta Cansinos y orquestado con las voces de órgano de su prosa, cobra allí acentos de réquiem en homenaje al escritor desconocido, a la anónima y vegetativa multitud de literatos entre los cuales el "raté" halla su clima. ¡Qué subido lirismo el de esas parábolas y salmos de frutada madurez que exaltan la hermandad frente al "blanco mármol que hace de urna votiva y de desnuda espalda aliviadora", como él dice! Sobre el trampolín de esos mentideros que se llaman tertulias literarias crujen hondos acentos de sinceridad, que le imprimen al libro todo el carácter de un diario íntimo, donde están sutilmente registradas las inquietudes de una conciencia artística presa del fáustico afán de perfeccionamiento infinito. Detrás de esas páginas confidenciales — bomba aspirante que llega a arrancar sangre del espíritu más de una vez—desfilan en parejas los accesos de entusiasmo y desaliento, cuyo ritmo alterno es la señal de las vocaciones apasionadas, y más atrás todavía, la sombra del joven maestro proyecta un trémulo ademán de fatiga, que traduce un poco el dolor de su primogenitura. No falta en las páginas de "El divino fracaso", pese a la abundante vegetación lírica que contiene, como todo libro de Cansinos, otro de los temas que giran familiarmente en torno de los rojos divanes del café: la preceptiva al menudeo... Sólo que los breves ensayos de teorización estética que traza Cansinos, antes de llegar al libro dejaron en el guardarropa, lo mismo que su habitual atavío retórico, el empaque abstruso y escolástico. El autor recorta allí menudas y finas acotaciones, lógicamente invertidas, sobre el estilo, o por mejor decir, sobre su estilo. Seguir los jalones de esa autocrítica, aparte de aborrazar pesquisas inútiles, nos ponen en contacto con los elementos intransferibles y típicos de su modalidad literaria. Sumariamente cribados esos aspectos personales, podrían señalarse así: ausencia del sentido de lo concreto y del pormenor sobre todo, identificación con el estatismo de la vida y tendencia a exaltar las actitudes hieráticas, culto de un arte de sesgos sinuosos y de intenciones recónditas, púdicas, inasibles para el ojo trivial. Luego una manifestación ineptitud para el color y la línea. Repito sus palabras: "Para mis ojos estremecidos, la luna es eterna y únicamente dorada, y las nubes vuelan sobre las ciudades revestidas de estos dos únicos colores, el blanco y

el azul, y la noche es negra como una esclava...". Vaguedad, gracia ingenua, pureza primitiva pero de retorno, suspensión del ánimo que evoca ciertas figuras de Norah Borges profugas del tiempo. La suntuosidad de las imágenes que decoran su prosa, macerada con los óleos de saberes ocultos y exóticos que nutren el medular orientalismo de Cansinos Assens, prosa estremecida por repentinos sudores fríos y a ratos por soplos de urna que le infunden un cenital semblante, está poblada de gestos inmóviles, de actitudes que sólo traducen beatitud

y quietismo, serenidad de remanso.

VII

Durante mi estancia en Madrid, muchas noches asistí a la reunión de Cansinos sentado al lado suyo en esos divanes rojos del café Colonial, y en alabanza de los cuales él compuso la parábola inaugural de "El divino fracaso". A mi izquierda, en la otra ala del grupo e insertos en mi emoción de camarada novel—pese a mi gesticular represado—, sucedíanse Martín Parapar, de recia voz y recio pensamiento; Faco Burgos Lecea, nervioso picoteador de temas; Catalán, hijo de Vizcaya e irreductible dialéctico,

en fin, Guillén Zelaya, Arderius, escritores y periodistas de la última hornada y todos amigos inolvidables. La palabra de Cansinos, entretanto, arrebujaba de egregia cordialidad mi silencio—¡oh, vísperas terribles!—y yo no veía la forma de retribuir la inefable delectación de oírlo, de ser posible alguna. Ahora pienso que tal vez en mis opacas pupilas de forastero Cansinos Assens, que es un ágil buzo de miradas, ha debido atisbar raros paisajes, lo que sus ojos carnales no han visto nunca: el columpio tremendo del mar, y detrás, en el foro de esa escena de irrealidad estremecida, la imagen de América, el perfil de su América alucinante...



De exquisito gusto

Las medicamentosas

PASTILLAS FUCUS

calman de inmediato cualquier ataque de

T O S

sea este proveniente de catarro o por cosquilleo de garganta.

Los componentes de las PASTILLAS FUCUS son bien conocidos en medicina como los mejores balsámicos, sedantes y desinfectantes de las vías respiratorias.

Cuando con un RESFRIO debe salir de su casa, lleve consigo

PASTILLAS FUCUS

\$ 1.20 la Caja.

En las Farmacias



EL PALACIO FARNESIO



SEGUN mis informaciones, el Gobierno italiano ha decidido rescatar el palacio Farnesio, actualmente sede de la Embajada de Francia, para instalar en él una de las instituciones del régimen.

Este acontecimiento, importante para Italia desde el punto de vista político y artístico, tiene tal resonancia por los recuerdos de las pasadas relaciones entre los dos países latinos, que la referencia de este argumento puede llegar a interesar más allá de los confines de la patria.

Que Italia tome hoy tal decisión no es cosa que deba extrañar. Ella se siente extremadamente celosa y orgullosa de poseer sus mayores monumentos históricos y artísticos, y el palacio Farnesio es, a la vez, un monumento insigne bajo estos dos aspectos. Por otra parte, Italia no hace más que proseguir aquella oportuna política de rescates iniciada durante e inmediatamente después de la guerra, con la entrada en posesión del palacio de Venezia y del palacio Chigi, en Roma (antes sedes de las dos embajadas de Austria-Hungría); de la villa Falconieri, en Frascati (que perteneció a la Corona Imperial de Alemania), y de otros monumentos importantes. En el caso que nos ocupa, Italia no hace más que solicitar la aplicación de una cláusula que hizo incluir en el contrato de venta del palacio Farnesio a Francia por parte de los herederos de la Casa de Borbón de Nápoles, (la venta tuvo efecto el 10 de diciembre de 1911), según la cual, el Gobierno italiano conservaba el derecho de rescate por un tiempo determinado, previo aviso de dos años. A título de curiosidad podemos añadir que el precio de venta fue de 3.300.000 liras. De aquella venta se hablaba ya desde hacía muchos años, y desde 1904 el Gobierno italiano se había comprometido solemnemente a dar su consentimiento, pero surgieron polémicas en las cuales participaron con apasionamiento patriotas y juristas, que tuvieron por efecto retrasar la ejecución de la venta.

La compra del palacio Farnesio constituía para Francia la realización de una aspiración durante mucho tiempo anhelada: en primer lugar, porque desde hacía siglos tenía instalada en el palacio su embajada —y precisamente desde 1552, cuando ahí se instaló Pablo de Labarthe, señor de Thermes—, y, en segundo lugar, porque desde hacía años el palacio Farnesio acogía una de las instituciones culturales más importantes de Francia en Roma: L'école de France, de la que era director el erudito y mordaz monseñor Duchesne, historiador ilustre y desaprensivo de la Iglesia, y también porque el palacio puede ser comparado con el de la Cancillería y con el de Venezia como uno de los más bellos de la Roma del Renacimiento, y encierra entre sus muros cuadros y frescos de los

más célebres artistas de aquel glorioso período artístico italiano.

Por voluntad del cardenal Alejandro Farnesio, más tarde el Papa Paolo III, fué iniciada la construcción del palacio por el arquitecto Antonio de Sangallo, concurrendo después a la terminación del maravilloso palacio, Sebastián del Piombo, Giorgio Vasari, Miguel Angel, Vignola, y, por último, Della Porta, que llevó la obra a cabo; pero, a pesar de esta sucesión de grandes arquitectos, el con-

POR
ALBERTO
DE ANGELIS

(Para LA NACION)
ROMA, junio de 1929.

ci dió rienda suelta a la fantasía mórbida y suntuosa de su espíritu. Colaboraron en esta obra, que duró ocho años, sus mejores alumnos, su hermano Luis, Guido Reni, el Domenichi-

dos incendios de 1612 y 1701.

Como os podéis imaginar, la historia del palacio es rica en acontecimientos políticos, en fiestas suntuosas, en ilustres huéspedes. Residió en él Margarita de Austria, tía de Carlos V; fueron huéspedes en este palacio el cardenal Richelieu y la reina Cristina de Suecia. Cuando ocurrieron en el Reino de Nápoles los disturbios de 1799, el Rey se refugió en Roma, alojándose en el palacio Farnesio. Napoleón I, confundiendo, quizá no involuntaria-

mensajera, a una señora amiga. Después de largas tramitaciones, el pasado portal chirrió sobre sus goznes y se abrió apenas. Se dice que el Conde de Caserta exclamó, contento de la embajada femenina: "¡En esta ciudad valen más las mujeres que los hombres!" El Marqués de Noailles, primer embajador de Francia cerca del Quirinal, después del traslado de la capital de Florencia a Roma, cuando tuvo que elegir una sede para la embajada, se encontró con el obstruccionismo de los "leaders" de la nobleza clerical romana, los cuales se negaron todos a darle hospitalidad en sus palacios. Entonces el Marqués de Noailles, recordando que un homónimo suyo se había hospedado en 1633 en el palacio Farnesio, hizo gestiones cerca del destronado Rey de las dos Sicilias para obtener en alquiler el primer piso del palacio, y el soberano, que nada sabía de la conspiración de los nobles clericales romanos, aceptó la ocasión que se le ofrecía de un buen alquiler durante tres años, con gran oprobio para los "negros" conjurados. El marqués, entonces, pidió que el contrato fuese prorrogado por doce años, mas el Sire destronado, aun consintiendo en principio, exigió una dilación antes de que se estipulase el nuevo contrato. El pensaba que alquilado por tres años tan sólo, habría dado a entender que la Casa de Savoia no habría de permanecer mucho tiempo en Roma, mientras que haciendo un contrato por doce años, hubiese demostrado reconocer el hecho cumplido.

El Palacio Farnesio se convirtió y ha quedado por antonomasia, el equivalente de la embajada de Francia en Roma. El embajador Barrère, el cual realizó durante muchos años una obra de amistad entre Italia y Francia de las más eficaces, dió allí recibimientos suntuosos, inolvidables. Un episodio doloroso tuvo que deplorarse en 1893, cuando una columna de manifestantes rodeó de modo amenazador el palacio para protestar contra el exterminio de italianos en Aigues Mortes; después aquella página quedó borrada en mayo de 1915 cuando Italia, habiendo decidido la entrada en la guerra, manifestó la misma solidaridad de armas y de espíritu con la hermana latina en públicas demostraciones que se realizaron precisamente delante del palacio Farnesio.



FACHADA DEL PALACIO FARNESIO

junto del palacio es obra de Sangallo, que en él trabajó durante diez y seis años, concibiendo y ejecutando la mayor parte del mismo. De la lentitud en la construcción del palacio dicen que se enteró también Pasquino (la famosa estatua mutilada a la cual los romanos solían atribuir todas las agudezas de su espíritu mordaz y satírico, que tomaron así el nombre de "pasquinate"), y que un día fué encontrado con un cartel al cuello que decía: "Limosna para la construcción de los Farnesios". Notable es el hecho de que los materiales para la construcción del palacio —como también sucedió con otros palacios de príncipes romanos— procedieron en gran parte del Coliseo y del Teatro Marcello. En el amplio patio, en las escaleras, en las salas del mismo, hubo en un tiempo antiguos sarcófagos provenientes de la tumba de Cecilia Metella y obras maestras de escultura, que poco a poco fueron substraídas al palacio, entre las cuales, el célebre Toro Farnesio, el Hércules y la Flora, que actualmente se encuentran en el Museo de Nápoles. En el primer piso pueden admirarse los frescos mitológicos en los cuales el bolognés Anibal Carac-

no, el Lanfranchi. Otras salas fueron pintadas al fresco por Daniel de Volterra, por Salvati, por Zuccari; pero nosotros haremos omisión aquí de la lis-

mente, los lirios del escudo de la Casa Farnesio con los de Francia, intentó, aunque inútilmente, reivindicar la propiedad de éste para su país. Toda la Corte de los Borbones, después de la caída definitiva de su poderío en las dos Sicilias, se redujo en Roma al palacio Farnesio.

El 20 de septiembre de 1870 quedaban todavía en él el Conde de Caserta y el Conde de Bari, que a los primeros cañonazos de las tropas de Victorio Manuel II, mandaron cerrar inmediatamente el portal e izar la bandera prusiana. Un prelado, para hacerles saber a los dos borbones que las armas italianas les otorgaban protección, envió al palacio Farnesio, como

OTOÑO PINTOR

¡Cuán bien que pintas! Tu gran lienzo de humo
Me destierra hacia un nórdico país.
Oigo latir, humilde, en cada grumo
El corazón azul del color gris.

Marcho entre pinceladas temblorosas.
¡Otoño! ¡Otoño! sideral Carrière!
En el parque de niebla son las rosas
Y el sol murió. ¡Jamás ha de volver!

ARTURO VAZQUEZ CEY

ta de estas creaciones, porque además de resultar fastidioso, sería inútil.

El año 1600 es memorable en la historia del palacio del Museo Farnesio por la donación que Fulvio Orsini, el célebre anticuario y bibliotecario de Ranuccio Farnesio, hizo a Eduardo Farnesio de toda su preciosa colección de objetos de arte. Esta estaba constituida por: 400 piedras grabadas, 113 entre dibujos y cuadros de Rafael, Tiziano, Leonardo, Giorgione, Miguel Angel, Sebastián del Piombo, Dürero; 58 bustos y bajos relieves, 70 medallas de oro, 1900 de plata, 500 de bronce. Entre otras cosas estaba el cartón original del "Juicio Final", de Miguel Angel, que había costado a Fulvio Orsini sólo 100 escudos de oro. Magnífica la biblioteca, que por desgracia sufrió daños en los



La economía es necesaria
al hombre medianamente
rico, tanto como al que
es relativamente pobre.

HAGA PRODUCIR

a sus economías el verdadero interés que le corresponde. Abra usted su cuenta en el Banco "El Ahorro". Sus economías se duplicarán rápidamente: porque le abona el 8 % de interés anual, pagadero por trimestres. Esta institución coloca todo su dinero en créditos sobre propiedades, bien garantizado.

Los depósitos y sus intereses pueden ser retirados en cualquier momento. Operas desde hace diez y nueve años a completa satisfacción de sus clientes.

LLEGA A SER EL QUE ERES

(Continuación de la 1a. pág.)

tura espiritual, el más seguro sistema de vasos comunicantes.

♦ ♦ ♦

Por ser esto así, la lengua es el aglutinante decisivo, inexorable en los momentos de las resoluciones solemnes. Conocemos una gran comunidad humana, como el Imperio de Roma, sobre cuya ancha superficie fueron goteando su diferenciado fermento dos lenguas de civilización: el griego en la mitad oriental y el latín en la mitad occidental de la cuenca del Mediterráneo. A no dudar, el Imperio Romano, como individuo histórico, tiene una esencia irreductible, unas cualidades inalienables que, no sólo constituían su espíritu durante la perfecta parábola de su existencia, sino que hoy y siempre perdurarán como el contenido mental de las palabras "Imperio Romano". Pero cuando otras esencias germinadas de aquella comenzaron a apuntar su personalidad, quiero decir cuando aquella unidad entró en disgregación, la primera y gran quebradura se escindió en la articulación de las dos lenguas latina y griega: el Imperio de Occidente y el Imperio de Oriente. ¿Meras necesidades estratégicas? ¿Meras conveniencias administrativas? Ah, no. Por consideraciones de ese género se violentó la natural agrupación occidental de la Dacia, la última región latinizada, y desde entonces, roto su cordón umbilical con el mundo latino, aquella región navegó a la deriva como un matalote; y la Rumania actual, tras tantos siglos de incomunicación, apenas puede ya decir a sus hermanas latinas palabras inteligibles. Pero hay más: en el cuerpo del Estado Romano, aprovechando su sistema circulatorio, se había infundido otra — impalpable — realidad histórica, el cristianismo. El cristianismo no estaba, como el Imperio Romano, en el trance de desdoblarse su ruina para sostenerse con apuntalamiento recíproco, antes bien se nos aparece como en la expansión ascendente de su luz matinal. Y, sin embargo, por las articulaciones idiomáticas greco-latinas ocurrirá la primera gran escisión religiosa: la iglesia griega frente a la iglesia romana. Y el paralelismo no acabará ahí. Cuando el Renacimiento empezó a trasmutar las escalas valorativas por las cuales había medido el hombre medieval la importancia de las cosas, fué uno de los problemas más urgentes y generales el de la actitud del hombre frente a la religión. En Italia, en España, en Francia, el problema se siente en un principio, lo mismo que en Alemania y en Inglaterra, como un numeroso conflicto individual; pero bien pronto urge en las mentes con la presión centuplicada que le da el engranaje con los demás problemas de la convivencia. Ya no puede confiarse su solución a la responsabilidad ocasional de cada uno. Tendrán que tomarse resoluciones comunales: o reforma o contrarreforma. ¿Y cuáles serían esas comunidades que sienten su homogeneidad hasta el punto de adoptar una actitud unánime ante el trascendental conflicto? ¿Acaso

los reinos y las repúblicas, los estados políticos todavía temblorosos en sus recientes moldes? Si así fuera, el mapa religioso de la Europa moderna ofrecería el aspecto de un mosaico y no la contraposición de dos manchas continuas. Se siente homogénea aquella superficie de humanidad cuyos problemas vitales, engranados con este de la religión, lo hacen girar concordantemente hacia la derecha o hacia la izquierda. Es una homogeneidad de modos de ser y de modos de ver. Parentesco de culturas. Pues bien; si buscamos en el mapa de Europa el perfil limitador de ambas homogeneidades oponentes, comprobaremos que se dibuja siguiendo al antiguo "limes" romano, con una insistencia que nos invita a la meditación. La línea divisoria se continúa, avanzando por entre las villas y ciudades de Alemania, con la resolución del destino sabido. Los llamados pueblos germánicos quedan divorciados: al Norte, reforma; al Sur, contrarreforma. La Roma religiosa triunfa en el siglo XVI en aquel mismo suelo en donde la Roma antigua sembró su lengua y su cultura. Y no más allá. Colonia, Köln, era una de las más avanzadas colonias, y el Danubio fué durante siglos una fecundante arteria de latinidad. Aunque en el transcurso de la Edad Media los germanos habían ido imponiendo poco a poco su lengua y su específica cultura a la población de estos territorios, todavía, en el solemne instante del conflicto religioso, fueron decisivas las lejanas resonancias del espíritu latino. Los intereses culturales traídos por la lengua reciente no habían tenido tiempo de desarraigar los hincados por la lengua latina en las entrañas de aquellas poblaciones. (Inglaterra nunca fué del todo latinizada. César ocupó ciertos puntos estratégicos y Roma mantuvo en la isla algunas guarniciones militares; pero Inglaterra fué el único "dominio" románico abandonado espontáneamente por Roma. Por otro lado, ¿hasta dónde podríamos relacionar las diferencias entre la reforma alemana y la inglesa, con la eficiente irrigación de romanismo que suponen esta invasión y la igualmente frustrada de Guillermo el Conquistador).

Los pueblos cristianos del norte y del sur de Europa otea-

ron diferentes horizontes. Y, cosa bien extraña, no por asomarse cada uno a las agudas diferencias tardías que lo individualizaban, sino porque en tan grave ocasión los espíritus buscaron un mirador de equilibrio estable en el común cimiento latino o germánico. América subrayará esta divergencia europea.

El mundo latino formó como una sola palabra. Si España llevó el acento contrarreformista fué por ser, en aquel instante de la historia, la sílaba más potente.

♦ ♦ ♦

Al desandar los grandes trancos con que hemos recorrido unos conceptos de la lingüística y unos capítulos de la historia, de nuevo en nuestro apenas enunciado punto de interés, no creo tenga que pedir disculpa por haber dado a nuestro pensamiento una arquitectura de "ejemplo". Si hemos aducido el poder que la lengua tiene de desarrollar en las mentes de sus parlantes un determinado sistema de maneras de conocer, de sentir y de querer, un sistema de supuestos que luego se nos han manifestado como cimientos de historia, no tenemos por qué no dejar que se nos desprenda sin más, como fruto maduro, la evidencia de la comunidad de destinos para Hispano-América.

Todos remamos en la misma galera y de la conciencia de ello vendrá la máxima eficacia de nuestras remadas. Personas de músculos impacientes, descontentos por el retraso que en determinados resultados llevamos sobre otras culturas, reniegan, negándola en balde, de esta comunidad. Pero ya hemos visto que ni aun en los posibles naufragios de la historia vale un "sálvese quien pueda". Ese intento de fuga, por ser un negarse a sí mismo, un querer ser otra persona con aniquilamiento de la propia, siempre me ha parecido una monstruosa aberración. Ni el más desventurado hombre, enfermo, pobre o arruinado en sus afectos, quiere "ser" aquel otro sano, rico o feliz; lo que quiere es "tener" salud o riquezas, satisfacciones afectivas "como" otros hombres más afortunados; mas la semejanza, que es coincidencia en algunos atributos, afirma la diversidad individual. "Llega a ser el que eres", recomendaba Platón. Este sentido me parece el único vitalmente decoroso para nuestro hispano-americanismo: Un sentimiento de grupo humano, más que a base de comunes recuerdos sentimentales, a base de comunes esperanzas y obligaciones; más que por lo que juntos hemos hecho, por lo que juntos tenemos que hacer; una conciencia colectiva de que "somos" y una voluntad panhispánica (excluya el lector toda asociación belicosa que le traiga el vocablo) de "llegar a ser". Hispano-americanismo de proyectar, más que de recordar; de futuro más que de pasado. El "Llega a ser el que eres" avisa a los descontentos que somos, ante todo, un repertorio inagotable de posibilidades. Mano al timón y a mano toda la rosa de los vientos.

UNA
MARIPOSA
VALIOSA

El ejemplar más llamativo de la joyería en consonancia con la alta costura, se encuentra "chez" Ardanse. Es uno de los modelos más extraordinarios que hayan salido de una gran casa parisiense, y ha costado ¡dos millones de francos! Está compuesto de encaje dorado; adelante tie-

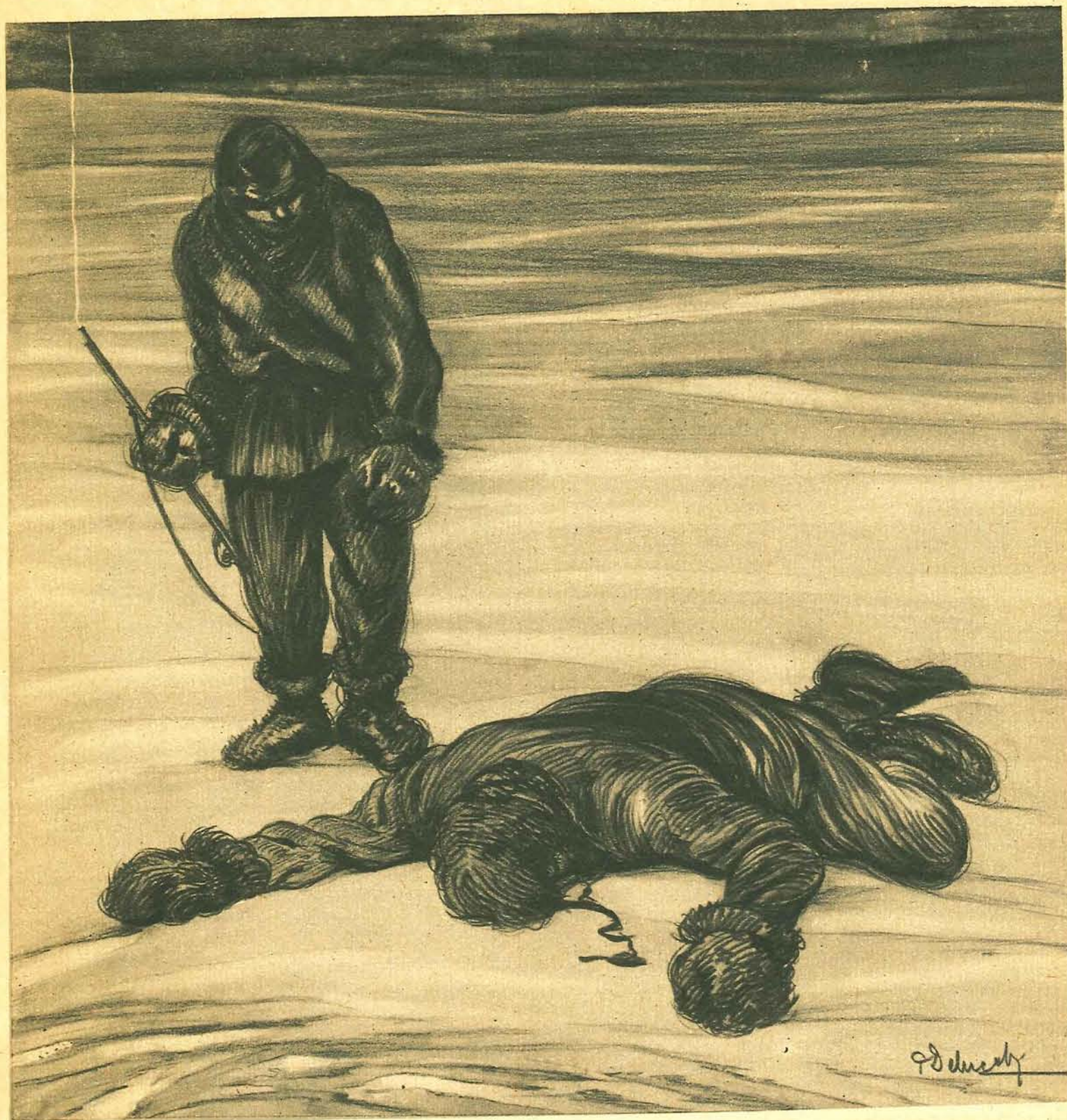
ne una notable mariposa toda compuesta con piedras verdaderas, brillantes, esmeraldas, rubíes y zafiros, creada por Osterreich. Pertenece a Mistinguett y recuerda la época de los Medici, en que los trajes de novia de Catalina llevaban piedras que valía cada una millares de francos



¡BUENA LUZ
ES UNA NECESIDAD!

COMPANÍA HISPANO-AMERICANA
DE ELECTRICIDAD.

DIARIO DE NAVEGACION DE UN LOBO DE MAR



ILUSTRACION DE PEDRO DELUCCHI

HACIA EL POLO

POR EL CAPITAN
ROBERT A.
BARTLETT



principios de junio de 1908 salió de Terranova para Nueva York, con mi tripulación, a fin de embarcarnos de nuevo en el Roosevelt. Tuvimos que trabajar día y noche con un calor de estufa, cargando a bordo las provisiones y poniendo al barco en condiciones de navegabilidad. Ciertamente para entonces el Roosevelt debería haber estado listo para hacerse a la mar, pero no lo estaba, y la razón era que no había dinero. El público nunca llegará a saber lo acosado por la pobreza que estaba a la sazón Peary, a pesar de la admirable ayuda que consiguió. Todo su dinero lo invirtió en equipar la expedición, en lo cual no se atrevió a economizar. Felizmente en el último minuto el general Thomas H. Hubbard salvó la situación con un cheque por crecida suma, y Zenas Crane coronó el hermoso donativo con 10.000 pesos más.

Zarpamos el 6 de julio de 1908.

Nuestro viaje a Cabo York, subiendo por la costa de Groenlandia, fué sin novedad. En el cabo nos recibieron los esquimales y una nevazón, bienvenida propia de la hospitalidad polar. A renglón seguido empezamos a reunir cazadores y perros. Los indígenas estaban contentísimos de ver a Peary de nuevo. Cada viaje que hacía al Norte, era una revelación del cariño que profesaban al hombre blanco y corpulento que regresaba a verlos año tras año, tratándolos como padre, y dejándolos siempre obsequios de valor inapreciable.

El 5 de septiembre hicimos nuestra última escala. A las 7.15 de esa mañana habíamos llegado a nuestros cuarteles de invierno de 1906. El cabo Sheridan, bajo y blanquecino, quedaba justamente a babor, y en su cercanía desembarcamos nuestras provisiones, y hasta las calderas del buque.

A las 10 en punto de la mañana del día del natalicio de Washington, es decir el 22 de febrero de 1909, Peary salió del Roosevelt con rumbo al Polo Norte. Soplabla una semigalerina. Había una temperatura de unos 30 grados bajo cero y una

cegada polvareda de nieve. Eran las 10 de la mañana y apenas empezábamos a ver para caminar.

En otras expediciones, la partida del jefe significaba, por regla general, que se daba comienzo al principal esfuerzo. El plan de Peary era mucho más complicado. En primer lugar, lo precedía un duro invierno de acarreo de provisiones en trineo a Cabo Columbia, al Oeste. Cada uno de nosotros, los hombres blancos, dirigíamos un grupo compuesto de tres o cuatro indígenas que llevaban un equipo de perros. Cada trineo tenía un promedio de carga de unas 650 libras.

Como marino, no me cansaba de admirar los trineos de Peary. Persuadido de que ningún carpintero de su país podría formarse idea del hielo del Mar Polar, llevaba tablas y rodillos al Norte, para que sus esquimales se los construyesen. Los diseñaba según el modelo indígena, pero seguía adelante donde éste se detenía. Por ejemplo, la falta de material impedía al indígena construir un trineo largo, en el que podía distribuirse mejor una carga pesada, y aquél tampoco podía poner rodillos balancadores ni patines anchos, en los montantes de sus trineos.

Peary suministraba ambos, con gran alborozo de los esquimales. En las semanas oscuras del invierno trabajaban éstos en fabricar los trineos destinados a acarrear combustible y provisiones al Norte, cuando el sol regresara.

Como dije, cada trineo cargaba alrededor de 650 libras. Llevando cada equipo diez perros, 500 libras de la carga habían de ser tasajo para perro, de modo que a cada uno tocara una libra por día. Luego había cincuenta libras de bizcocho y cincuenta de tasajo para el conductor. También, cada hombre, llevaba una estufita de alcohol. Estos objetos y algunas libras más de té y ves-

tidos completaban la carga. No usábamos bolsas para dormir, sino que dormíamos calzados con nuestras botas para nieve y cubiertos con pieles.

Hacia tiempo que Peary había aprendido que el grupo debía componerse de tres hombres, porque el "iglú" de nieve sólo puede dar refugio cómodo a ese número de personas, y también se requieren, precisamente, tres hombres para manejar una masa de trineo de 700 libras sobre el hielo rugoso, que a menudo hallábamos en forma de camellones levantados por la presión de las montañas. En estos casos hacíamos pasar un trineo por la barrera y regresábamos luego por los demás, haciéndolos pasar uno tras otro.

Mi partida del barco hacia el Oeste, con rumbo al punto de arranque al Polo, se efectuó el 31 de enero. Como había luna, nos fué bien. Yo llevaba ocho trineos y cincuenta y seis perros y cargaba cuarenta latas de tasajo al campamento-base de Cabo Columbia. Entre tanto Marvin y Borup, regresaban y avanzaban hacia el cabo, acopiando provisiones para el esfuerzo máximo. Después de varios días de nevasca regresé al barco por más carga. Partí de nuevo el 15 de febrero, haciendo marchar al primer grupo, último del Roosevelt al Polo Norte. El 22 de febrero, día de la partida de Peary, mi grupo llegó a Stubbs Point. Aquí mis cazadores echaron un vistazo en busca de carneros almizcleños, pero un cierzo cegador y una temperatura inferior a cincuenta grados bajo cero, imposibilitó toda cacería.

El 26 de febrero Peary llegó a mi campamento de Columbia. El y yo subimos al cerro que estaba detrás de nuestros "iglús" a ver el aspecto del mar de hielo. Nos alegramos al no descubrir agua alguna, ni hallar muy mala la presión del hielo. Peary habló poco. Pensé que sabía que ésta era su última tentativa de una vida entera, dedicada a luchar con el Polo.

Pocos días después, nos hallábamos todos en el Cabo Columbia: Peary, el médico, Marvin, Mac Millan, Borup, Henson y yo, cada uno a la cabeza de su grupo de esquimales. Antes de partir al Norte, Mac Millan, Borup, Marvin y yo tuvimos un pequeño consejo de guerra en mi "iglú". En breves palabras hablamos acerca de la excursión inmediata. Marvin y yo, éramos veteranos en el asunto y nos sentimos optimistas; los otros eran también expertos, pero tenían menos optimismo. Mi estufa de petróleo ardía a plena llama y calentaba el "iglú" como para infundirnos ánimo. Expusimos todos nuestros planes. Tras una interesante charla, propuse que cada uno cantara una canción de su colegio: Marvin, de Cornell; Borup, de Yale, y Mac Millan, de Bowdoin. Después de lo cual, unimos nuestras manos en cadena y cada cual voceó el saludo de su colegio. Sinceramente, empezaba a entristecerme por no haber ido al colegio, al oír el modo en que sabían vocear esos camaradas. Ciertamente es que podía hacer tanto ruido como ellos, pero era una vociferación desordenada lo que salía de mi garganta. Añadiré que los indi-



genas creyeron que de puro temor, nos habíamos vuelto "pi-bloctoq", es decir, locos.

Nos comprometimos mutuamente a luchar hasta el último extremo y a hacer todo lo posible para ayudar a Peary, a plantar la bandera de las estrellas y de las fajas en el Polo. Recuerdo que Marvin estaba particularmente conmovido: poco imaginábamos entonces que pronto lo íbamos a perder; mas lo que ha de ser, sucederá. En mi opinión, cuando le llega la hora a un hombre, tiene que morir y por eso es inútil que nos preocupemos del futuro.

Nuestros esquimales también tenían el mejor de los ánimos. No prorrumpían en gritos de colegio, ni entonaban canciones de la misma procedencia, pero armaban su peculiarísimo barullo, al que se sumaban los ladridos de cerca de doscientos perros.

A la mañana siguiente, domingo 28 de febrero, partí del lugar con tres esquimales y perros, constituyendo el grupo explorador. Nuestra misión era fijar el rumbo, abrir camino y medir la distancia para el grupo principal. Aproximadamente dos horas después de mi partida Borup siguió mis huellas con cuatro trineos y tres conductores esquimales de perros. En las primeras etapas, llevando nuestras cargas más pesadas, teníamos órdenes de Peary de hacer jornadas cortas, no mayores de diez millas. El viaje se hizo sin inconvenientes pero teníamos que vigilar cuidadosamente nuestro pesado cargamento en medio del rugoso hielo de tierra adentro.

Vino en seguida un mes de terrible labor para todos. Cada grupo tenía la tarea de trabajar hacia delante y hacia atrás en el camino abierto, manteniendo a Peary con sus mejores perros y esquimales, en perfectas condiciones, a la retaguardia. Este dispositivo ponía al jefe del grupo en contacto con lotes que habían regresado al punto de partida en busca de más provisiones y también con los que iban adelante abriendo camino. No se necesita viajar costearo el mar polar para apreciar la importancia de ese continuo contacto. Los esquimales se desaniman, los trineos se rompen, las latas de combustible se agujerean, los perros mueren, los guías abren el camino y mil y un obstáculos y dificultades de menor cuantía complican todo el asunto. Supongo que hoy que la gente vuela sobre el Polo, muchos mirarán con desdén los trabajos y penalidades de los que anduvimos de un lado a otro tras de nuestros perros, pero me parece que los incidentes de los viajes en trineo deben registrarse en los anales de la exploración polar, porque el trineo es para el Artico lo que el vagón cubierto fué para el Occidente: representa todo un período en la historia entera del drama de la humanidad.

Tantos escritores han relatado la historia de nuestra expedición sobre el hielo que está de más repetirla. Muchos todavía declaran que Peary no llegó al Polo y que nosotros inventamos nuestros diarios y nuestras cifras; pero estoy seguro de que todo el que haya viajado por las regiones polares se contentará con reirse de esas declaraciones. Las observaciones náuticas de latitud en el Océano Artico son casi tan fáciles de hacerse como en cualquier otro punto del globo. El observador se echa sobre una piel de almizcle y mide la altura del sol sobre el horizonte con su sextante. Esto dura sólo un breve instante. Por lo común (Peary y yo lo hacíamos siempre) hace una docena de esas mediciones para asegurarse de que está en buen camino y saca el promedio de ellas. La latitud se obtiene corrigiendo esa altura con la ayuda de unas cuantas cifras sencillas. El cálculo entero puede acabarlo en un minuto o poco

más cualquier marino que tenga el título de capitán. No hay nada de complicado ni de obscuro en ello. No sé los miles de veces que lo he hecho. Por cierto que Marvin era matemático e ingeniero y, por consiguiente, era más apto que yo. En cuanto a Peary, se había pasado toda su vida haciendo mediciones. Paréceme absolutamente inconcebible que una persona conocedora de la naturaleza humana pueda estudiar nuestra ardua expedición sobre el hielo y nuestras sencillas observaciones y pensar por un momento que las referencias de Peary pudiesen ser cosa diferente de lo que él afirmaba que eran.

Confieso que él no dijo mucho acerca de sus sufrimientos y sus desalentos. ¡Dios sabe que a nosotros también nos cupo nuestra parte! El 7 de marzo, Poadoona, mi mejor esquimal, dijo con rostro huraño que estaba enfermo, y regresó al barco. Al día siguiente Panikpah quiso también volverse. Finalmente, ambos indígenas desertaron. Esto era muy desmoralizador para los demás esquimales, pero Peary se ingenió para mantenerlos firmes, a ratos con maneras paternales y a ratos con mano fuerte.

Nuestro alcohol se escapaba goteando, hasta el punto de amenazarnos con privarnos de té caliente. Los témpanos de hielo cedían y el camino se quebraba día tras día. El tiempo estaba terriblemente frío, con viento cortante. El mar libre detenía nuestra marcha, hasta sacarnos casi de quicio. Pero todo ello no alteraba la serenidad de Peary, ni su buen humor, ni sus nervios. En momentos de apuro se volvía muy rígido, mas de pronto asomaban bajo esa corteza relámpagos de buen humor, seguro indicio de que las cosas se habían compuesto.

Uno por uno fueron regresando los compañeros. La última marcha de Marvin lo condujo hasta los 86° 38', o sea cuatro millas más lejos que el "record" italiano. Yo alcancé hasta los 87° 48'.

El 10 de abril abandoné mi "iglú" a las cinco de la mañana. Hacía frío y un viento agudo se me hincaba en las carnes. Un desierto blanco y quebrado circundaba el lugar en que me hallaba. Yo quería cruzar el paralelo 88. En realidad, Peary había insistido en que lo hiciera; su intención era hacerme ir lo más al Norte que me fuera posible. Menciono este detalle porque la gente cree que yo debí seguir con Peary hasta el Polo. El público norteamericano se la ha tomado con Peary por no haberme llevado consigo, y dice que debí llevarme, en vez de hacerme acompañar por Henson. Supongo que, de haberlo hecho, me habría dado la oportunidad más tarde de hacer dinero con conferencias, y no niego que habría sido una gran emoción el haber pisado el pico de nuestro globo; pero no hay que olvidarse de que Henson era un conductor de perros mejor que yo, por lo cual pienso que la decisión de Peary fué acertada y jamás la critiqué.

Anduve más de cinco millas lejos del campamento, pero al regresar la observación que tomé nos situaba a 87° 47'. El deslizamiento del hielo al Sur me había rebajado el "record". Era un fuerte golpe a mi orgullo, pero no importaba diferencia apreciable.

Peary estaba en buena situación. Llevaba consigo cuarenta perros, todos de primera clase. Durante un mes había estado recogiendo los mejores y amaestrándolos con cargas livianas. Disponía de cuatro trineos indomables y de otros tantos esquimales, y además estaba acompañado por Henson. Cargaba raciones completas para sesenta días.

Sus trineos no estaban muy cargados y el hielo iba mejorando incesantemente a medida que se avanzaba.

Antes de emprender el regreso al Sur me dirigí al "iglú"

de Peary a despedirme de él.

—Adiós, capitán—me dijo—. Cuidese. Observe bien el hielo nuevo. Haga limpiar el barco a su regreso. No se preocupe por mí; yo volveré.

Traté de agradecerle lo que había hecho por mí, llevándome tan lejos. Era un honor que se había dignado concederme. Y se lo dije así.

—Son cosas de nuestro juego—respondió—. Y usted ya ha estado mucho tiempo en él para saber lo duro que este juego es.

Díome unas instrucciones más respecto al barco y a las provisiones. No era descorazonado, sino atareado. Y siempre estaba así.

—Adiós, señor—le dije nuevamente.

—Adiós, capitán—repuso—. Si lo conquistamos esta vez, la próxima iremos al Polo Sur, llevándolo a usted como jefe.

Salí y me dirigí al Sur con mi grupo. No hice una marcha notable, y es que ya no tenía incentivo para caminar ligero. Nuestros perros avanzaban a buen paso con sus trineos livianos, pero yo no quería apresurarme. Sentía como la necesidad de no alejarme muy pronto de los que quedaban al Norte, para el caso de que me necesitaran.

En este punto no puedo dejar de sonreírme cuando pienso en que hay quien dice que Peary no fué al Polo. Quedaba sólo a unos cuantos días de marcha de él, a buen paso, para lo cual contaba con lo mejor de los esquimales, así en hombres como en perros. Tenía más de cincuenta años, pero su aspecto físico era el de un hombre de menos de cuarenta. No había nada que le permitiera falsificar su posición, aun

en el caso de que hubiera sido capaz de ello. Era fácil llegar al Polo desde el lugar en donde lo dejé, y las condiciones del medio mejoraban franca e incesantemente. Sea como fuere, los esquimales no guardan secretos, y ellos sabían perfectamente la dirección que él seguía. De no haberse encaminado a su meta en aquellas marchas forzadas, eso habría sido lo primero que nos habrían contado a su vuelta los indígenas que le acompañaron.

Tuve que arrostrar un tiempo duro antes de llegar a tierra. Perdimos el camino en medio de la nevasca y caí en el hielo nuevo y por poco me ahogo. Hacía una temperatura de 32° bajo cero. Los indígenas me izaron y me envolvieron en un abrigo de piel de almizcle. Estaba casi paralizado de frío antes de ponerme vestidos secos. Por suerte estábamos cerca de un "iglú", así es que logré salir del apuro sin grave daño.

El 17 de abril llegué a Cabo Nares. De allí avanzamos siguiendo huellas de trineos. Creí que eran de los de Marvin, pero no acertaba a explicarme por qué sólo había dos series de pisadas, cuando él iba acompañado por dos esquimales. Supuse que Marvin tendría los pies tan helados que hubo de subir al trineo.

Al llegar a Cabo Columbia busqué por todos lados la nota que Marvin prometiera dejarme allí, pero no había el menor rastro. Me imaginé que ello significaba que él debería estar enfermo. Después de treinta y seis horas de descanso y sueño en el cabo, reanudamos la marcha y el 23 llegamos al barco. Una media milla antes de alcanzarlo hallé a uno de los foguistas, quien me dijo que

Marvin había caído en una sonda al regresar y se había ahogado. El resto de la tripulación estaba muy inquieto. Desde que supieron la muerte de Marvin temieron por la suerte de nosotros. Hasta el verano de 1926 no supe que Marvin no había caído en una sonda, como contaron los esquimales, sino que había sido muerto de un balazo por Kudlooktoq.

Peary regresó al barco el 27 de abril. Yo acerté a estar en cubierta cuando los esquimales vocearon su llegada. Corrí sobre el hielo a su encuentro. Parecía entristecido, pero no debilitado. Estrechó la mano que le tendía, mientras exclamaba:

—Lo felicito, señor, por el descubrimiento del Polo.

—¿Cómo lo adivinó?—me preguntó, riéndose de mi efusión.

Le referí en seguida la nueva de la muerte de Marvin. Se quedó azorado. Siempre se había jactado de realizar sus expediciones sin las tragedias ni las escapadas milagrosas de tantas otras. Ni sospechaba que en breve iba a afrontar la tragedia más grande de su vida entera.

A fines de agosto emprendimos la vuelta al Sur. Después de nuestra jira de 1906 estábamos preparados para todo, pero esta vez escapamos como por magia. Así es el Artico. Dejamos a nuestros esquimales en sus hogares, nos abrimos paso entre los campos de hielo a la Laguna de Kane y salimos al mar libre a principios de septiembre, exhalando un suspiro de alivio al vernos fuera, sin imaginar siquiera que nuestras verdaderas penurias iban precisamente a empezar.

Para
personas
"chic"

Medias París

Armónico complemento de las más hermosas prendas femeninas, las Medias París son primicias de color, diseño y elegancia.

La maravillosa suavidad de su rica seda no les impide, sin embargo, resistir firmemente el desgaste por uso intenso, y frecuencia de lavados.

Combinan así calidad, distinción y economía.

PARIS

MEDIAS DE CALIDAD para señoras, caballeros y niños.

Distribuidores al por mayor: LOPEZ GOYA & Cia. — Alsina 1273 STAUDT & Co. — B. de Irigoyen 330 Buenos Aires

Talón en punta, medio talón y talón cuadrado, con y sin cucilla.
En seda natural con sello de garantía y otros tipos.



NO de esos tipos que escriben para los diarios decía una vez que "somos seres de costumbres y esclavos de la moda", y reconozco que tenía razón.

Cierta vez leí en un libro que las mujeres de Samoa se hacen tatuar el labio superior, para parecer hermosas. Leí también que las muchachas de las Islas Fiji suelen andar el día de su boda con dos dientes de menos, que les han sido arrancados a golpes por el novio, y que esta es la costumbre en aquellas islas donde la vida se desliza felizmente.

Me pregunto si no será posible que nosotros también hagamos una serie de cosas hasta cierto punto necias. ¿No nos pararíamos sobre nuestras patas traseras y empezamos a gritar si supiéramos que alguien se preparaba para enviarnos una colección de misioneros, con el fin de introducir la civilización entre nosotros?

Cuando vemos a algún viejo chino de cabellos blancos haciendo una serie de cosas raras, por mera fuerza de costumbre, y porque sus antecesores las hicieron, ¿qué es lo que pensamos? Si consideramos detenidamente el asunto, y estudiamos los casos, ¿no procedemos acaso como un infiel de las islas del Mar del Sur en nuestra manera de hacer muchas cosas?

Es claro que no usamos trenzas y que nuestras mujeres no se hacen tatuar los labios, pero, considerando el hecho de que debemos tener mucho sentido común, y que se supone que ellos tienen muy poco, ¿en qué punto dejan de ser ridículas las costumbres de ellos, y empiezan a serlo las nuestras?

Y no vaya a creerse que trato de señalar con el dedo a las mujeres, porque estoy convencido de que los hombres son tan ridículos como ellas, o quizá peores.

En los primeros días de primavera, por ejemplo, salimos de casa y visitamos las tiendas, con el propósito de comprar un sombrero de paja cualquiera, desde 2,50 hasta 25 dólares. Los usamos durante todo el verano, porque son cómodos. ¿Pero esperamos hasta que empiece a hacer frío y a que el sombrero de paja esté algo gastado para jubilarlo? No, señor. Allí por el 15 de septiembre, cuando todavía hace tanto calor como en el mes de agosto, los hombres dejamos a un lado el sombrero de paja y adquirimos otro nuevo, de fieltro, o por lo menos hacemos planchar el viejo, y salimos a la calle, con la esperanza de engañar a los vecinos y a los muchachos de la oficina, haciéndoles creer que gastamos un sombrero nuevo, como cualquier hijo de vecino.

¿Hay sentido común en todo esto? ¿Quién eligió las fechas, después de todo, para cambiar de sombrero? ¿Ha habido alguien capaz de averiguarlo? ¿Existe entre nosotros alguno que tenga el valor suficiente para hacer caso omiso de una ley tonta, que no sabe quién ha dictado, ni para qué, y que siga usando su sombrero de paja hasta que haga frío? Los muchachos de las Islas Salomón quizá usen aros en sus narices y cáscaras de langostinos en sus orejas, por puro adorno, pero cuando se trata de sombreros usan los que les sientan mejor, o los que les parecen más cómodos.

En los días calurosos de fines de julio o de principios de agosto, si se pasa delante de cualquiera tienda grande, donde se exhiben las modas en los escaparates, ¿qué es lo que se ve? Vestidos de terciopelo y pieles de abrigo, que las mujeres se apresuran a comprar. Después, si se fija uno en las damas que pasan por la calle,

se verá que llevan grandes pieles alrededor del cuello y vestidos gruesos de terciopelo. Aunque el día sea tan caluroso que hasta los perros traten de buscar la sombra, las mujeres se muestran dispuestas a sufrir las molestias del calor, porque saben que se adelantan a las demás al lucir sus ropas de invierno. Los aros que usan son tan largos y casi tan pesados como las piedras que las muchachas canibales de Nueva Guinea llevan colgando de las orejas, pero lo cierto es que esas jóvenes salvajes llevan sólo una camisita o unas hojas de palma como único vestido, y no se arriesgan a sufrir los efectos del calor. Lo cierto es que tanto la joven de Hollywood como la muchacha de Nueva Guinea no hacen más que respetar sus modas respectivas, ¿pero cuál de ellas es más salvaje?

Mientras tanto, los sastres para hombres exhiben quizá sus nuevas modas para el otoño, consistentes en un nuevo corte de chaleco, que lleva solamente cinco botones, cuando quizá los que usamos el año anterior tenían siete botones y puntas largas. Es posible que muchos de nosotros tengamos en nuestros roperos trajes de muy poco uso, pero todos sus chalecos tienen siete botones. No se resuelve el problema arracándoles dos botones, y, por otra parte, nadie se atreve a presentarse al público si no lleva un chaleco con sólo cinco botones. Todos nos dirigimos al sastre y le encargamos que nos haga un traje con el chaleco a la moda, y jubilamos un saco y un pantalón casi nuevos, únicamente por llevar el chaleco como todos los demás. Y a pesar de todo esto, nos reímos del indio comanche porque usa en el verano su pesada manta roja, a causa de que desde los tiempos de sus bisabuelos se le ha convencido de que todo lo que sirve para quitar el frío sirve también para alejar el calor, y se adhiere a esa costumbre.

Pero, mientras tanto, durante el largo verano, nosotros los muchachos hemos estado usando chalecos, hasta en los días más calurosos, únicamente porque el Príncipe de Gales, o quizá alguna persona que no tenía la camisa limpia, decidió ponerse el chaleco para asistir a alguna fiesta o recepción. Los demás muchachos elegantes hicieron lo propio después, y sufrieron las consecuencias, no solamente para ellos, sino también para la respetable industria de la fabricación de cinturones con hebillas de fantasía. El pobre indio no se desprende de su manta roja por nada del mundo, ni en los días de más calor, y el hombre blanco sigue usando su chaleco, con el mismo propósito inteligente. ¿Cuál de los dos es civilizado?

Si vamos a la Avenida del Parque, en Broadway, en el día más frío del año, pero después del primero de enero, encontraremos a las mujeres bien abrigadas con sacos de pieles, pero usando sombreros de paja, únicamente porque Mme. O'Reilly o Mme. McSwatt, las importadoras, exhiben esos modelos en sus salones, como la última moda de la primavera. Las muchachas de las islas del Mar del Sur se hacen tatuar las piernas, con grandes sufrimientos, pero entre ellas es la moda, y las delicadas damas de la raza blanca se estremecen al saberlo, y dicen: "Pobrecitas, no son más que salvajes, y no se dan cuenta de lo que hacen". Pero lo primero que hacen es dirigirse a una peluquería de señoras, donde permanecen pacientemente durante cinco horas para que se

les haga una ondulación permanente en los cabellos y se les depilen las cejas. ¿La joven salvaje de las islas del Mar del Sur se mostraría dispuesta a sufrir ese tormento? Me parece que no. A pesar de todo, apostaría cualquier cosa a que las damas norteamericanas se harían tatuar también las piernas, si la moda se lo exigiera.

Durante muchas generaciones, los sastres han seguido la costumbre de coser botones en



TOM MIX

las mangas de los sacos masculinos, sin hacerles jamás los ojales correspondientes. La moda empezó, según me han dicho, en los tiempos de los caballeros andantes, que utilizaban esos botones para prender sus guantes de combate. Hací centenas de años que esos botones no sirven para nada, y ni siquiera de adorno, porque están en un extremo de la manga que nunca se exhibe, y, sin embargo, si el sastre enviara a cualquier sujeto su traje nuevo sin los correspondientes botones en las mangas del saco, ¿qué haría? Enviaría de vuelta el saco al sastre para que cosiera los botones, y, además, le diría una serie de cosas desagradables. ¿Sería capaz cualquiera de aparecer en público sin botones en las mangas del saco?

Sin embargo, muchas personas inteligentes quedan muy sorprendidas cuando viajan por Java y ven a los jóvenes javaneses con un gran anillo de oro en uno de los dedos de un pie, y que al mismo tiempo andan arrastrando los pies, como es costumbre entre ellos, y levantan tanta tierra que forma una nube de polvo que hace imposible la exhibición de su costoso anillo. Y hasta es posible que alguno de nuestros misioneros encargados de llevar la civilización a aquella gente empiece su misión por quitarle el anillo de oro del dedo del pie, sin darse cuenta de que él mismo lleva tres o cuatro botones inútiles en cada manga de su saco. La verdad es que creo que tan ridícula es una costumbre como la otra.

Conozco aquí en la costa del Pacífico a un hombre que ha hecho mucho dinero con la producción de películas. El y su esposa son gente que se distingue por sus gustos refinados, pues admiran más las perlas que los diamantes, por ejemplo, y en eso se distinguen de nosotros. Lo cierto es que

este sujeto encargó a Sam Prager, uno de los mejores conocedores de joyas, que coleccionara una serie de perlas con el fin de hacerle un collar a la señora. Sam, que tiene una joyería bien surtida en Hollywood, tuvo que realizar varios viajes al este del país en busca de perlas del tamaño adecuado. Tardó Sam seis años en completar la colección de ciento diez perlas necesarias para hacer el collar, que costó alrededor de unos cien mil dólares. El productor de películas llevó el collar a su casa, y él y su esposa pasaron el resto del día admirando la rara belleza de las perlas.

Pero, al cabo de unos dos o tres días, el hombre llevó a su esposa a cenar al Biltmore. Cuando se acercaron a la mesa y ella se quitó el tapado notó que llevaba seis sartas distintas de perlas, de diferentes largos y tamaños. Se quedó sorprendido, como era natural, y preguntó a su esposa por qué no había llevado el collar nuevo.

—¡Bah!—contestó ella—. Ya no se usa esa clase de perlas. Estas son las que están de moda. He depositado las otras en el banco.

Cuando recibió la cuenta, el hombre de las películas descubrió que las nuevas perlas de su esposa le costaban, en total, 16 dólares y 45 centavos. Pero esa misma señora hubiera observado, quizá con curiosidad, a una joven esquimal que llevara un collar hecho con pedacitos de algún espejo arrojado a la playa por un marinero. Y la muchacha esquimal, en caso de tener las perlas en su poder, quizá se las daría a comer a los patos.

Hace unos dos o tres años los sacos de los trajes de etiqueta llevaban cuellos y solapas angostos. Pero, de repente, los sastres pusieron de moda los sacos con cuellos enormes y solapas largas y angostas. ¿Qué hicimos los muchachos? Nos limitamos a jubilar nuestros trajes perfectamente buenos, regalándolos, y encargamos la confección de otros nuevos, a la moda.

Las mujeres no usan los tapados de pieles, con el propósito de abrigarse. Los compran únicamente para estar a la moda, y lo confiesan sin ningún rubor. La señora Mix tiene uno que es convertible. El tapado original está hecho de piel de visón, y costó alrededor de 2500 dólares. Cada otoño, mediante el pago de dos mil dólares o más, el tapado es renovado a fin de que esté de acuerdo con las exigencias de la moda. Según mis cálculos, ha costado hasta ahora la suma de 18.530 dólares. Pero es posible que llegue a costar mucho más antes de que esté fuera de uso. Hubiera podido hacerle a Tony dos mantas hermosas con las pieles que, de tiempo en tiempo, se han sacado a esos tapados. Creo que lo único que queda de la prenda original son los ojales. Pero lo que más importa es que esté a la moda, aunque no abrigue a la señora Mix.

No hace mucho tiempo, cuando me encontraba sin obligaciones conyugales, llevé a una joven a cenar al Biltmore. A la semana siguiente la invité otra vez, pero insistí en que fuéramos al Ambassador, alegando que el Biltmore no le gustaba. Otra vez tuve que llevarla al Montmartre, en Hollywood, y la última vez al Garden of Allah, también en Hollywood. Finalmente, logré averiguar la razón de ese cambio constante. Parecía que la joven sólo tenía un buen traje de soiré, y no quería aparecer dos veces en el mismo lu-

gar y con el mismo vestido. En consecuencia, si quería continuar mis relaciones con la joven en cuestión, sólo podía hacer dos cosas: comprarle vestidos nuevos, o hacer construir otros hoteles. Lo cierto es que la comida no tenía nada que ver en el asunto; lo importante era el vestido.

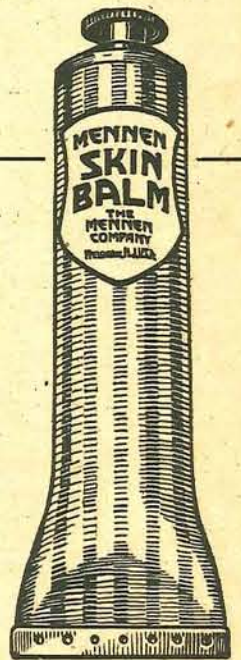
Las indias siwach, allá en el Yukon, se pasan semanas enteras preparando y pintando un vestido nuevo con cueros de pescado. Usan el vestido una sola vez, y luego lo queman, en la creencia de que así tendrán más probabilidades de ser invitadas a una comilona de carne de foca y de ballena, preparada por alguno de los muchachos de los alrededores. A mi modo de ver, la joven que me acompañaba a cenar se diferenciaba, en este sentido, muy poco de una india siwach del Yukon.

El modo de ser y de pensar nuestro cambia con tanta rapidez como nuestros vestidos y sombreros. Los pensamientos de hace unos ocho o diez años nos parecen tan fuera de uso como un traje de la misma época. Nos hemos reído muchas veces de nuestros abuelos. Olvidamos que quizá nuestros nietos se reirán más todavía de nosotros por nuestras costumbres sencillas y tontas.

La próxima vez que alguno de esos sujetos que tienen por oficio educar a los salvajes llame a mi puerta para pedirme la contribución de costumbre, le diré:

—Reverendo, contribuí con mucho gusto, pero le ruego que, en vez de irse a las islas del Mar del Sur, se quede, para introducir un poco de civilización aquí.

Frescura al rostro Protección al cutis



Lo primero que se siente al usar la Crema Balsámica Mennen (*Skin Balm*) es la deliciosa frescura de la brisa del mar... la encantadora fragancia de un jardín en flor. Pero su verdadero mérito consiste en que sólo deja una capa invisible que protege el cutis de los vientos fríos, igual que de los rayos del sol, y en la que el polvo se adhiere durante horas parejo y aterciopelado. Usela usted, señora, para conservar su cutis sano y terso en cualquier clima.

Usar Mennen es usar lo mejor

Crema Balsámica (*Skin Balm*)
MENNEN



Catedral de Cádiz

ITINERARIO DEMOCRÁTICO CÁDIZ Y SU BAHÍA POR LUIS BELLO

(Para LA NACION)



UGARES buenos para vivir no pueden ser al gusto de hombres de nuestro tiempo si carecen de variedad.

Avanzaré lo esencial de mi idea de los parajes habitables diciendo que nadie acudirá sin obligación a cualquiera de esas grandes ciudades unitarias, con un desierto en torno. Podrán ser visitadas, pero no demoraremos en ellas, ni las elegiremos por centro de nuestra existencia. Nosotros tenemos en Madrid el ejemplo de una de estas creaciones artificiales. Nos oprimía, mientras se mantuvo encerrado dentro de sus rondas. Nos inquietaba como un monstruo dormido a orillas de un río seco. Así lo vieron catalanes y vascos, gallegos y levantinos, durante mucho tiempo; y justo es decir que en aquella vida estática y confinada, tenían razón. Pero en pocos años Madrid ha cambiado esencialmente. Madrid, hoy, es sierra y campo. El automóvil ha hecho el milagro, de la comunión con Guadarrama, que no podía lograr el ferrocarril. Al abreviar distancias, Madrid ha conquistado la variedad que no tenía. Caemos en la cuenta de que esa maravillosa e incomprensible conservación de los encinares de El Pardo, bajo el Real Patrimonio, con su caza mayor de ciervos y jabalíes en 17.000 hectáreas pegadas a las últimas casas de la Villa y Corte, es hecho tan extraño que basta para caracterizar a una gran ciudad. Lo discutiremos desde puntos de vistas políticos y sociales. Pensaremos de qué manera transformar dehesa y monte en parque público. Pero nos da el soplo bravo de naturaleza carpetana, único laboratorio capaz de compensarnos la brisa marina que nos falta. Madrid, por eso, es único. Su variedad está tejida de diversos mimbres, así como su población está compuesta de gentes de todas las regiones. Pero ninguna otra ciudad de tierra adentro reproduce el caso y tampoco lo hallamos en muchas ciudades costeras. Es preciso encontrar zonas de historia privilegiada, de geografía propicia: la bahía gaditana, las rías gallegas, la costa fronteriza de Guipúzcoa... Necesitan no sólo una disposición es-

pecial, de suelo y cielo, sino también una sociabilidad singular de cultura nativa y de medios materiales, que empiezan en el buen trato y llegan a la buena cocina. Zonas con fuerte personalidad, con gran riqueza de vida local, diferenciada, no sólo ella entera del resto del país, sino cada una de sus articulaciones respecto de las otras.

Cádiz, en sí misma, sería poco. Pero Cádiz llega hasta Rota, por San Fernando, La Cañada, Puerto Real, Puerto de Santa María. Cádiz es la Isla de León, y Chiclana de la Frontera. Cádiz, con las Salinas y las Marismas; el campo de Medina Sidonia; las lagunas, hasta la punta de Tarifa; Cádiz en incursión a los predios jerezanos; todo ello en espacio tan breve que basta un día de sol a sol para ir y volver a casa. Cualquiera de esos puntos es buen lugar para vivir; y mejor, Cádiz, que los preside. Es proverbial su limpieza, de "tacita de plata"; pero rompamos con todo lo proverbial y prescindamos de las frases hechas para ver las cosas con nuestros propios ojos. También conviene romper con el acento majetón y señorial de la peor Andalucía, que, según mi experiencia, encaja mal en Cádiz, y vale más destacar los valores positivos; por ejemplo: la afabilidad del trato social, el despejo de las clases populares, la comodidad de su género de vida urbana y la huella perenne de una cultura difusa que culminó en el siglo XVIII y que está reflejada en sus costumbres tanto como en su arquitectura. Es el encanto de la vida colonial el que apreciamos, más aun que en la ciudad, en su pléyade de villas costeras; sortilegio hecho de innumerables motivos; y el primero de todos, la proximidad inmediata e imborrable de América. Cádiz es el último estribo europeo del puente ideal que tendimos a la otra orilla atlántica, y por Cádiz ha entrado, de vuelta a España, lo mejor del despertar de la sensualidad española en las Indias Occidentales.

No será inoportuno dejar apuntadas aquí algunas observaciones recogidas en diversos viajes por Andalucía y Extremadura—son las dos regiones que más color dieron a las colonias ultramarinas y las que

están hoy más influidas de ambiente colonial—. 1500: fecha ruda en Castilla, costumbres severas; en los campos y en las sierras, sobriedad y pobreza; el fausto y la magnificencia para catedrales, basílicas, santuarios. La Corte empeñada en dar a la nobleza lecciones de prudencia en la administración. La milicia viviendo al día, sobre el país, casi siempre extranjero. El pueblo, esquilado, en perpetua dominación, deseando pelear para sí y no para un señor. Al arraigar en América, la manera de vida, entre lucha y lucha, cambió hasta para los más ásperezos adalides. Extremeños y andaluces van encontrándose a gusto en el suelo indiano. Castilla empieza a pensar en sí misma y a sentir en las venas, tensas, un ardoroso, nuevo, soplo sensual. Pero los influjos tropicales tardan mucho en llegar, de vuelta a España, convertidos en costumbres. Es el siglo XVIII quien los autoriza. Y si fuéramos siguiendo su trayectoria veríamos cómo vuelven transformados el cortijo andaluz y la casa extremeña; cómo penetran por Cádiz, suben por la Palma del condado y la sierra de Aracena, hasta el corazón de la Extremadura meridional: Zafra, Jerez de los Caballeros, Fregenal y por el Guadalquivir y la sierra de Cazalla a Llerena. Allí he visto maravillosos pueblos, olvidados, arrinconados; Hornachos, Ribera del Fresno, hasta Mérida, que fué romana, pero hoy conserva huellas coloniales. Y de Llerena a la Extremadura alta, cacerena, el suelo está sembrado de influencias recíprocas, de Extremadura a América y de América sobre Extremadura. No Trujillo, ni Medellín, nidos de águilas, piedras solariegas, negras, ruinosas, inmodificables, sino el agro que cultiva el pueblo y donde el pueblo vive llanamente, sin privilegios. Por Olivenza viene también otro influjo florido y jovial: el manuelino portugués, harto cargado de especias indias; pero la Extremadura española conserva mayor dignidad y severidad de líneas hasta en el barroco. No vacilo en decir que el tipo urbano de Extremadura baja con la sensualidad adquirida y educada en América, tal como se conserva hoy en pueblos cuyo auge data del siglo XVIII, es de los más bellos del mundo.

Tienen, sin embargo, tachas. Alguna vez la grave tacha de estar muertos o catalepticos. De esos pueblos los hay que se dejan envolver por una nube de moscas. Otros que se animan lentamente. Los mejores se defienden con un recurso mágico: la cal. No han sabido conservar la esencia de esa transformación sensual aprendida en las Indias, como si por dentro hubieran vuelto a su antigua rudeza. Mientras que el núcleo gaditano, cara al mar y al continente feliz, ha conservado por más tiempo las relaciones y ha permanecido fiel a la tradición del XVIII. San Fernando tiene, además, lo mejor de esa tradición dieciochesca: el Observatorio, que por algo está situado en la punta meridional de España. Pero aunque los ministros de Carlos III no hubieran querido llevar a la costa gaditana ese testimonio de su preocupación por la cultura, tan de su época, San Fernando valdría por sí mismo, como un modelo, maravillosamente vivo, de existencia hispano-colonial. Tiene la blandura, la comodidad y la gracia ultramarinas. Está, de arriba a abajo, casas, patios y estancias, barnizado y baldeado como un buque de guerra. Lo que en sus hermanas es enjalbe aquí es pintura o esmalte. Lo que en Chiclana es natural, limpieza y blancura bravia, con aire entre campesino y marinero, aquí es refinamiento estudiado. Es ya el marino, no el marinero. Maderas ricas de Cuba y del archipiélago; acaso del Arsenal, despojo de continuos desguaces, porque San Fernan-

do, como Robinson, aprovecha sus barcos. Hasta su pavimento es ultramarino, porque está hecho de la piedra que traían los buques cuando regresaban en lastre. Y esas ventanas enrejadas, habitables, de "boudoir" o de gineceo; ¿son trasplante de Lima o de Caracas? ¿O las llevaron allá emigrantes de Rota, o del Puerto de Santa María? De estas rejas habló mal, como del barroco, el benemérito Pons. Hombre de tierra adentro, que miraba hacia el Mediterráneo y buscaba el arte en la tradición clásica. Yo las he visto llenas de misterio oriental, más que árabe bizantino, esquemáticas en pueblos pobres como Bornos, suntuosas y cómodas como un camarote en San Fernando. Avanzan sobre la calle y en ellas la mujer atalaya sin ser observada—cuando no quiere—, con un juego de persianas, "stores", velos y cortinajes, complicados como el manejo del velamen de una fragata.—"Todo se pudiera haber hecho con más arte y menos extravagancia—dirá el buen D. Antonio—como lo son muchas rejas a manera de jaulas en los cuartos bajos,

tan resaltadas que forman en la calle unos cuartos foráneos (llamémoslos así), o más salas de conversación... Y asimismo, en el coronamiento de las casas han puesto generalmente bolas o bolillas de vidrio, a imitación de acroterio, cosa muy mezquina y ruin". Alegrías meridionales, que en las admirables proporciones de la arquitectura local, escueta y limitada fidelísimamente a las necesidades que sirve, tiene tanta lógica como las grandes bolas herrerianas y, desde luego, mucha más gracia. Hay no sólo en Cádiz y San Fernando, sino en toda la bahía influencia genovesa. El genovés, enriquecido, con el oro y la plata de nuestros galeones, sabía vivir al uso de Italia y enseñó cosas que no se han olvidado.

Buscando hoy la adaptación contemporánea de este vivir, donde dejó perenne su sello el siglo XVIII, podríamos encontrar en la bahía de Cádiz un género de felicidad. Todos cuantos llegan a la ciudad insular piensan sólo en ella y no en su contorno. Todos piensan en seguir el viaje. Ninguno en quedarse.



De la tibieza del salón al frío de la calle

y su cutis no envejece

Los cambios de temperatura que el cutis tiene que soportar son los que lo envejecen más despiadadamente. Y la mujer que conserva su cutis más deliciosamente fresco y juvenil es la que sabe cómo protegerlo.

Durante más de medio siglo la Crema Hinds ha probado su eficacia para proteger el cutis contra las inclemencias del tiempo. Usada a diario, no dejará que el aire, la humedad o el frío resequen el cutis, lo agrieten y le roben su frescura.

Usada como base para los polvos hará además, que éstos se adhieran durante horas, parejos y aterciopelados, y evitará el riesgo de que caigan sobre el hombro de la pareja cuando se baila. Pruebe usted la Crema Hinds. Le gustará.



PÍDALA DONDE VENDAN ARTICULOS DE TOCADOR

CREMA HINDS

LIBROS FRANCESES SOBRE ESPAÑA



ESPAÑA estuvo en Francia muy de moda literariamente durante el siglo XVII. Ambos países se batían desde hacía unos cien años; eso crea vínculos. Guerras de Carlos V y de Francisco I, de Felipe II y de Enrique II, a consecuencia de las cuales el rey de España resultó yerno del rey de Francia; lucha encarnizada del mismo Felipe II para impedir el advenimiento del bearnés hugonote Enrique IV, y para reducir a Francia a protectorado español, fomentando la famosa Liga para exportar bajo ese pabellón al "catolicón de España", según la expresión de la "Sátira Menipea".

Por otra parte, gracias a sus colonias y a los galeones de América, ese reino era entonces el más rico y el más poderoso de Europa, y es sabido que esas ventajas temporales confieren siempre un cierto prestigio intelectual. Así es que la primera obra maestra de la tragedia francesa (1636) fué "Le Cid", de Pierre Corneille, inspirada en Guillén de Castro. Las victorias del príncipe de Condé — "Quedaba la temible infantería española..." —, dirá Bossuet en su relato de la batalla de Boeroy — no disminuyeron el gusto de los franceses por las cosas transpirenaicas.

Un día Luis XIV le preguntó



THEOPHILE GAUTIER

incidentalmente a un señor de su corte: "¿Sabéis el español?" La embajada de Francia en Madrid estaba precisamente vacante. Aquel señor creyó que el Rey quería nombrarlo embajador, y respondió: "No, señor, pero puedo aprenderlo". Se encerró en su casa quince horas por día, durante algunas semanas, con un profesor de español, y volvió a Versalles. "Sire, ahora ya sé el español". "Sois un hombre afortunado, le dijo el Rey, ahora podréis leer el "Quijote" en el texto original". Es cosa también sabida que Luis XIV consideró como el mayor éxito de su reino el haber puesto a su nieto, el Duque de Anjou, en el trono de España, en el que éste llevó el nombre de Felipe V. Fué en esta ocasión que el esposo de María Teresa pronunció la famosa frase: "Ya no hay más Pirineos".

La literatura francesa del siglo XVIII fué toda filosófica, y si hubo un país extranjero que la preocupara más que los otros, fué Inglaterra. Pero el españolismo volvió a florecer con nuestra escuela romántica. La guerra de España no fué, sin du-

da, la idea más feliz de Napoleón, pero tuvo excelentes consecuencias literarias, puesto que hizo ir a Víctor Hugo niño a Madrid, para reunirse con su padre, general francés al servicio del rey José. Aquel chiquillo

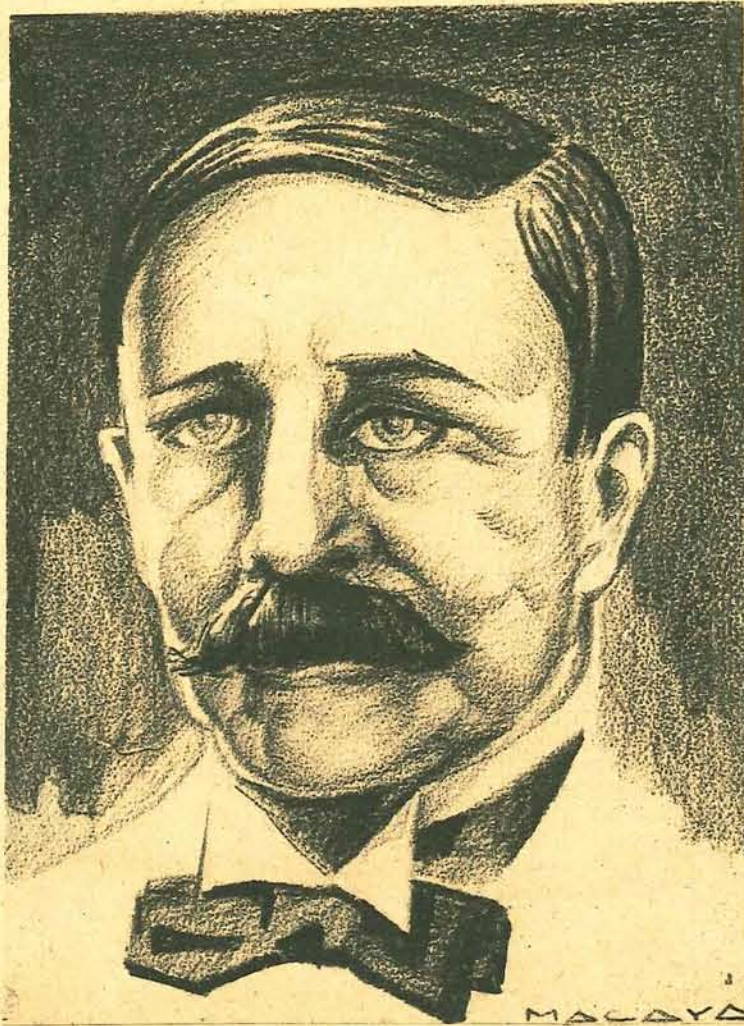
muy precoz y muy sensible, trajo de allá impresiones inolvidables. Varias piezas de las "Orientales" (1829) le fueron inspiradas por esos recuerdos, y decía: "La España es ya el Oriente". ¿Hay para qué recordar a "Hernani", cuyo nombre tomó de una aldea navarra que atravesó yendo a Madrid; "Ruy Blas", el "Romancero del Cid" y "La rose del Infante" (en la "Leyenda des Siècles")?

Fué en 1840 que Théophile Gautier hizo su "Voyage en Espagne", que apareció primero con el título de "Tra los montes". Es un libro encantador que se lee aún con placer y que llevé en mi valija cuando tuve la dicha de visitar la península, hace ya unos veinte años. Muchas cosas habían cambiado necesariamente en veinte años, pero declaro que para lo que me parece esencial, encontré muy exactas las descripciones de Théophile Gautier. Este poeta romántico había estudiado cuando joven la pintura y lo siguió siendo al hacerse escritor. Supo ver admirablemente los monumentos, los paisajes y las costumbres pintorescas. Fundamentalmente artista, le encantaban todas las obras maestras y todas las bellezas originales.

A quien hay que nombrar inmediatamente después de él, es a Maurice Barrès. Théophile Gautier escribió páginas sorprendentes sobre Goya, que era casi una novedad en esa fecha; Barrès descubrió al Greco y lo puso de moda. Además de su volumen "Greco ou le secret de Tolède", ha hablado de España con admiración y fervor en "Du sang, de la volupté et de l'amour". "¡Bellísimo país de España!", exclama líricamente. No desdeña ninguna ciudad, pero prefiere a Toledo, y Zuloaga lo ha pintado con mucho acierto contemplando esa ciudad, que prendida a su peñasco, ceñida por la cuesta trágica en que corre el Tajo, representaba para él la exaltación sañuda y la energía indomable.

Entretanto, varias novelas célebres evocaban esa poética región de las pasiones ardientes, desde "Carmen", de Merimée, hasta "La femme et le Pantin", de Pierre Louys. Y la música entraba en juego. La "Carmen" de Bizet triunfaba en la Opera Cómica, y "España", de Emmanuel Chabrier, en los conciertos Lamoureux. Luego vinieron la "Symphonie espagnole", de Edouard Lalo, en realidad concierto, en la que el gran violinista Sarasate deslumbraba; "Iberia", de Claude Debussy; la "Rapsodie espagnole", de Mau-

POR
PAUL
SOUDAY
(Para LA NACION)
PARIS, junio de 1929.



El autor del presente artículo, M. Paul Souday, cuyo reciente fallecimiento enluta a las letras francesas. Junto con otro consagrado a estudiar la personalidad de Robert de Flers, que en breve publicaremos, el presente trabajo es uno de los últimos que el ilustre crítico escribió especialmente para LA NACION



MAURICE BARRÈS

rice Ravel, y muy recientemente su baile "Bolero", creado en la Opera por Mme. Ida Rubinstein; la "Habanera", de Laparra, que es un drama lírico, mientras que la de Saint-Saëns no era más que un solo de violín, por lo demás muy bello y que no debe ser olvidado: Jacques Thibaud lo toca a maravilla.

Pensaba en todo eso, en todas las delicias que me ha proporcionado España, vista directamente o a través de bellas obras,

al leer estos días pasados varios libros nuevos que le están consagrados. He aquí "La petite infante de Castilla", de M. Henri de Montherlant; "Philippe II et l'Escorial", de M. Louis Bertrand; "Printemps d'Espagne",

de M. Francis Carco, un "panorama" de la literatura española contemporánea, por M. Jean Cassou; un volumen de Azorín, que M. Georges Pillement ha traducido al francés titándolo "Espagne". Quizá olvido alguno. Ya se ve que el españolismo está siempre de actualidad en París.

Si pensáis leer esas obras recientes os aconsejo que comencéis por el de M. Louis Bertrand, que es, sin duda, uno de los más curiosos, pero modelos más sonrientes. Es una apología del Escorial — esa mole geométrica de granito que tiene, sin duda, carácter, pero que les parece a casi todos los turistas, y que me ha parecido a mí mismo, algo siniestra — y una apoteosis

de Felipe II, que ha dejado en la historia el recuerdo de un déspota sanguinario y de un sombrío fanático. M. Louis Bertrand lo considera como "un tipo superior de humanidad", un "gran occidental", un admirable defensor de la civilización. Este autor de un panegírico de Luis XIV, prefiere ahora a Felipe II al Rey Sol y el Escorial a Versalles, que, sin embargo, es indudablemente más alegre, pero la alegría no le importa a M. Louis Bertrand, a quien sólo interesa la religión y cuyo catolicismo es tan intransigente como el de aquella majestad católica.

Podréis desenjastaros y desencausaros en séguida con M. Henri de Montherlant, que abunda en travesuras y regocijos. Su "Petite infante de Castilla" no pertenece absolutamente a la familia real y sólo es una graciosa bailarina, nacida en Castilla, que ejerce su oficio en Barcelona. M. Henri de Montherlant se permite bromas un poco crudas, pero no os equivocéis, adora a España. Nadie ha hablado mejor que él, en su novela "Les bestiaires", de las corridas y de la crianza de los toros en Andalucía. Hasta se hizo torero durante algún tiempo, y fué herido, como espada, en el redondel.

Vosotros juzgaréis mejor que yo lo que dice M. Jean Cassou de los escritores españoles contemporáneos. Me creo obligado a prevenirlos que no le creáis al pie de la letra cuando denigra a escritores franceses como Flaubert y Anatole France, Zola y Edmond Rostand.

M. Francis Carco, novelista picaresco, que en sus novelas francesas describe la plebe y el hampa de Montmartre y de nuestros arrabales, ha observado atentamente los ambientes españoles correspondientes. Pero no se ha limitado estrictamente a eso y aborda todos los temas con inteligencia y amenidad.

No os diré nada de Azorín, a quien conocéis mucho. Pero terminaré con una observación general a propósito de un testimonio suyo, confirmado por sus colegas franceses que acabo de nombrar. Estos están de acuerdo en reconocer que los españoles declaran que nuestros escritores no los han comprendido y se han quedado fuera del verdadero tema. Azorín desprecia lo pintoresco, muy grato a los viajeros. Creo que hay en esto un equívoco de orden general, que se observa en Italia, en Turquía y casi en todas partes.

Los italianos se molestan con Stendhal y los jóvenes turcos harían otro tanto con Loti si éste no hubiera defendido tanto a su país en las horas críticas. En



HENRY DE MONTHERLANT

todos los países es el color local lo que buscan los extranjeros, que se encantan con las sensaciones de arte, y quizá también los autóctonos, con tal de que tengan los mismos gustos. Porque esa España de Théophile Gautier y de los otros hombres de letras o músicos franceses, la de las corridas, de las flamenecas, de las guitarras y las castañuelas, de tantas gracias exquisitas y fuertes, es la misma que encontramos en Albéniz y Manuel Falla, lo mismo que en Debussy y en Ravel.

Enlozado
TRES CORONAS
EL QUE MAS DURA HERMOSO
RESISTENTE
PERFECTO

EL TIPO Y EL CARACTER EN LA LITERATURA



UNA reciente polémica literaria iniciada por M. Gustave Cohen, profesor de la Sorbona, ha resucitado el viejo tema de Charles Nodier acerca de los tipos populares en la literatura. El tema merece la pena de ser tratado con detenimiento y con imparcialidad.

Y, en primer lugar ¿por qué hablar de tipos "populares" y qué se debe entender por popular? M. Gustave Cohen establece una justa distinción entre popular y universal. El tipo literario popular sería predominante, cómico, caricatural, a veces ridículo y no siempre elevado. Tal predominancia de lo burlesco y hasta de lo ridículo sería para M. Cohen una prueba de la inferioridad del gusto literario del público. Y, sin embargo...

En primer lugar hay lo cómico sublime, que bastaría para "limpiar" de toda mancha de mal tono al gusto literario popular. Pero, además de lo cómico sublime, la imaginación y la leyenda populares han immortalizado tipos como Gavroche, verdadero héroe de la epopeya popular del París revolucionario de 1830; Margarita Gauthier, Manon Lescaut, Mimí—tres mujeres en las que tantas sensibilidades femeninas encuentran la expresión y el acento—, y, en

enfático al mismo tiempo. Hasta el pueblecillo normando llegaban las invocaciones de Victor Hugo al "Ser Supremo" que vive con el universo y se confunde con él. Toda una época...

El tipo popular de M. Homais corresponde, pues, a su tiempo. Primera condición de la obra de arte.

Otro ejemplo de "despersonalización literaria" es la figura de Gavroche. Preguntad en Francia a las personas que os dicen: "C'est un Gavroche"—el cincuenta por ciento no ha leído la inmortal obra del padre Hugo—, a pesar de tratarse de una novela de trama y de acción genuinamente populares. La obra se olvida y el tipo queda. Tal nos parece la definición del carácter popular de la tipificación literaria.

Frente a esta tipificación, y a veces confundiendo con ella, encuéntrase la universalidad de los tipos literarios. Un tipo literario puede ser universal y no ser popular. Ejemplo: Macbeth. Por el contrario, ambas tipificaciones pueden asociarse: Don Quijote, Sancho, Tartarín.

La tipificación literaria popular, aunque variando con la cultura media del público, es, en cierto modo, independiente de ella. El tipo popular se convierte en un "psitacismo", en un reflejo, en una concepción "automática" de un carácter. Y esta es la barrera que le separa del tipo universal. Hasta tal punto es esto cierto que en todos los idiomas las expresiones populares que reflejan un carácter de un tipo literario universal se emplean casi siempre automáticamente: "es una quijotada—il a été sganarelisé!"

Carácter y tipo literarios no van siempre asociados. Un carácter literario es, por ejemplo, Ema Bovary, hasta en sus menores detalles de mujer hipersensitiva y desconfiada; Ema es una "persona literaria" y no un personaje; sin embargo, Madame Bovary no ha pasado como tipo literario, aunque bien sabe Dios que la mujer moderna está impregnada de cierto "bovarysmo"—léase descontento de la propia suerte—, si quiera sea subjetivo y sin malicia. El tipo, pues, de la mujer del médico de Yonville l'Abbaye no se ha "despersonalizado" bastante literariamente para poder salir del dintel de la admirable novela de Flaubert.

Para que un carácter literario, una persona literaria, un "hombre de carne y hueso" se transforme en tipo literario son precisas, a nuestro modo de ver, ciertas condiciones extrínsecas a la obra literaria y a la envergadura del personaje. Tales condiciones pueden ser de tiempo, de lugar y de época. En fin, un personaje literario perfecto, un verdadero carácter literario, llega a conquistar en ocasiones el rango de tipo literario por una especie de facultad de predicción que hace actuales una doctrina o un ambiente morales pintados en época remota. Veamos cuáles son las condiciones.

La condición de tiempo es, por ello, efímera y sujeta a mudanza. Sirvamos de ejemplo del mismo ejemplo de Madame Bovary. En 1857, es decir el año del proceso de Flaubert, y gracias a él Ema Bovary fué "temporalmente" un tipo literario, muy distinto del pintado por su autor, verdad es, pero un tipo literario, sin embargo. Después la personalidad literaria de Ema

POR
JOAQUIN DE LUNA

(Para LA NACION)
PARIS, junio de 1929.



MIMÍ PINSON

volvió a ocupar su situación en el cuadro encantador de la novela y el tipo literario abortó.

Otro ejemplo de tipo literario temporal: Des Esseintes, el personaje creado por Huysmans. Des Esseintes es el tipo del "decadente" que flotaba en el aire de 1880 a 1900. Los simbolistas buscaban el tipo decadente—literariamente hablando—que debía corresponder a los sucesores de Barbey d'Aureville, los Montesquiou y los Jean Lorrain (me refiero a Montesquiou y Lorrain como representantes de un cierto "dandismo" decadente). Huysmans, pues, puso en pie el fuerte carácter de Des Esseintes en un momento oportuno, logrando así la creación de un tipo universal—y no popular—durante unos cuantos años. Después, desaparecidos Montesquiou y Lorrain, los últimos "decadentes"; desaparecido Marcel Proust, que también tenía un atavismo decadente, Des Esseintes no es más que un fuerte carácter literario, una fuerte personalidad literaria; no es, sin embargo, un tipo.

En la literatura francesa abundan los tipos populares genuinamente nacionales, completamente despersonalizados de la trama novelesca y exentos de carácter literario: M. Pipelet ha perdido toda conexión literaria para transformarse en una creación popular. El público, pues, ha dado carácter, ha imaginado un tipo donde sólo existía una creación artificial y arbitraria.

No así el tipo de Tartarín, en el que latía ya un fuerte carácter literario, una verdadera personalidad. Sin embargo, el Tar-



MARGARITA GAUTHIER

tarín popular difiere mucho del Tartarín de Daudet. El tipo de Tartarín es el del célebre Marius marseillés... sin la desilusión que encarna el héroe de Daudet.

¿Qué debe, pues, preferir el autor: la creación de un tipo o la de un carácter? Ninguna duda: la de un carácter. El tipo literario recibe el espaldarazo

"de fuera a dentro", es decir, depende de muchas condiciones extrínsecas a la obra literaria, como apuntamos más arriba. El carácter se impone "de dentro a fuera", primero a una minoría, a una colectividad después, para adquirir más tarde un valor universal.

Habría, pues, preciso es confesarlo, una tipificación debida al oficio. Para nosotros, escritores, hay más tipos literarios que para el vulgo. ¿Razón de cultura? No. Razón de ambiente artificial que para nosotros equivale, suple y aun supera—¡dígamoslo con orgullo!—el ambiente real de la vida. Y esto sin dis-

tinción de escuelas o tendencias. Indirectamente, y sin referirnos al estudio de las diferencias entre el tipo y el carácter literarios, esta última condición del ambiente falso que rodea al escritor plantea el problema de la crítica: si el escritor ve la vida a través del arte ¿cuál será el valor de la crítica?

Pues bien, proclamémoslo abiertamente: el crítico tiene tanto más valor cuanto que sólo la realidad artística cuenta para él. Su lema debe ser el famoso: "La naturaleza copia del arte". ¡Y desgraciados los que sólo vean lo contrario!

En fin, afirmaremos que un carácter literario se ha convertido en tipo cuando, involuntariamente, al pasar por una calle estrecha de las que desembocan en la rue St. Denis busquemos con emoción la barricada que sirvió de sepultura al heroico Gavroche. Y en este caso los profesionales de la literatura y el gran público coinciden en la apreciación de los valores del Arte y de la Vida.

LAS CINCO PREGUNTAS QUE PUEDE Vd. HACERNOS SOBRE LA ENCICLOPEDIA ESPASA

3a

¿Es tan grande su utilidad?

Sí; es enorme

Una prueba le bastará. Si es usted un profesional, un hombre de negocios, un industrial y de pronto se le plantea una duda que debe rápidamente resolver, sólo podrá vencer si consulta la ENCICLOPEDIA ESPASA. En ella encontrará todo, ABSOLUTAMENTE TODO lo que necesita.

La ENCICLOPEDIA ESPASA es un diccionario de diccionarios. Ofrece versiones de la mayoría de las voces; artículos de derecho consuetudinario, americano y extranjero. Historia de las religiones, sociología, arte, marina, deportes, etc.



(Ctms. 25 1/2 x 18)

Este libro de los libros puede usted tenerlo mañana mismo en su casa con el solo esfuerzo de \$ 38 como cuota inicial, y el resto en mensualidades, sin fiador, a su sola firma. DECÍDASE USTED HOY MISMO!

Estas condiciones regirán por pocos meses; una vez terminada la Enciclopedia las condiciones serán otras. Para más detalles lea el próximo aviso de esta serie

Mándenos hoy mismo—debidamente llenado este cupón y le remitiremos, gratuitamente, un elegante folleto ilustrado y condiciones generales de venta.

Deseo recibir gratis y sin compromiso, folletos y condiciones de la ENCICLOPEDIA ESPASA.

Nombre _____ Calle _____ N.º _____

Profesión _____ Localidad _____ F. C. _____

MONTEVIDEO 22 • ESPASA • CALPE, S. A. • BUENOS AIRES



Italia antes de la guerra. De su experiencia como corresponsal de periódico y viajero ha sacado algunos tipos exóticos, casi siempre mujeres, y ha hecho de ellos sujetos de aventuras, entre imaginarias y reales, escritas con desenvoltura y a menudo afortunadas. Si se dedicase a un género biográfico a lo Maurois podría escribir cosas todavía más interesantes. Nos da idea de ello un capítulo suyo: "Los últimos días de Giovanni Segantini", que apareció en el No. 2 de la nueva revista "Pegaso".

Las investigaciones acerca de la pintura italiana del siglo pasado, por tanto tiempo descuidadas, se han abierto camino con el volumen de Ugo Ojetti: "Pittura Italiana dell'Ottocento" (Ed. Bestetti e Tumminelli, Milano), que ha aparecido en estos días, en gran formato y con más de doscientos grabados en cobre. El estudio que precede los grabados traza la historia de aquella pintura, relacionándola con la historia social, política y literaria. Los grabados reproducen las pinturas que durante el verano último estuvieron expuestas en la Bienal Veneciana en la Exposición del "Ottocento", después de haber sido seleccionadas por un comité de estudiosos presididos por el mismo Ojetti. Con el consentimiento del autor y de los editores nos honramos reproduciendo una lámina del

LOS AUTORES Y LAS OBRAS

IB AJO el patronato del Ministerio de Instrucción Pública y a cargo de un comité de amigos y admiradores, se celebrará el 9 de mayo en Roma la solemne conmemoración de Adolfo de Bosis, poeta lírico de noble inspiración, fiel a D'Annunzio y a Pascoli a principios de su carrera, pero conocido, más que nada, como traductor de Shelley, al cual se consagró con verdadero entusiasmo. Las versiones de de Bosis no se encuentran todas reunidas, pero mientras tanto ya se ha publicado en estos días un volumen que recoge traducidas, en una bonita edición (Ed. Mondadori, Milano), las más famosas "Líricas" de Shelley ("Epipsychidion", "La Sensitiva", "La nube", "A una alondra", etc.).

Y esto constituye quizá el homenaje más sentido que podía rendirse a la memoria de de Bosis. Esto sin contar que nos da un elocuente ejemplo de cómo debiera traducirse, y precisamente en estos momentos en que en periódicos y revistas italianos, franceses y alemanes, y en las reuniones del "Bureau Intellectuel International" de París se busca la manera de desarrollar una acción armónica, encaminada a reglamentar y a mejorar la producción de las traducciones.

Otro volumen póstumo. (Ed.

Treves, Milano) reúne las "Crónicas teatrales" escritas por Marco Praga en 1928; es el undécimo volumen de la serie de "Crónicas" escritas por Praga; comprende toda la historia del teatro italiano en los últimos diez años, como podía interpretarla un observador desinteresado, sin prejuicios, un hombre culto y gran conocedor de la literatura teatral, capaz de no perder la cabeza aun ante las más arrolladoras manifestaciones de admiración o también demoledoras del público y de la crítica. Con un estilo seco, escueto y sin adornos, Praga expresa la opinión del espectador instruido, experto y con sentido común, y después de pocos años hemos visto, por las oscilaciones que han sufrido obras y autores, cómo no pocas veces él había atinado en su juicio desde el primer momento.

En estos días se ha completado, con la publicación de una colección de "Cartas escogidas" (Ed. L'Impronta, Torino), una edición en cinco volúmenes de las "Obras completas" de Giovanni Cena, uno de los escritores más serios de la literatura de entreguerra; se formó en la escuela de Arturo Graf, sin perder por eso su gran independencia; fué redactor-jefe de la "Nuova Antologia", en los años más significativos de esta revista; amigo de pintores de la escuela simbolista, entre los cuales figuraban Segantini, Pellizza de Volpedo, etc.; autor de una novela: "Ammonitori" y de libros de versos: "Madre", "Homo", etc., de decidido contraste con las tendencias dannunzianas y aspirando, en cambio, a un arte austero y de conceptos, que Cena no tuvo tiempo de realizar completamente. Cena, de familia muy pobre, nació en las montañas piemontesas, y conservó siempre algo de su origen en el carácter, en su ingenio y en su vida taciturna y

huraña. Murió en Roma sin haber cumplido los cincuenta años, y por haber muerto en el período más difícil y tumultuoso de la guerra (1917), su fin pasó casi inadvertido. Bien está el que ahora se haya procedido a recordarle, reuniendo de manera decorosa los mejores frutos de su ingenio.

En cuanto a versos, no se descubren notables novedades, o por lo menos en forma de volumen, pues los jóvenes, y los hay que prometen, como Ugo Betti, Luis Bartolini, etc., se limitan por ahora a publicar algunas poesías en periódicos y revistas. Merece, sin embar-



MARIO PRAGA

go, menciono el libro de Corrado Pavolini: "Olor a tierra" (Ed. Ribet, Torino), poesías líricas con prefacio de Giuseppe Ungaretti. Y limitándonos a hacer algunas y pocas observaciones, diremos que también en las poesías de Pavolini se acentúa el contraste con el gusto

EMILIO
CECCHI

(Para LA NACION)
ROMA, junio de 1929

El crítico y mecenas italiano
Diego Martelli
(óleo de G. Fattori)

y las formas literarias preferidas por los poetas de hace pocos años. Hoy día se cantan los afectos familiares, la mujer y los hijos, y entonces se cantaban las amantes y la vida desligada de todo vínculo moral. Hoy día se intenta aplicar en modo diverso, pero con absoluto respecto a sus leyes, el verso regular y la estrofa cerrada, y entonces se aplicaban sin reparos el "verso libre" y las llamadas "palabras en libertad". Pavolini es un poeta de oído fino y sentimientos delicados y ha transcritto, con las formas de una fantasía moderna y cristiana, algunos mitos antiguos.

Un curioso libro, que por algún aspecto hace pensar en el "Novellino" del mil trescientos y en otras antiguas colecciones de chistes y anécdotas populares, es el escrito por Francisco Lanza y titulado "Mimi Siciliani" (Ed. Alpes, Milano), donde se ha recogido en lengua italiana, y con vigorosas pinceladas dialectales, una serie de historietas, argucias, etc., del condado de Sicilia. "Les Histoires Juives" de Raymond Geiger pueden haber contribuido indudablemente a la idea de esta selección, pero el arte de Lanza es incomparablemente más socarrón y el fin que se propone es poético y no de distracción mundana. Aparte de una nueva novela de Guido da Verona: "Un'avventura d'amore a Tcheran" (Ed. Bemporad, Florencia), que pone de manifiesto los caracteres habituales y conocidísimos de este escritor, no creo que haya que señalar en la prosa narrativa más que "Polonaise" ed altre avventure", de Rafael Calzini (Ed. Treves, Milano). Calzini tiene un poco del arte de Paul Morand, pero con una menor riqueza de imágenes y con una cierta dependencia, nacida de la costumbre, de la novela irónica y de salón que florecía en



RAFFAELE CALCINI

volumen: el célebre retrato de "Diego Martelli", crítico y mecenas de pintores toscanos de la segunda mitad del "Ottocento", pintado por Giovanni Fattori, maestro de esta escuela y uno de los más grandes artistas de aquel siglo en Italia y fuera de Italia.

4 de las mejores NOVELAS

DE
Manuel Acosta y Lara

UN DIVORCIO ENTRE
ARGENTINOS.

En la alta sociedad.

LOS AMANTES DE
GRANADA.

La alhambra, sus fiestas, la pasión de un poeta moro y una noble castellana.

SANGRE EXTRANJERA.

Los casinos europeos, la vida mundana.

JUEGOS DE MUJERES.

De gran interés y psicología femenil.

CADA LIBRO . . . \$ 2.50

Librería EL ATENEO

FLORIDA 371

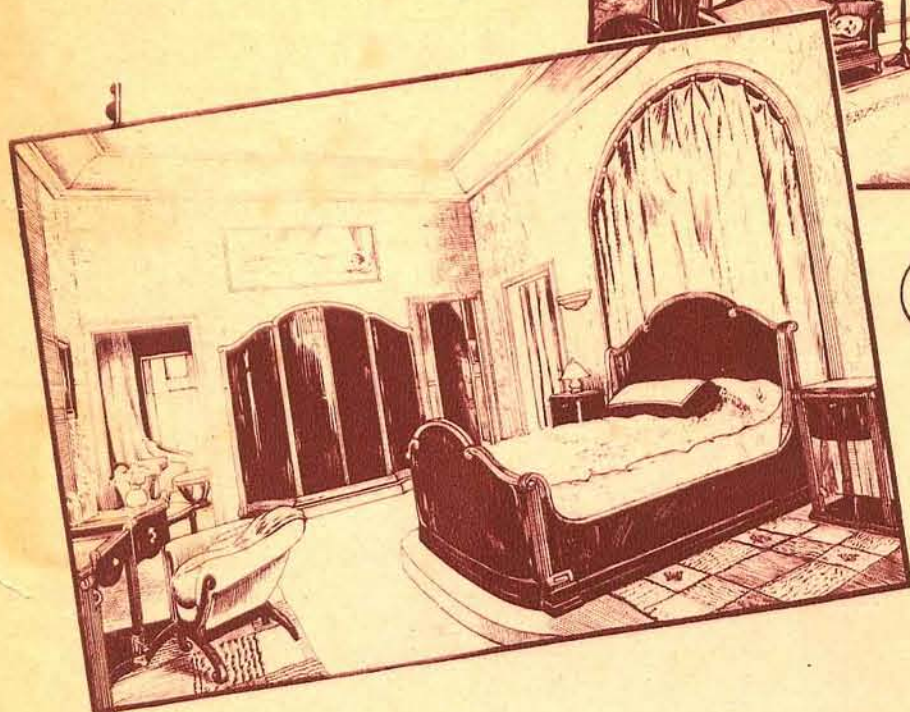
Sucursal, CORDOBA 2099

Buenos Aires

LIBROS
PALACIO DEL LIBRO
LA LIBRERIA MAS GRANDE
DE SUD AMERICA
MAIPU 49
U.T. 38 MAYO-0034
SUCURSAL
CORDOBA 2015
U.T. JUNCAL
2238

"Goya"
TAPICERIA
SARMIENTO 751

"Goya"
TAPICERIA
SARMIENTO 751



Decoración y Arreglo de Interiores

Confíenos el Arreglo y Adorno de su Hogar

Estamos en condiciones, por nuestros precios y surtidos, de dar la más amplia satisfacción a nuestros clientes.

La dedicación constante al mayor dominio de lo que constituye nuestra ÚNICA ESPECIALIDAD, nos coloca en situación ventajosa para interpretar y a la vez dar ideas ya sean sobre decoraciones de estilo Antiguo o Moderno, ajustándonos siempre al presupuesto de cada interesado.

Sin ningún compromiso de su parte,

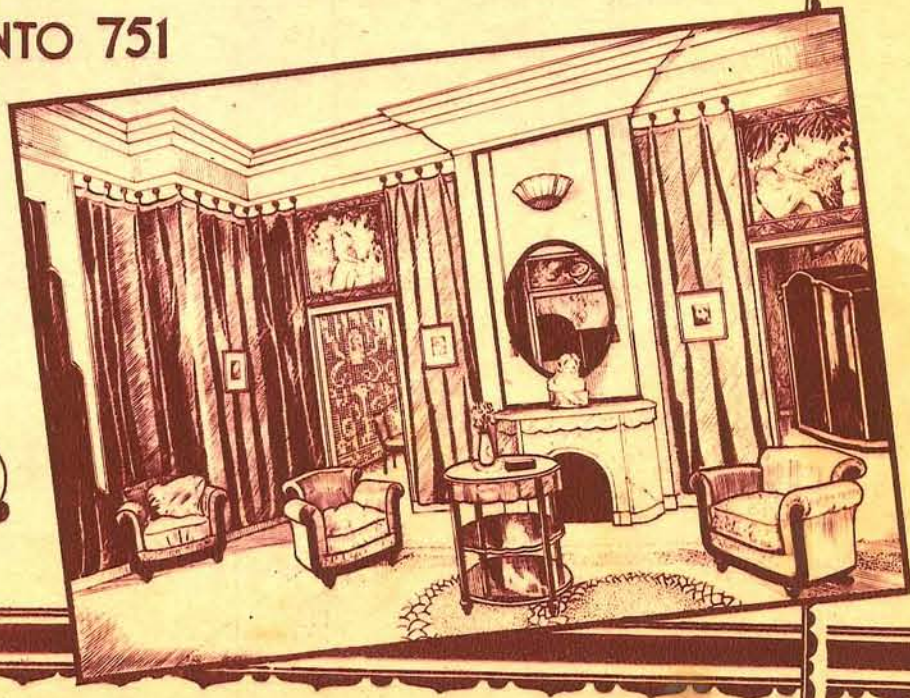
SOLICÍTENOS
PRESUPUESTOS

"Goya"
TAPICERIA
SARMIENTO 751

CRÉDITOS

PARA COMODIDAD DE NUESTROS
CLIENTES LOS ACORDAMOS AMOR-
TIZABLES EN 10 MENSUALIDADES.

SOLICITEN FORMULARIOS





Con su Permiso Señora:

Para tener la certeza de usar el color que mejor realce la Belleza de su Cutis necesitaría comprar cinco cajas de polvos: Piel Natural, Rachel, Morochó, Ocre y Rosado.

El procedimiento sería costoso. Para aprovechar una caja perdería cuatro.

Si Vd. nos lo permite nosotros nos complaceremos en remitirle como obsequio, a vuelta de correo, 5 muestras con 5 tonos distintos de Polvo Le Sancy.

Aplíquese cada una de ellas; mírese en el espejo, con luz natural y artificial y decida en consecuencia.

Muchas gracias por la atención.

Perfumeria
Dubarry

CUPON GRATIS

Perfumería Dubarry - Medrano 476 - B^a A^s.

Remitan el obsequio ofrecido a:

Nombre

Domicilio

Entregamos o remitimos solo un juego de muestras a cada señora o señorita que lo pida

Si, para evitar extravíos en el correo, desea recibirlo por certificado, remita 20 centavos en estampillas.

